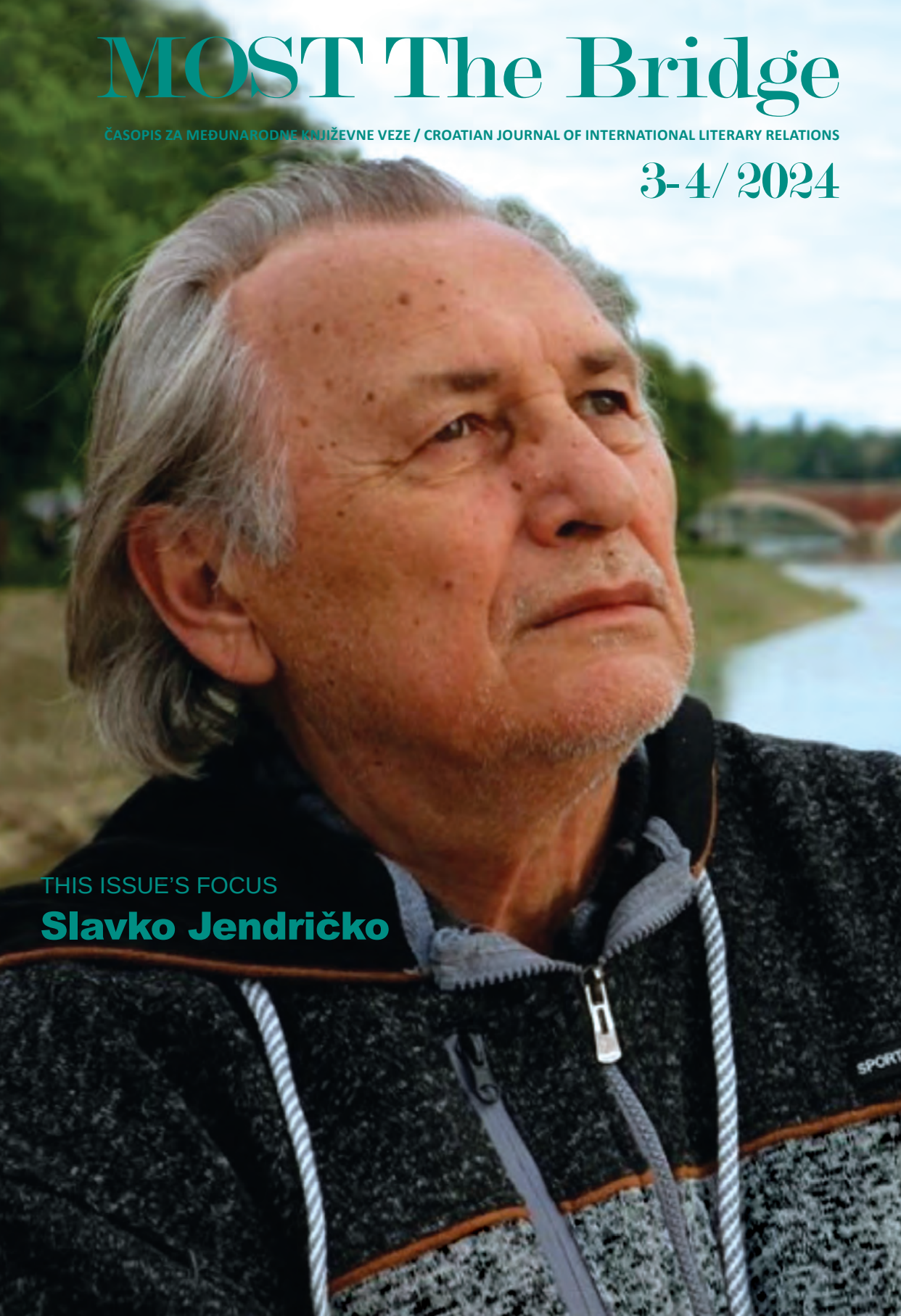
MOST The Bridge

ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS

3-4/ 2024



THIS ISSUE'S FOCUS

Slavko Jendričko

MOST / The Bridge 3-4 / 2024
ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS

MOST / The Bridge 3-4 2024
ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS
Since 1966

Published quarterly

PUBLISHER

Društvo hrvatskih književnika / Croatian Writers' Association

FOR THE PUBLISHER
Hrvojka Mihanović-Salopek

ADDRESS
Trg bana Josipa Jelačića 7/I, 10 000 Zagreb, Croatia

TELEPHONE +38514816931, +3854883580
FAX +3854816959
e-mail: most@dhk.hr

EDITORIAL BOARD
Davor Šalat (Editor in chief)

DESIGN, LAYOUT AND PREPRESS
Neven Osojnik

PHOTO ON THE COVER: Slavko Jendričko

PRINTED BY ITG d.o.o, Zagreb, October, 2024

ZA HRVATSKU / FOR CROATIA
Cijena broja 8 €, cijena dvobroja 12 €, godišnja pretplata 22 €, godišnja pretplata za članove DHK 16 €. Uplatiti na žiroračun Društva hrvatskih književnika HR5223600001101361393, poziv na broj 0106--2024 s naznakom „za Most / The Bridge". Molimo Vas da nam faksom, običnom ili e-poštom pošaljete kopiju uplatnice.

OUTSIDE CROATIA
Issue rate 10 €, 10 USD, annual subsciption for European countries 40€ (postage included) for non-European and overseas countires 55 USD (postage included). All payments should be made to the Croatian Writers' Association foreign currency account with Zagrebačka banka d.d., Savska 60, Zagreb, Croatia, IBAN: HR 5223600001101361393. SWIFT: ZABA HR2X. For further information, please contact most@dhk.hr.

The Journal is financially supported by the Ministry of Culture and Media of the Republic of Croatia and by the City of Zagreb.

MOST / The Bridge 3-4 / 2024
ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS

THIS ISSUE'S FOCUS
SLAVKO JENDRIČKO

CONTENTS

■ THIS ISSUE'S FOCUS – SLAVKO JENDRIČKO

Slavko Jendričko: Biografía 7

Slavko Jendričko: Poesía selecta 8

■ FROM THE HISTORY OF CROATIAN LITERATURE

Miroslav Krleža: Symphonien (2) 58

■ FROM CONTEMPORARY CROATIAN LITERATURE

Lana Derkač: Poesie 152

SLAVKO JENDRIČKO ■ BIOGRAFÍA

Slavko Jendričko nació el 1 de febrero de 1947 en Komarevo cerca de Sisak. Se graduó en la Facultad de Economía en Zagreb en 1970 y en la Facultad de Organización y Ciencia de Computación en Varaždin en 1980.

Trabajaba como economista, empleado en banco y como redactor de la biblioteca de la Juventud Literaria de Sisak *Campo de entrenamiento espiritual.* Desde el 1999 hasta el 2009 fue redactor en jefe de la revista literaria *Riječi* (Palabras) que edita la *Matrix Croatica* de Sisak.

Ha publicado 42 antologías poéticas y un libro de ensayos políticos. Sus poemas han sido incluidos en varios panoramas, antologías y recopilaciones. Es el ganador de muchos reconocimientos y premios, entre otros y del más prestigioso premio para la poesía *Tin Ujević,* que otorga la Sociedad de Escritores Croatas. Mostrando la distancia de todo lo típico, establecido y lógico, en sus poemas investiga los puntos problemáticos de lo real y lo metafísico y usa la ironía, ludismo, ambigüedad, elipticidad, conexiones sintácticas sueltas, connotatividad y asociatividad.

Algunas de sus antologías poéticas son: *Naslov/Título,*1983, *Proroci, novci, bombe/Profetas, dinero, bombas,* 1986, *Zimska katedrala/Catedral de invierno*, 1999, *Kad prah ustaje/Cuando el polvo se levanta*, 2005, *Diktatura ljubavi /La dictadura de amor,* 2010 etc. (Ž.L.).

SLAVKO JENDRIČKO ■ POESÍA SELECTA

La herida de enero
(Siječanjska rana)

El copo de nieve
Y este enero
Me sangró la coronilla

Esta pequeña herida
Escondida bajo el cabello
Se repite como un castigo
Cada invierno

En este picor
De enero
Me convencí

Que el cielo de verdad
No ha perdido el sentido del humor

Envejeciendo me entra la duda
Si no hay en esta repetición
También algo religioso.

Dialéctica
(Dijalektika)

He debido dejar algunas palabras
Sin pronunciar

Y dejarlas morir de muerte natural
Con los órganos internos del cuerpo

Pronunciadas, han oscurecido la pantalla
Saltando al mundo externo

Prendiendo el interior de
Sus melancólicos adictos

A mí, ilusionista de la libertad,
Me conquista con el aislamiento

El mecanismo de defensa del miedo
De los prójimos y los compañeros de viaje

Lentamente me adapto
A la soledad

Acomodándome en el
Hasta ahora desconocido sentimiento

Calentado suavemente con la luz
De mis propios lugares de incendios.

Agresividad patética
(Agresivna patetika)

Asalto al futuro
En el primer andén
De la estación de ferrocarriles de Sisak

Sobre los carriles brillantes
Cayó la decisión fatal

Partiremos de la estación
Y por la calle más larga

Cortaremos los sentidos castaños
Hasta el último árbol
Salvando la alegría de las entrañas

De otra manera es imposible sobrevivir
Con tanta tristeza bajo las ventanas

Armados con dientes rabiosos
No dejamos que nos detengan

Fascinados por la destrucción
Nos agolpamos también en la Plaza
De la hace tanto tiempo libertad llorada.

Camión lleno de cadáveres
(Kamion pun leševa ljubavi)

Dios aprecia el trabajo de los voluntarios

Hasta aquel que realiza el sueño
Como la trilladora en mi cabeza

Con la marca de protección
De San Francisco de Asís
En el overol de trabajo

Aunque soy limpiador rutinario
Me conmueven
Algunos besos todavía calientes

Durante la pausa
Con pájaros ausentes
Tomo agua sin gas

Luego de nuevo recojo los
Amores muertos
Sin sentir alivio

Cansado de recolectar
Todo el día
Cadáveres de amor por la ciudad

Sólo agito la mano cansada
Despidiendo el camión cargado

El falso sacerdote después del horror
De la misa callejera
Sólo escucho el grito de la entraña:

Ahora sólo un wiski
Podría picar agradablemente
La mucosa seca en la oscuridad.

Evolución de la locura
(Evolucija ludila)

Mezclando fotografías
Como naipes en el juego de preferencia

Cayó en la mesa
La más histórica de todas

El amor está en acción
Carta para las cabezas borradas

El Sol también participa
En evolución de la locura

Mezcla con más pasión
Dices nervioso

No tienes en las manos
Postales románticas

No respondo

Sacudiendo a la historia amarillenta
Las hojas
Mentalmente enfermas.

Genocidio sobre ángeles
(Genocid nad anđelima)

El último ser metafísico
En el metro
Lee periódicos por encima de mi hombro

Ambos disfrutamos
Con la ilusión de la colección de letras

Disfrutando de sus formas
Ni siquiera presentimos los acontecimientos

Con su ausente
Ala gastada
Preventivamente limpia el sudor de mi frente

Los terroristas son imprevisibles

No sabemos si van a explotar
En los periódicos o en el tren

Nuestras auras abatidas
Comunican de mala gana

Después de cada
Masacre vista en la pantalla

Nadie lloró
Por el genocidio
Cometido sobre los ángeles.

Huida del lugar de crimen
(Bijeg s mjesta zločina)

La muerte viene
por sí misma.

Alcanzado
por la metáfora del sapito

En la hoja balanceada

La mirada borrosa
siente el salto del gato
a la madriguera de la ardilla

Se oye el despedazar de la piel
y un tormentoso aguacero de sangre

De alguna manera oscura, limpia
no deja de calentarme
con sus palabras

Llenas
de emociones explosivas

Intuitivamente
acelero

y huyo
del lugar del crimen.

De la antología poética: *Evolucija ludila/Evolución de la Locura* (2013)

El paisaje de Senka
(Senkin pejzaž)

Senka ya varios años
encerrada
en psiquiatría
no se afeó
solamente
no ve nada
durante mis escasas visitas

con
mirada
nublada
a través de mí
mira
el paisaje
transparente
de poesía de invierno
resistiendo
al nacimiento
de la primavera muerta.

Abajo - arriba
(Dolje-gore)

En la fotografía
de su cara me veo sólo a mí
pegado al oscuro misterio
del sótano
desde el que no me dicen
nada sobre la luz
sobre el miedo del girasol
en los fuegos diarios
del aceite de oliva
arriba en la cocina

cerca al cielo soleado
él quiere más sandía
melancólico sufre de gastritis
se entrega totalmente a lo grisoso del misterio
mientras lavo los platos.

Verano
(Ljeto)

En el lugar del incendio
nocturno, fuego eréctil del bosque
en la mañana en la ceniza puedo ver
los cadáveres de ardillas castañas
overoles de bomberos
el trino de las crías de los pájaros;
si en unos diez años
guardián del camposanto
en la noche más aburrida y larga
quisiera ver
mis huellas en la ceniza
que han tejido los dedos de una anciana
con los rayos de la luna
mientras yo ardía
tendrá que cortar la urna
cuidando bien las pupilas
del brillo serpentino
de un relámpago incombustible
de una juventud escondida e irracional.

La herencia del cisme
(Labudova ostavština)

Un minuto de silencio
por la culebra
en la larga garganta
del cisne negro
de su garganta provienen todos los
pánicos vividos por nuestros cuerpos
muriendo tantas veces
en la música femenina
masculina
olvidadas son herencias
en la memoria
sin aliento sin color sin el bosque.

Huellas
(Otisci)

Después de la lluvia
no son auténticas
las huellas de tu
pelo cortado
plumaje de pájaro
en el suelo de la peluquería
ni los verdes
gritos de la hierba
bajo las cuchillas de cortacésped
con dolores en los músculos
después de cortar el césped
todos los recuerdos
en las fotografías son
lugares dudosos
de las propias huellas.

No te rindas
(Ne odustaj)

En las brasas de las colillas
del cigarrillo
con dedos nerviosos
amarrillos como el otoño
enciendo nuevos cigarrillos
no busco nada
hemos llegado
hasta la luz de desierto
al final del túnel
que nos va a quemar
ensordecidos
por la música de la arena
de todas las bocas
que besamos
no me quites
la mano del hombro.

Cinco estrellitas
(Pet zvjezdica)

En el corazón del cojincito se clavaban
agujitas como las chispas de las baladas de ancianas
aterrorizadas de nuestras cabezas en los cojincitos
para las agujas
sin dejar de pinchar las estrellas sin permitir
a nadie que duerma en el hotel de cinco estrellas

en el que resuenan los verbos irse para siempre
de nuestra boca como el gong de pasos
junto al grito matinal de gaviotas de tanto tiempo atrás
que todo me parece imaginado conmigo.

No estamos separados
(Nismo razdvojeni)

Con los higos
primaverales
poco a poco entiendo
el anuncio de la luz
sobre el mar abierto

descubriendo mi pecho
con la camisa me rompo por
todas las costuras
ilusiones inválidas
como fermento sin voz

que en el otoño tardío
a la partida callará
la muerte de nuestras voces
con la paciente putrefacción de los frutos

sin la dulzura de la temporada
en el invierno estamos totalmente
despreocupados en dos islas alejadas
nuestras bocas no están separadas
nuestra lengua es agua.

Escenario arriesgado
(Rizični scenarij)

Ellos están en la barra baja
y beben la tercera copa de una bebida rojiza
al parecer, toman tranquilamente y sin interés
claramente tratan de esconder su gran pasión
por el alcohol

De vez en cuando tics del hombro izquierdo
y del derecho
Sin embargo, emiten un trasfondo en esa tranquilidad entrenada
escenario de asuntos internos
que es invisible al ojo objetivo

Tomando mayor riesgo,
podemos tranquilamente suponer
toda la resistencia de los guardianes de su ser

con sentimientos sutiles de nostalgia podemos tratar
de despertar con un poema de amor bien elegido
limpiando el polvo de los discos

Con felizmente escogida melodía de nuestra región,
con metáforas persuasivas de algún dialecto antiguo,
teniendo en cuenta que los tonos que despiertan
los sentimientos tiernos
también pueden ser persuasivos en despertar agresión

Con un poco más de audacia
podría, al parecer tranquilamente,
acercarme desinteresado
y pedir dos copas de la bebida rojiza

Y luego dos más declarando mi adicción
empezando a decirle mis propios versos rojizos.

Habitación en el departamento de medicina interna
(Soba na internoj)

No estoy resignada para nada
hoy he recibido mi primera
inyección de morfina

dice mirando a algún lado
indefinido sobre mi cabeza

tengo la sensación de que mis pies están
al aire como alas de pájaros
como si buscaran volar de mí
mismo
confundido, miro por la ventana
la sal se esparce por la nieve sucia
los peatones gatean en la república invernal

de la calle bulliciosa me pellizca el frío
cambia el color y la forma de la habitación
miro como empieza a disiparse la cal

con tímidos sonidos en mí
anunciando el fin que se alimenta
con las últimas calorías del tumor.

Más profundo
(Dublje)

El término del tiempo es así y así imaginado
un segundo después de medianoche, el sábado se desmontó
y el domingo respira terriblemente indiferente

al abrazo se arroja una bandada de pájaros silenciosos y soñolientos
de los cuales algunos son el pico de nerviosos dioses
toda la semana picoteaban los malos exámenes
de sangre de corazones tensionados
mal escondidos en dramas humanos

como el espacio, este lugar es real
en él resuenan las vajillas, llanto de la pantalla
desde las camitas para niños el cielo está despejado
a través de las ventanas se vislumbra la lejanía enigmática

se lee su silencio parecido a símbolos
sueño arrítmico cuya irritabilidad culmina
a mediodía simbiótico cuando a la mesa
se sientan tres activos apetitos haciendo se uno

en la noche se lee profundamente a las mujeres, cada vez más profundo
en el sentimiento sin palabras de la falta de ternura
para arañar todos los días nuevos con uñas de letras diminutas.

Círculo del idioma
(Jezična kružnica)

En mi bosque
hace ya muchos años

ordené cortar
tres cerezos salvajes

los dejé secarse
habrá tablas sobrantes

después de aserrarlas
en la carpintería de ellas harán

un ataúd maravilloso
aún no visto en los cementerios croatas

en vez de pequeñas coronas
florales

en su tapa
habrá unas coronas enormes

hechas de los maduros frutos negros y agrios
del cerezo

con algunas hojas
sobre las cuales pensaré

en el lindo silencio
del idioma materno

devolviéndote las deudas
acumuladas en la palabra *alma*
escribiendo en la lengua de los delfines
al regreso al océano.

De la antología poética *Žablja perspectiva/La perspectiva de la rana* (2023)

Islas enamoradas
(Zaljubljeni otoci)

Dos islas croatas
se enamoraron bajo la superficie del mar
después de que en los incendios termine la temporada alta
de la época del turismo
se van a comprometer en las islas coralinas
con anillos exóticos
hasta entonces no abramos la boca
qué nuestras lenguas se queden en un nudo caliente.

La isla de las cruces
(Otok križeva)

En ella hace mucho vive
tan sólo una olvidada tatarabuela de alguien
en el silencio completo cuidando el cementerio
sin pensar que la van a enterrar sin la cruz,
sin la voz;
aquel mismo pájaro inadvertido
de la cabeza gacha en la copa de árbol
desde que a través del océano
acompañó a su último sostén de la familia
de cuyas migajas
sobrevive varios siglos.

Isla de parejas solitarias
(Otok usamljenih parova)

Sobre los ojos isleños de las amorosas
tumbas masivas
se plantan olivos para que no se vea
el cielo a través de sus anchas
copas de árboles
en las conservas no se puede
hacer autopsia de sardinas
mientras sin ganas las abrimos para el desayuno
alentando la espera de Godot
en todas las habitaciones ventiladas
por el voto de silencio tan sólo para que no partamos
con el primer buque que una vez al mes
viene por las parejas solitarias
que en la isla sacaban los ojos con la arena fina
de la playa del desierto en las pupilas.

Las casas isleñas
(Otočne kuće)

Antes de irnos a la cama
nos preocupamos de nuestras casas en la isla
por la noche no cerramos
ventanas ni puertas ni boca
tan sólo de esta manera en nosotros puede
dormir como corresponde siempre el mismo cielo
derramando la tempestad él corta
las uñas de animales con las palabras
para que no destruyeran los granos
que sirven como alimento en muchos platos
y no cortaran muchas bocas ajenas
en las casas lejos del mar.

Noches isleñas de música
(Otočne večeri glazbe)

Cada agosto
en las noches tradicionales
de música clásica
de violines en corazones de los zorros
nacen olores de las estrellas
para aquellas siete medio-sordas
ancianas
ellas esperan invierno
de cuyas nevadas
aterrizan de visita
hijas copos de nieve.

Isla encendida
(Zapaljeni otok)

Por venganza, alguien ha encendido
todo el verdor en la isla vecina
a todos, en sus casas se ha quemado el pan
en las palmas de las manos en mucha ceniza
en desesperación se acurruca el silencio
en el informe médico de pájaros exhumados
con letras silenciosas escribe que en mí
la cobardía se llevó una victoria convincente.

Veranos en las islas
(Ljeta na otocima)

Así llamados amores
siempre los apagamos
en la dulzura del cuerpo
y ¿hay que mentir a las islas
a hurtadillas, detrás de espalda?
Disparando fuertemente con la sal
al cielo
ellas podrían denunciarnos al mundo
con el mar
y antes del primer café,
como dos pajaritos desnudos
ahogarnos en la cama.

El padre de las islas
(Otac otoka)

Al padre de miles de islas
ahogan las palabras sofocantes
él viste el traje de buceo
se hunde cada vez más profundo
al mar
ya no puedo quererlos a todos
ahora soy solamente humus
para las emociones selectas
del pastor de corazón duro
en los caminos de cabras.

La isla después de tempestad
(Otok nakon oluje)

Luego de que la tempestad
con el dedo índice apaga
la última bombilla
desvístete en la oscuridad
soy una isla cariñosa
sin las uñas caídas
la tempestad ahora puede
tan sólo rasguñarse a sí misma.

El tema isleño de Navidad
(Otočna božićna tema)

La nieve fina y seca se distingue a través de la ventana
se agrega a la luz de los dedos femeninos
en los cuales giran la harina vainilla canela
nueces molidas chocolate derretido
dulce en la boca de semisombra de la ciudad
muchas veces dibujada con los gritos de la música de recién nacidos
que ensordece desde los coches brillantes
piojos de mar y, cerca de ella, catedral adoptada
en la que suplicantes saltan a la altura tan sólo a ellos alcanzable
encima de las copas de árboles con pájaros mudos
abajo las que la juventud un poco más pobre cada fin de semana bebe
de las botellas sin esperar ningunos reyes con regalos
nosotros que no hemos olvidado la fecha exacta
paseando como los ciegos
no hemos advertido la disipación
prematura de las joyas aplicadas para el embellecimiento
sin sentido de las fachadas gastadas de aquellos con cataratas
mientras nosotros dos en Nochebuena ahogados en casa
muy tarde después de medianoche nos esparcimos
a sí mismos al motivo de la vida
en la ilusión del recién nacido para el castigo.

De la antología poética *Čuđenje u svijetu/Asobro en el mundo* (2023)

En vez de cháchara
(Umjesto brbljanja)

Esperando que envejezcamos con llamas
en las lenguas de las gargantas hambrientas

en vez de retórica de la charla amorosa
te ofrecí florecimiento

la batalla en las copas de árboles de albaricoques
con la helada, cruel viento de sur;

en ellas ya no hay nada salvo los sonidos que hacen abejas
y dios de la mudez espontánea de la plegaria,

en los que la muerte pacientemente nos sueña
en los arroyos primaverales transitoriamente crecidos.

Y él con el agua reproduce música y la cercanía de los muertos;
vivos, estábamos cerca y tan humanamente lejos.

Salvavidas
(Pojas za spašavanje)

Al amor en nuestra vida
y entonces cuando se expresaba con el egoísmo
no lo pasaba ni altura de los pájaros
ni fidelidad de los perros ni dulzura de los conejos
ni las dueñas del hogar, las gatas
ni siquiera en el tiempo cuando era
un animal totalmente joven
que no se sabía remendar
sino tan sólo de nuevo romperse con sus propias cuerdas
con los instintos derramando las llamas
en cuyas inundaciones precipitadas
siempre me echabas salvavidas
así que ahora lentamente puedo cantar la muerte a alegría.

El restaurante de poesía
(Restoran poezije)

Y algún, quizás
próximo día,
cuando de estómago cansado
abandono el restaurante de poesía
en el que para mí
con amor preparabas comidas
de palabras molidas
condimentadas con pimiento de los verbos
con muchos errores ortográficos
adjetivos de mente trastornada
a pesar de semáforos
en la encrucijada llena de peatonales
nadie entenderá mi habla
y ya no sabré
a qué lados dirigirme.

Exceso de palabras pronunciadas
(Suvišak izgovorenih riječi)

Lluvia, agua indecible
despertador de la luz de amor
de pensamientos oscuros en silencio
de gargantas demasiado secas de crepúsculo de follaje
oscuridad de mis tus noches
llegaste hacia las raíces
en las cuales, blanqueados,
nos aburrimos de los cambios
de así llamado bien y mal
ellos son volubles en verano
cambian las ventanas en las cuales
tocan rompen vidrios
por eso estamos acostados en el suelo
con pensamientos cubiertos de mantas

con las cuales de la manera ficticia podemos
viajar pudriéndonos
con el horror acumulado de cosas en exceso
nunca seguros que no nos iban
a fusilar con el suyo nuestro
exceso de las palabras lluviosas pronunciadas.

Escrito con mente sana
(Pisano zdravim razumom)

Mientras despierto, lo primero que siempre veré
serás tú, insolentemente primaveral, aunque tu cara es llena
de lo amarillo de las arrugas de la corteza de árboles que hemos cortado
este verano para que se seque hasta el primer fuego cerca del que vas a calentar
la vejez de tu dolor de huesos del que irradiará padecimiento
y, para no creer, fundamentada mente, adecuada claridad de amor;
sería imprudente no decir que ella no nos puede salvar
de congelación en bajas temperaturas.

Repeticiones
(Ponavljanja)

Sin hacer el corte
Hice un gorro

No me salvará el pelo
De cielo de batalla la lluvia empezó a disparar

Señora, sin mirar,
Ya veo que sus pestañas están mojadas

No me inclino para recoger
Su negrura en mis palmas de la mano

Nos traeré el café afuera
Usted no es una de aquellas madres atadas
En el nudo grueso de dolor

No llora,
Historia se repite
Pero no el amor.

El chirrido silencioso de grillos
(Tiho cvrčanje cvrčaka)

Sin preguntar qué he traído
vierte en mi copa
mi bebida favorita con mucho hielo
ella y hielo son como espejos
de todos los mundos anteriores
sin dejarme demasiado
lugar para las letras nuevas
debajo la camisa se ennegrecen los cuerpos
asados con claras cascadas de llamas
con ellos tarde esta noche
podemos meternos solamente
a los incendios pequeños
chirriando silenciosamente con los grillos
sin hacer nerviosas las parejas en la playa
que a arena
inscriben las letras entusiasmadas
de sus olas de marea.

Las golondrinas
(Lastavice)

Ellas rapidísimo vuelan por el cielo de venas sanguíneas y
sobre las paredes de ellas hacen los nidos perfectos
nunca las vi en su
claro acto amoroso de día festivo
así que pensamiento llegó a ser más grande más fuerte
con el chillido de las gargantas hambrientas desde los nidos.

El parlamento amoroso
(Ljubavni prlament)

En el almacén de la multitud de cosas antiguas el piano
a veces con nosotros de sobra mohosamente sueña
cuando por la escalera hacia nosotros baja la gorda vecina de pelo blanco
parecida a la gansa que se contonea
sin saber que ella de la memoria perdida realmente busca aquí
con los rayos de aurora con los cuales descubre la guillotina
salvo si en la multitud de las cosas discapacitadas
no nos hace saber que nuestra vida pudo terminar
de una manera bonita con el corte rápido de la cuchilla de hoja brillante
mientras en nosotros el parlamento estaba en la sesión.

El placer de la música
(Ugoda muzike)

Si no tiene pasaporte el alma es más feliz;
el alma en el que el mundo parpadeando cambia
la azul semántica de horizonte

el rumbo del vuelo a pesar del mapa en el bolsillo
el cantar de campos magnéticos

en las pequeñas cabezas de aves migratorias

todo se transforma en el placer de música de silencio blanco
en la que con nuestros pulmones tomamos menos
oxígeno sin el que vivimos más lento, envejecemos.

De la antología poética *Restoran poezije/Restaurante de poesía* (2023)

El habla de la primavera temprana
(Govor ranog proljeća)

Aquí
en invierno es el lugar donde nos calentamos
envueltos

en una alfombra tejida de los pelos de tus gatos
callo,

esa enfermedad de primavera temprana habla de ti.

No sin cierta inseguridad
moviéndose por el espacio por mí llamado
archivo del alma

escribo, te son bastantes tibias las noches
en tus frecuentes insomnios.

Engaño primaveral
(Proljetna prevara)

Tan sólo una vez brevemente
me elevé hasta la libertad

andando por la ciudad desnudo
por horas seguí mi cuerpo

sin lograr esconder
mis demonios arrodillándose con palabras transparentes

frente el escaparate de hielo delgado
la primavera me ha engañado mentalmente

pensando con anhelo y amor
sobre los arreglos florales detrás del vidrio.

Día de verano
(Ljetni dan)

En el soleado
vestido del llano
con la garza gris sobre el agua
verde oscura
mientras lejos de ella nadas
entre ustedes no se interpone
ni la palabra pez
alguien en vez de ti
debe decirme
que somos una escena usual
y linda;
que nadie nos recuerde
de manera errónea.

Temperatura baja
(Niska temperatura)

Seguí la mariposa del desierto
corriendo las cortinas
cambiando su color con la nicotina
de mis propios pulmones
al abrir las ventanas un viento fuerte
atacó mis ojos con pimienta
gritaste: me vas a secar las pupilas
en las que guardo el llanto
para la muerte de las raíces de las rosas bajo
los altos montones de nieve
apuntaste durante la plantación
esperas tu propia temperatura baja.

Abecedario
(Abeceda)

En los cielos
sobre nuestro cielo
¿alguien conoce
el abecedario de la lengua
en el que escribo
sin salir
del bosque en la tormenta
hasta que no besé
el temblor de los árboles
de animales tímidos
ellos lo entienden
en el útero
de su cielo.

Poesía ingenua
(Naivna poezija)

nosotros no; los demás han derretido la duda
en la taza como el azúcar de la bolsita
no sabemos cómo hemos sobrevivido con ellos
esa tierra irracional estúpidamente
balbuceando a los ángeles en satélites
que borren nuestras letras de las caras de estrellas
bajo las cuales caminan ellos que son más altos más grandes que
nosotros los pequeños.

Incredulidad
(Nevjerovanje)

Las lenguas de auroras dos veces más silenciosas
se deslizan a las tazas
dices, en estos años todo café nos es regalado
cada vez somos más íntimos con las ojeras
no creas a aquel quien ha terminado
el poema con el verso
que quizás allá abajo le será mejor.

Llevando el silencio de los muertos
(Nošenje šutnje mrtvih)

a mi perrita Nera

Durante las noches nevadas
blancuzcas y frías
estrechándose más fuerte
el uno al otro
llevamos el silencio

de nuestros muertos
pero no en algunas noches
de Luna mentalmente
desequilibrada
que locamente
agita
las hormonas de océanos
y los padres son
rugidos de ciervo
las madres el grito de la corza
entonces soy un gnomo
religioso
de hojas sin encuadernar.

De la antología poética *Paralelizmi/Paralelismos* (2024)

Una amplia selección de catástrofes
(Široki izbor katastrofa)

Todo hecho de letras ajenas
suyas

por primera vez abro mi cuerpo
a una amplia selección de catástrofes

cayendo más rápido que nunca hasta ahora
al fondo de mí mismo

donde he guardado la música
de todos los campos de batalla

con la que nuestra lucha cansada
llevamos hacia el final.

¿A dónde? ¿En qué?
(Kamo, u što?)

Avanzando desde la primera palabra primaveral sin saber
¿a dónde? ¿en qué?
gateando apasionadamente, levantándose de las raíces de cerezos
ciruelos rosas,

hasta la bajada
por la cañeta cortando con el cortador de cañeta el silencio enfermizo
todo el verano por la fuerza silenciado con los gritos de nosotros,
pájaros gemelos

algunos de ellos son los salvados frutos negros de septiembre
de los vuelos de golondrinas
así nos alegran aferrándose con la dulzura del sol
a nuestros paladares

Impronunciable, corto-incombustible
(Neizgovorivo, kratko neizgorivo)

El nombre original de la ceniza desesperadamente escapa
del desierto de la cama; en él hay bastantes pequeñas ascuas comparables con

corazones en el núcleo de los marcos de antiguo mueble con agujeros
hechos por gusanos devolviendo densa lluvia joven a la corta vida del verano tras
el verano

tan sólo aquello impronunciable en la llama de la vela quizás es santo
como la salvación de los olores corto-incombustibles del globo del cuerpo.

La repetición de relaciones
(Ponavljanje odnosa)

En la mudanza
el viento sacude

los últimos gorjeos
de las copas de árboles

maternamente cuidadoso
bajo la piedra

los guardo
en el fondo de estómago

en música calurosa
de corazón de lana
de alguien suave
y santo al lado mío.

Conversaciones anuales
(Godišnji razgovori)

Casualmente, una vez al año
nuestras lenguas salen juntas

como si nos encontramos en un sueño pelado
las preguntas las sentimos de sobra

pronunciamos de voz alta
las respuestas infaliblemente guardadas

ellas todas son tan bellas
ninguna de ellas no es

o ha olvidado ser fea

y tanto me gustaría preguntarte
¿si los jóvenes en los cafés

por casualidad puedan sentir hormigueos
de miedo del mundo posiblemente más feo?

Callos de diciembre de bailarina
(Balerinkini prosinački žuljevi)

Diciembre
quita sus zapatos de balé
gastados
en la acera
con el oído no reconozco
ni un solo horroroso
sonido de violencia
de padre de madre
de esposo de amante
tampoco los hocicos
sucios de denunciantes
lo último
que yo, mudo, siento
es la sensación de ardor
de sus callos
pronto ensordecido
con el ruido del
trueno.

Limitaciones
(Ograničenja)

Esta primavera
las flores
de la fruta temprana
evitaron
horribles
lágrimas de la helada
te parezco
me pareces
una escena
imposible
en el abrazo de
cestas llenas
de setas anaranjadas
por nuestras
por sus caras
con las mordeduras
de dientes
invernales
cae la malta
en algún
mejor mundo
posible
fuera de los sentidos
de nuestras bocas.

La luz del tarro de miel
(Svjetlost tegle meda)

Escribiendo preparaba
la luz eterna
de miel de diente de león
hundido en sus letras
sin sabor dulce amargo
con un poco del gruñido de fieras
consciente de que puede
sonar trivial,
ahora me parece trágico
que en el rocío hemos olvidado
los nombres de animalitos graciosos
con resaca, enfermos
olvidando letra
por letra de nuestros nombres
bajo la tapa
no es necesario quitarla;
poderosamente a través de vidrio
ilumina la escalera
de las bombillas quemadas y
logramos leer el nombre
en la puerta de tu apartamento.

Transparentemente en estilo de cisne
(Prozirno labuđi)

En el laberinto
de realidad
con las ojeras
negro-azules
lamiendo los espejos
con las hace mucho tiempo
dañadas lenguas de cristal
transparentes
chirriamos
con los hocicos
de ardillas
a las vecinas
de las hermosas
lenguas
en cavidades de mismo
mundo
seco
bajo asedio
de los pilotos avispones
de ladrar
de perros
grito
de la manera transparentemente
masculina
en estilo de cisne.

Fiestas de diciembre
(Prosinačke svečanosti)

Los abuelitos que dan regalos
calientes de alcohol

en diciembre y antes de
medianoche de 24 y 31

con sal de su sudor y lágrimas
derriten las nieves ocasionales

abajo la colcha
en la cama extienden

el desierto de milagros más rápido que
la magia antigua de dulces

en los ojos pequeños de letras
brillan los aspersores

en el lugar del corazón
de libros leídos

en ellos leyendo alegres
mensajes SMS

latimos
como dunas calientes.

Feria
(Sajam)

Al terminarse el bullicio de sábado,
el alma de aquellos pobres en imaginación,
los cansados se acuestan a las cáscaras de las naranjas
que juntos comieron
en la feria de automóviles usados

Acuérdate, en el último acto de las ferias
de ataques cardíacos de corazones de regaliz
por corto tiempo se mueren las bellas vendedoras,
a causa del concierto corporal en las manos de alguien
considerándose de paso insolaciones

Del país natal perdido
(Iz izgubljenog zavičaja)

Todo está escrito tan claramente
no a nosotros, ojos grises de garza;

cada vez cuando me despierto agrietado
veo la misma iglesia amarilla del pueblo

cerrada con Jesús en brotes
nunca me abre la puerta
en el campo visual de la muerte,
a mí nervioso porque el trigo amarillo ennegrece

por la tarde tomando el café conmigo
me recupera el amigo siquiatra y dice:

esa escena con iglesia la diagnostico
como un síntoma saludable de optimismo.

Narciso
(Narcis)

Cae
el pájaro
con tu
nombre
acelerado
verbo

abre
la ventanilla
saluda
el viento
bienvenido
a la voz
estrecha
de las pesas

abajo
aplanado
en el papel
viejo
no te desesperes
no eres
el partido
de ajedrez
perdido

tu eres
un príncipe
dice
Danilo Kiš[1]
en la espalda
gris
de la revista
de literatura

[1] Danilo Kiš (1935-1989) – escritor serbio de origen judío (N. de la T.).

y el sol
cae
más rápido
al sótano.

Guerras nocturnas
(Noćni ratovi)

Toda
la noche
en la flor de
cerezo
en el sueño
profundo
como un sonámbulo
amenazándome
me hablas algo

y medio dormido
respondes
a mis preguntas
con golpes
furiosos
de los codos

yo contesto
a ellos
sin piedad
como si fuera
de acero
con el lenguaje
enojado
en nuestras
guerras
nocturnas.

Fracaso
(Poraz)

Acostándonos
juntos
durante
las décadas
no hemos soñado
ninguna
victoria
hasta esa
milagrosa
noche
invernal
en la que
jugamos
a todo
o nada
avergonzándose
uno de otro
ahora somos
un ejemplo
tan claro
del choque de glaciares
bajo
los gritos de
las gaviotas
tan tranquila
calma
de la derrota.

Las cartas canosas
(Sijeda pisma)

De los choques
de sueños
me despierto

el primero
debajo
de la capa
de hielo
en el mundo
de las ojeras
azules

veo la
repetición
de las escenas

la cartera
marta
a la cavidad
de peral
echa
las canosas
cartas
amorosas.

La luz roja
(Crvena svjetlost)

Es igual de donde
la sangre fresca
entra
por la puerta
y de quien es
apagamos
todas las bombillas
y con su luz
vemos
todo delante de lo que
sin vergüenza
hemos cerrado los ojos.

La pesadez de la memoria
(Težina memorije)

Con los restos
de la memoria
entré
a mi vida de
adolescente
con la cara
de perdedor
en las gotitas
de coñac
al besar
los azulejos
oscuros
cerca del bar

estúpidamente
tiemblo
de miedo
he perdido
todo lo que fue
posible
perder
igual como
ya casi gané
lo que era
posible ganar.

El rencor
(Osvetoljubivost)

Oigo la calma
del bosque
como si me
invocaras
del silencio
muerto
hace ya mucho tiempo
centelleando
furiosamente
como acero
con la venganza
del corte
encapullado
en el deseo
de destruir
la voz
como si se tratara
de corza
recién
matada.

El asustar con la sonrisa
(Plašenje osmijehom)

Sin anteojos
de sobra
en la ciudad
me encuentro
con siempre mismas
sombras
que me
saludan
sin ganas

quejándose
del tiempo
de amigos
sobrevividos
escasez de
dinero
de muchas enfermedades
suyas

al aprender
callarme
conduciendo
eslalon
en la tacita
de café
empiezo
a asustarlos
con una sonrisa
hábilmente
configurada
del Sol
mucho más grande
que la cara
podría
morir
más joven
que ellos
que yo
mismo.

Supersticiosamente
(Praznovjerno)

Aunque
ya no
estamos
jóvenes
ni tenemos
relaciones
cercanas
con el mundo
los coágulos
llorosos
nocturnos
de las estrellas
supersticiosamente
triturados
con el tamiz
y sonidos
de búhos
encubrieron
la ciudad
en la que yo
el grano
por última vez
tamizado
espero
la molienda
en la luz
del alma
la ciudad
entonces
está más
oscura.

Iniciales
(Inicijali)

Con el arroyo
delgado
como una aguja
he cosido
rotos
cuentos de hadas
de pájaros
escuchando
su
dolor
y el tuyo
apenas un poco
más débil
que el gruñir
del sonido
de las sirenas
de bomberos
en las llamas
del hocico
desesperado
de jabalí
deletreando
las letras
enfermas
de nuestros
iniciales
en los que
trato
de escondernos
en mí
de mí.

Las cartas del desierto
(Pustinjina pisma)

Cada vez cuando me
escribe
abajo
de espada
pongo
mi pedazo
de carne
sobre el tocón
cuando el dolor
centellea
en la oscuridad
el alma
desértica
está desesperadamente sola
y en el corazón
del grano
de arena
en la pequeña
letra
sueña
felizmente
morir.

De la antología poética: *Spiskan /Derochado* (2024)

Traducción: Željka Lovrenčić

FROM THE HISTORY OF CROATIAN LITERATURE

MIROSLAV KRLEŽA ■ SYMPHONIEN (2)

Aus dem Kroatischen von Boris Perić

Mittagssymphonie

Mittag. Feurige Akkorde heller Musik eines sonnigen Mittags.
Es läuten die glühenden Strahlen der Sonne:
Wie scharlachrotes Feuer tanzt uns im Glanze der Rhythmus des Hohen Liedes!
Wir zünden an das Himmelszelt, das Metall der Flüsse, die blaue Seide der Wälder
und die glänzende Ebene, die bronzen schlummert
unter dem weißen Schleier mittäglicher Weben.
Wir schwimmen in der Flut gottfruchtender Sonne,
wir singen die Melodie der Berge, blau und licht,
wir, des sonnigen Meeres schäumende Gischt.

Eine rote Welle aus Licht inmitten der Farbenglut:
Die Wolken in uns tanzen mit dem trunkenen Wind,
im Weltall das Lied des Glückes zerrinnt.
Wie ein feuriger Schmetterling in mittäglicher Wonne,
Fontänen und Blumen, Leben und Sonne!
O, alles lebt. Alles ist ewig. Alles tanzt
und nichts wird sterben,
nicht die Schatten vom Kirchhof, die bläulich sich färben,
nicht der fahle Rauch, dessen Schwaden überm Hause sich drehen,
alles ist ewiger Verfall! Und ewiges Auferstehen!

Strahle der Sonnenstrahlen im Chor:
O, unsichtbarer Dinge Leben man spürt,
des heiligen Todes, des Alls, das sich rührt,
Atome, wie Titanen aus mythischen Sphären.
Man spürt die Fülle goldener Ähren,

der silbernen Gewässer trunkene Hochzeit
und des sonnigen Himmels Mittagsewigkeit.

Gigantische feurige Akkorde:
Wie scharlachrotes Feuer tanzt uns im Glanze der Rhythmus des Hohen Liedes!
Wir zünden an das Himmelszelt, das Metall der Flüsse, die blaue Seide der Wälder
und die glänzende Ebene, die bronzen schlummert
unter dem weißen Schleier mittäglicher Weben.
Wir schwimmen in der Flut gottfruchtender Sonne,
wir singen die Melodie der Berge, blau und licht,
wir, des sonnigen Meeres schäumende Gischt.

Eine winzige blaue Glockenblume läutet auf blühender Wiese leise zum mittäglichen Gebet:
Heilige blaue Stille!

Wie ein stilles Osterlied
glänzt das Feuer der Sonne,
ruhig und rein.
Nach mir brennt der Tau,
verzehrt sich und strahlt,
und des seidenen Pfäuleins Liebe
gibt Kund:
Leere, o Sonne,
meinen saftigen blauen Kelch
mit feurigem Mund.

Gleich roten Korallen zerstreut sich das fröhliche Zwitschern von Spatzen, die in den Kronen blühender Kastanienbäume tanzen:
Weiße Wolken ziehen vorbei,
rufen östliche Träume herbei.

Über den azurblauen Fries
sonniger Honig sich ergießt.
Neue goldene Träume
füllen die himmlischen Räume.

Ein Schwarm weißer Tauben rauscht mit den Flügeln:
Die Sonne strahlt auf die Promenade hinab,

wie Blütenstaub in feurigen Ringen,
wie große helle Engelsschwingen
breitet sie aus sich über der Stadt.

Es singen die Umrisse der sonnigen Stadt:
Die schlanken Türme und Kuppeln glänzen
und das Gold der Blitzableiter,
es plätschern Gewässer, silbern und heiter.
O, prächtig, ein Mittag im Lenzen!

Die Menschen im Park genießen die Sonne:
Die Sonne fließt uns in alle Poren
durch Schleier aus blauem Dunst.
Wie flammender Wohlklang reimender Kunst
lodern mittägliche Lohen.

Eine silberne Mittagsbrise spielt auf der Harfe:
Die Wolken tanzen ihren weißen Mittagstanz!
Hinter dem blauen himmlischen Vorhang
trommeln die Farben zu bunten Gesängen,
rühren die Seele mit glänzenden Klängen.
Wild tanzen die Wolken.
Es krümmt sich der nackte Riese,
sinkt auf die Knie und weint.
Wolkengesang mit blauem Gebell vereint.
Geblendete fiedeln in blindem Vertrauen,
es tanzt ein Reigen nackter Frauen,
weißer Brüste heiteres Lachen.
O, die Mittagswolken, rein,
rubinrot färben sie am Rande sich ein.

Eine einsame Pappel jauchzt:
O, Wolken!
Wolken,
Wolken,
ihr Glücklichen aus weißem Marmor,
wo führt euch hin euer rasender Zug?
Vom Himmel, wie von der Stirne der Gottheit,
fällte eine Strähne, verregnet und trüb.

O, Wolken!
Wolken,
Wolken,
verbirgt ihr den Blitz in eurem Kleide?
Wirbelt ihr auf die sonnige Seide?
Wolken?

Ein Vogel in schnellem, fröhlichem Flug:
Es schwimmen die weißen Bälle mittäglicher Wolken.
Es ist Mai! Mai!
Die Schatten der Pappeln zittern wie ein Brocken grüner Korallen
im goldener Flut des sonnigen See.
Es dampfen die Herde:
Opfer weißer, glückgetränkter dörflicher Welt.
Die weißen Bälle treiben ruhig übers Himmelszelt.

Ein melancholischer Sonnenstrahl, klagend im Geäst verflochten:
Die grünen Flächen biegen sich wie Frauen,
laufen blau über,
wo die Sonnenschwesterlein prallen,
zwei Sphinxen taten im Gewölk zerfallen,
in den Armen nackter Lachender.
Das Licht spritzt.
Lacht.
Trunken.
Gesund.
In der Höhe tanzt ein Teufel in blauem Gewand.
Im Rachen weißer Angoras,
glänzend aufgerissen,
seltsame Lieder, dem Tale entrissen,
küssen einander wie Frauen.
Warm.
Sommerlich und blau
Warn alle Träume in blauem Nu zerrissen.

Die Mittagsbrise, die Pappel und der Sonnenstrahl:
Die Wolken, mittäglich rein, tanzen ihren weißen Mittagstanz!
O, Heil dir, weißes, ewiges, göttliches Freudenfeuer!

Tanz der Wolken am Mittag, im Lichte sonniger Harmonie. Eine fröhliche sonnige Wolke schreit und tanzt in den Armen des Windes:
Es fliegt das heilige Mittagslied
über meinem sonnigen Haupte ins Weit,
ein Chor weißgeflügelter Träume jauchzt in blauer Unendlichkeit.
Gekränzt bin ich mit gesunder mittäglicher Erhabenheit.
Und sehe – oh, ich sehe – weiße Sternenbahnen
hin zum stillen Mittag heiliger Harmonie.
Gespenster der Frühe, grüner nächtlicher Agonie
bekriechen mich!
Ich kämpfe.
Tanze mit dem silbernen Wind.
Jauchze.
Fliege.
O, wild in die Höhe.
Zucke.
Brenne.
O, ich kämpfe nicht mit den Gespenstern der Finsternis.
In weißem Mittag tanze ich und leuchte,
über der Stadt, wie ein Halbgott, fliege ich sonnenbeschienen.

Ein Reigen durchsichtiger Wolken tanzt lachen der Sonne entgegen:
Wir fliegen heute über den Feldern wie ein Lied
und blaue Nebel verweben sich zum Traum.
O, welch heiliger, ruhiger, stiller Tag!

Strähnen blauer Dünste, die einem Schleier gleich über der Ebene zittern:
Das Leben ist eine weiße, stille Melodie,
mittäglicher Musik heller Klang,
der Blumen und Kinder und des roten Hahnes Gesang.

Eine riesige trunkene Wolke besteigt tanzend die weißen, schneebedeckten Berge:
O, trunken und wild die Fessel sich löst
und tollet überm Teppich, sonnig und hell,
die Strahlen, lustig, von der Fabel betört,
flimmern und läuten in luftigem Gelb:
frei,
nackt,
strahlen,

wild,
prächtig
schmilzt das Metall der Sonne
auf unserer Gestalt.
O, schneeweiße Brüder,
schreit, dass es nur so hallt!
Alles lebt.
Tanzt.
Windet sich.
Zittert.
Flimmert.
Lebt.
Unter der Sonne alles den hellen Mittag bestaunt.
O, lebe! Lebe!
Hosanna! Der große Mittag!
Hosanna!
Auch ich tanze.
Leche,
steige auf,
trinke.
O, gar göttlich lache ich
zum Mittag des sonnigen Tages,
Hosanna! Hosanna!

Ein Rudel trunkener Wolken mit weißen Schläuchen voller sonnigen Weines wirbelt in glänzenden Ringen die himmlischen Wolkenstufen hinab:

Eine nackte Frau in der Wolke:
Meine Brüste schwimmen in sonniger Milch
wie kochendes Öl auf nackter Haut!
Rote Rosen auf sonnigem Teppich, schaut,
auch die die feurigen Flüsse fließen.
Die Sonne sticht mich, der Wind badet mich,
schneller als ein Vogel, welch Wonne.
O, es scheint und scheint die Mittagssonne,
die feurig auf mich niedersticht.
Küsst sich mit einer nackten Wolke.

Die seidenhaarige Wolke in der Umarmung des warmen, weißen weiblichen Körpers:
O, welch Kraft ist es, die uns in der Höhe hält,
in sonnige Toga gehüllt?
Welch Wirbelwind, der uns über Gottes Land treibt,
wenn die Sonne sticht und sengt?
Ein Strahl feuriger Funken sprüht,
es singt der sonnige Mittag,
ein Bündel flammender Speere blitzt
und bohrt sich uns mitten ins Herz.

Ein bleiches, trauriges Mädchen in den Wolken, vor dem Thron des Windes, hoch, hoch, wo nicht einmal Vögel fliegen:
O, warum treibst du uns mit blitzender Peitsche,
wenn Regengefäße wir tragen?
Schmerz saugt an meinen saftigen Träumen,
ich singe und weine, lache und schreie.

Eine bleiche rosa Katze:
Ich schwimme in süßem Mittag,
umgeben von roten Obstes Duft,
wenn helle Säfte durchfließen die Luft
und die Dinge singen in sonniger Flut,
ich tanze meinen Tanz in himmlischer Glut,
schwimme in mittäglicher Süße,
unter mir die Erde breitet,
in weiße Seide gekleidet.

Alles fließt in einer heiligen Orgie sonniger Farben, lichter Träume und feuriger Musik zusammen. Und alle weißen Wolken, Riesen, Frauen und Kinder, Katzen und Dünste, alle jauchzen im Chor:
Die Sonne, die feurige Weberin,
hat und mit feurigem Muster durchwoben.
Nun brennen wir in heiligem Feuer
und tanzen zum Himmel erhoben,
unsre Träume, vom titanischen Mittag beschienen,
schwimmen wie Muscheln mit blauen Delfinen
auf sonniger Gischt.
Aus den Wäldern wehen Frühlingsdüfte,
rote Lilien erfüllen die Lüfte,

die Sonne flutet den Himmel mit rotem Wein,
die Vögel zwitschern den hymnischen Reim,
die Rosen trinken das Licht
es ruft uns die Sonne, der Ewigkeit Glück,
und unsre Muschellieder treiben auf der Welle der Musik.
Sonne!
Heilige!
Große Sonne!

All diese Figuren fließen in etwas gewaltig Freudigem zusammen. Dann ertönt ganz leise das Harfenspiel der silbernen Briese:
Die Wolken tanzen ihren weißen Mittagstanz!
Hinter dem blauen himmlischen Vorhang
trommeln die Farben zu bunten Gesängen,
rühren die Seele mit glänzenden Klängen.
Die Mittagswolken treiben dahin.
Es krümmt sich der nackte Riese,
sinkt auf die Knie und weint.
Wolkengesang mit blauem Gebell vereint.
Geblendete fiedeln in blindem Vertrauen,
es tanzt ein Reigen nackter Frauen,
weißer Brüste heiteres Lachen.
O, die Mittagswolken, rein,
rubinrot färben sie am Rande sich ein.

Ein Nachtfalter windet sich betört. Trunken von der Magie der Sonne:
Ich bin ganz nächtlicher Pollen auf scharlachrotem Flügel,
bezaubert von mittäglicher blauer Stille.
Der Nachtwandler tränkt sich an diesen Weines Fülle
und sinkt ins Licht. Ins Azurblau und Seide.
Sonne, ich singe dir die Hymne!
Wie eine Blume, heilig und flammend,
trinke ich dich
und trinke das Lied gelber Farben
mit phosphornen Ringen zum Tanze verwoben.
Mein scharlachroter Flügel traumgleich zum Mittag erhoben,
meine Fühler saugen an deinen Feueradern mit voller Kraft
und die roten Blüten atmen voller Leidenschaft.

Ein Mann, ein Heide des zwanzigsten Jahrhunderts, singt:
Es ist nackter, feierlicher, flammender Mittag,
wie ein brennender Riese
wirbelt der glänzende, flammende Diskus an der Himmelskuppel
in höchster Höhe!
O, alles duftet
mit dem Duft gemahlener Nüsse,
mit dem Duft warmen Brotes,
o, alles badet in der Glut des feurigen Regens.
Und es ist sie wunderbar still,
nur die blaue Pracht atmet.
Die Erde gibt sich der Sonne hin
und die Sonne saugt feurig an ihr.
O, reiner Mittag!
Gib mir deine brennenden Lippen,
ich gebe mich hin dir, wie eine Frau!
Mein Blick erlischt an den weintragenden Hügeln,
im Schatten blauer Wälder, wo der Äther tanzt!
Rein ist deine Gestalt, wie das Leben eines lichten Heiligen,
der anbetet das Schweigen,
das stumme Leiden.
Rein ist deine Gestalt, wie der Duft weißer Kirschen in der Frühlingssonate,
rein ist dein Gestalt, auch wie der Rhythmus der Lieder,
wie Kinder sie zu Fronleichnam singen.
Ich spüre dich, Mittag.
Ich bin die Kirschenblüte
und der Rhythmus der Kinderlieder,
ich bin der flammende Strahl
und der brennende Stern
und an blauer Himmelskuppel der feurige Diskus
und all meine Leiden und all mein Schmerz
sind des Sonnengottes Apoll Phoebus!
Wie soll ich erlöschen,
wenn ich wie die Sonne scheine
und die Ewigkeit tränke.
Die Fülle meines Feuers sich ergoss
und die Masse seiner Leidenden betet auf einem Unglücksstern
wie zu Gott.
Mittag!

All unsre Formen sind blaue, helle Ewigkeit
und der rote Stern, der stumm am blauen Vorhang
südlicher Himmel flackert.
O, Sonne!
Ich gebe mich dir hin wie eine Frau,
du entzündest mich und saugst an mir,
und es gibt Mich nicht mehr,
in kosmische Träume bin ich zerronnen.
Sonne!
Ich bin die Flamme.
Der Osten.
Der Brand.
Alles.
Und Mich, Mich gibt es nicht mehr.

Intermezzo. Diskkorde christlicher Musik. Es klagen die Glocken:
O, verdammte Akkorde des Requiems,
die wie schwarze Vögel über meinem Haupte kreisen
und wie vergiftete Rosen sich ranken.
Und vergiften die Gedanken.
Die lichte Idee zum Schädelberg geht
und unterm titanischen Geheimnis des Mittagszelts ächzt
und fällt und betet,
um der zynischen Sphinx des Äons zu Frohlocken.
Sonne!
Große Sonne!
Schmelz ein die Mittagslocken!

Phantastisch vergießt sich der Duft blühender weißer Rosen, als höre er das Läuten der Glocken nicht:
Das Leben ist eine wilde, trunkene Melodie,
es tanzt im Rhythmus der Mittagsoktave vorbei.
O, das Leben ist der Schatten der blauen Träumerei,
durchwoben von Sonne und würzigem Duft,
vermischt mit dem Gesang duftender Gewässer,
wo Schatten die nackte Göttin küssen,
die im Schlummer vom gewaltigen Magus kündet
und Zimt unter der Bronze der Pagoden zündet.

Ein armer Kranker starrt irgendwo in einem überdachten Zimmer in die Sonne. Wie welke Sonnenblumen trinken seine ausgelaugten Augen das große Licht. Ganz still. Alles nur Diskkorde.
Ich sterbe in der Sonne.
Der aschenfahle Schatten meiner anämischen Hand
träumt von Blei.
O, wie viele wilde Triebe sterben
in diesem gelben Wachs?
Aus dem feuchten, kranken, grauen Hof,
wo Pelargonien ohne Sonne vor sich hin welken,
sind Akkorde zu hören.
Ein Blinder spielt irgendwo Ziehharmonika
Und der Mittag schweigt!
In der Stadt donnern die Räder.
Die Menschen lachen.
Die Glocken läuten.
Die Vögel frohlocken.
Es tanzen die Windungen des Rauches in blauer Spirale.
O, wenn ich gestorben bin,
wer trauert mir nach?
Die Sonne versengt das Kranke.
Sie läuten.
Alles versinkt.
Und ich sehne mich so, nach dem salzigen, sonnigen, duftenden Meer!
Mein Blick wäre eine Möwe,
die königlich kreist
über dem gewaltigen, blauen Lied,
wo die Wellen schäumen, golden und violett.
Rote Fischerbarken treiben auf der See.
Ihre Segel baden in weißem Sonnenlicht
und rote Seerosen welken in grünem Schatten dahin.
O, wo sich das Leben dieser grauen Höfe,
dieser feuchten, schmutzigen Zimmer,
dieser welken Blumen und kranken Leidens
ewig widerholt!
Und ich möchte Gesundheit trinken!
Ich will nicht diese schwarzen Madonnen mit rotem Flackerlicht!
Auch diese grauen Gravierungen in staubiger, faulender Wunde will ich nicht!
O, ich will nicht dieses Sterben in ewiger Halbfinsternis,

in der der helle Puls der sonnigen Stadt zu hören ist,
das Lärmen der Kinder,
der Gesang des Goldes,
o, warum dieses Sterben im Schatten der Kasematten?
O, warum sah ich das Meer nur im Traumbuch und alten Kalendern,
wo ich doch tanzen könnte im Lichte,
in Freude,
Verzückung,
trunken und sonnig und frisch,
in großem, mittäglichem Stil!
Ich sterbe in der Sonne.
Der aschenfahle Schatten meiner anämischen Hand
träumt von Blei.
O, wie viele wilde Triebe sterben
in diesem gelben Wachs?
Die Sonne versengt das Kranke.
O, wenn ich gestorben bin,
wer trauert mir nach?

Eine Schwalbe fliegt an der Mansarde vorbei. Traurig:
Das Leben fiedelt
auf sonniger Saite sein Mittagslied.
O, warum dieses Unglück der Menschen?

Der blaue Klang der Berge zittert müde und ängstlich in der Flut städtischer Stimmen und Linien:
Die Sonne hat ihre blauen Blüten vergossen
über den blauen Bergbrocken,
im grauen Buchenhain, wo Pilze, Zwerge und Erzählungen träumen,
es raucht violetter Dampf und es murmeln die kühlen Quellen.
Mit der Sonne vermählt sich der Berg in festlicher Waldesruhe,
wie im Kloster zeihen blaue Prozessionen.
Wolken leuchten. Und sinken. Und sterben still im Walde.

Zerbrochenes Glas tanzt prunkvoll im Licht:
Papeln voller Wind rauschen
über der weißen, prächtigen Stadt.
Durch mich tanzt der Mittag,
wie ein glänzendes großes Wesen

ergießt sich die volle Sonne,
dieser stets berauschende Trunk.
Und die Farben.
Und die Schatten.
Und die Ruhe.
Und die heiligen, stillen Stunden.
O, mittägliche, goldene Strahlen,
an meine Farben gebunden.

Ein diamantener Tautropfen zerbarst in Tausende von Farben:
Es schlürfte mich die Sonne.
Wie eine große Feuerlawine
fiel sie auf meinen kristallenen Körper.
Wie eine glänzender, feuergewobener Schleier
versengte sie meine Farben,
die da träumen von feurigem Tod.
Es schlürfte mich die Sonne,
wie eine Feuerlawine, glühend und rot.

Die Farben verdunsten im sonnigen Feuer, gehen über in die Mittagsglut:
O, jetzt sind auch wir Sonne,
gewaltige, feurige Sonne!
Im flammenden Sternentropfen wir schwirren,
im Strom der Edelsteine wir schwingen,
die in gelben Farben singen
und nach neuem Lichte gieren.

Der Schatten eines Kirchenfensters, von Sonnenlicht durchleuchtet:
Durch langfarbige Kristalle
rieselt ein gelber Staub.
Es träumt über der Kolonnade
Ein grandioses Gewölbe.
Es brennen die hellen Kristalle,
küssen die flammende Sonne.
Es tanzen die Funken
aus roten Sonnenfluten,
es schweigen die alten Kirchen
in der Stille der Mittagsminuten.

In langfarbigem Strahl singt ein helles Atom, sogleich von der Sonne beschienen:
Es tropft die Sonne.
Aus phosphorner Amphore strahlt sie goldenen Honig über den Globus aus
und alles erklingt wie ein Akkord des Päans.
Die blauen Schatten der mittäglichen Wolken
Und die gelben Speere des sonnengepanzerten Tages.
Wir helle Atome tanzen im Strahl,
wie im Feuer der rot lodernden Fackel.
O, wie viele seid ihr,
o, wie viele seid ihr,
die ihr noch nie aus dem Schatten gefallen
und tagträumt ewig von Frühling und Sonne
und erlöscht nächtens in eurer Träume Gift,
und neben auch, wie das Abendrot neben bleicher Ikone,
fliegt das goldene Tageslicht vorbei und erlischt.
Ich aber bin ein helles Atom!
Aus blauem Schatten in die Farbe seltsamen Feuers gefallen,
tanze ich in fahlem Licht,
im des Südens Kuss.
Sonnentrauben sind mein Genuss
und Sonnenwein,
ich bade in der Farbe aller himmlischen Bögen.
O, ich bin ein helles Atom.

Ein bleicher, trauriger Mann singt:
O, wo sind sie hin, meine Sonnengebete,
als hell ich niederkniete,
als glücklich ich die Saiten rührte,
als die weißen Vögel sangen,
o, wo sind sie hin, meine Sonnengebete?
Still ist der Mittag.
Sonne.
Heiterkeit.
O, tot ist der Mittag!
Blaue, roter Berge helle Ränder,
alle gehüllt in Totengewänder
traurig und trist weinen die Spatzen,
die fröhlichen Saiten der Sonne zerplatzen,
es weinen die tristen Sühnegebete.

Rote Dünste singen über den Straßen der Stadt:
Mittag und Sonne, mittägliche Sonne,
der Maigewässer Zaubergesang,
ein nackter Gott schreitet die Wolken entlang,
reißt funkelnde Sterne vom Himmelshang.
Mittag und Sonne, mittägliche Sonne!

Bläuliche Dünste singen:
Alles glänzt. Alles singt. Alles tanzt.
Es rauschen Schwärme weißer Tauben,
glänzende Träume sterben und verenden
im kranken Schatten des roten Daches.
Alles glänzt. Alles singt. Alles tanzt.

Violette Dünste in den Tälern:
Es leuchten die Nebel, es sprudeln die Wasser,
im Tal unser Tanz ist violetter Dunst,
über glücklicher Stadt lacht das sonnige Leben
und feierliche lodert die Mittagsgunst.

Ein junger Bildhauer in seinem sonnigen Atelier, von heller Inspiration erfasst. Er knetet die Materie und jauchzt wild:
Ich schaffe! O, ich schaffe!
Im Großen Neuen Wunder wusch ich meine weißen Hände,
jetzt tropfen von meinen Fingern vornehme Formen ohne Ende.
Und tropfen und tropfen.
Sprudeln rot, wie eine Quelle roten Goldes
und fließen als flammender Strohm den Globus hinab,
ergießen sich über Land und Gewässer,
über Eis und Feuer
und Lügen
und wärmen!
Sonnige Marmorräume zaubere ich
und schaffe,
schaffe königlich!
Es tanzen vor mir herrliche, weiße, helle Lebensideen!
Gehen in langer Prozession
vor meinem despotischen Thron
im Rhythmus der ewigen Litanei.

Seid gegrüßt, gegrüßt, meine weißen Ideen!
Und ihr heiligen figuralen Träume, trunken prophetischen Äthers!
Es rauchen große Opfer
auf dem Dreifuß meines sonnigen Altars!
Hosanna, ihr Marmoropfer!
Kinder der Sonne,
der Schönheit,
hosanna, herrliche göttliche Körper,
heilige Nacktheit,
hosanna, ihr marmornen Opfer!
Tolle Fülle des Lebens.
O, alles wirbelt, fliegt, lacht und tanzt
im königlichen Rhythmus östlicher Tänze.
O, marmorner Duft, wie er mich trägt,
betört.
In meiner Seele, schwanger vom Mittag,
der Sonne
und den Freuden des Mai,
meine Seele singt den bildhauerischen Psalm reiner Nacktheit!
Auf den Wellen roter Triebe, Ewigkeit, Schönheit,
klar sind meine Gedanken, wie das Licht morgendlicher Sterne
und zu herrlicher Marmorskulptur wird jedes Wort aus meinem Munde.
Mai und Wolken, Sonne und heilige Mittagsstunde!

Im Weidenhain singen die Farben im Chor:
Dampfend ist der Erde Duft,
es schluchzen die Dohlen in der Luft,
blau ist die festliche Ebene,
durch die der helle Fluss sich windet.
Viel fröhlichen Jauchzens in den Farben sich findet,
viel Süden
im Aquamarin des Himmels,
im sonnigen Strahl des Mai.
O, herrlicher, stiller, gespenstische stiller Mittag
ergießt sich wie Feuer auf den blauen Schatten des Pflügers.
Trunken ist der Himmel
vor Tränen,
Weinen und Lachen.
Mittagsfarben sind wir des großen fröhlichen Liedes.

In Reinheit und Heiterkeit lacht tönend der Himmel,
während des Mittags regenbogengebadeter Pinsel
große, glänzende, runde Kreise
auf die Wellen des Frühlingsrauches
und das Gewölk der Dünste malt.

Ein Vogel auf einem Zweig:
Gläsern ist die Fläche des Wassers
und das Moos am Grunde
wiegt sich in langem Rhythmus
in orientalischer Ruhe.
Müde schwanken die trockenen Grashalme.
O, jetzt ist hier zu spüren, wie der Mittag im Sterben atmet
und die Schatten der Dinge sich gespenstisch bewegen.
Es weinen in der Ferne die Kraniche!
Es blühen die Zweige der Hagebutte.
Es summen die Bienen.
Stille wiege ich mich im Reisig der Weiden.

Weiß Gott wessen Gedanke. Er hat sich losgelöst und treibt traurig und allein durch den Mittag:
Es blühen die Birnbäume
und die hellen Flüsse sonnen sich
wie silberne Nattern im Fächer der blauen Wiesen.
O, ich sehne mich und sehne nach dem Weiß der Kommunion,
nach der Schönheit der Ruhe, dem Vergessen des Jammers!
Sprühende weiße verstreute Blumen
und duftende blühende Obstbäume,
und die Mittagsbrise, die still vorbeifliegt,
und die blauen Schatten, klare, lichte Räume,
alles glänzt unter dem blauen Mittagsschleier,
und eine große Spinne, ein titanisches Hirn,
webt ihre Weben im leuchtenden Rot
und besingt den hellen Mittagstod.

Zikaden im Chor:
Es schwanken schneeweiß die blühenden Pflaumenzweige
und es wogt das blühende, saftige Gras.
Alles das ist ein Lied,

das Mittagslied,
und Blau
ist eine fröhliche Farbe,
lebensfroh
und tief.
Und diese kleinen, zahmen dörflichen Hütten,
dies flammende, grüne Fichtengeäst,
die blauen Bäche,
die kleinen Mühlen,
die silbern das Lied des Mittags murmeln,
und die gelben Wolken schwefliger Himmel,
all das ist Musik, sonnige Mittagsharmonie,
die mit dem Lied uns südlicher Zikaden
wie heller Regen fällt
auf die Umrisse der Stadt.
Milliarden von Zikaden, Sonne, jubeln dir zu!

Und die helle Musik des Feuers und die blauen Blumen im Feld und das Zwitschern der Spatzen in den Kronen der Kastanienbäume und die Brise auf ihrer Harfe und die tanzenden Wolken und die Schmetterlinge und die Menschen, die fröhlichen, die traurigen und die kranken, und die bunten Vögel und der Tau und die Kristalle und die Düfte und die verschiedenfarbigen Dünste und die Gedanken und die Farben und die Zikaden, all das singt und jubelt der Sonne zu. All diese Lieder schmelzen zur riesigen Welle des Hymnus zusammen:
Hosanna dir, Sonne! Lichtbringerin!
Hosanna!

Es sprühen die roten Akkorde der Sonne, es vergießen sich die Düfte der Blumen, es klagen die Harfen der Lüfte und es donnert das schweflige Lied der flammenden Strahlen:
Hosanna! Hosanna!

Abenddämmerung

Begräbnis des Tages. Abenddämmerung.
Trauriger Todesgesang der Halbschatten.
Trübsinnige Akkorde:
Ein Rudel roter Löwen zieht die schwarze Galeere
durchs dämmernde Feld.
Es erlöschen ihre glühenden, flammenden Mähnen,
es weint der an trauriger Schönheit riesig reiche Traum:
gestorben ist der große Heros,
der weiße, sonnige Tag!
Ein Rudel roter Löwen zieht die schwarze Galeere.
Lava fällt nieder, es schäumt wogend und scheinend der Ozean des Feuers,
der fürchterliche Unsichtbare Jemand rührt die Todestrommel.
Es glänzen auf rotem Samte
Silberschild, Helm, Speer und Schwert.
Aus dem Körper des bleichen Heros bricht das Heiligenlicht,
es klagt die Witwe der Farben
ihre stille, traurige Klage.
Ein Rudel roter Löwen zieht die schwarze Galeere.

Die Witwen der Farben in Trauerzug:
Unsere nackten, duftenden Hüften
verborgen unter weißem Schleier,
wie Sklavinnen bleich und fahl
sterben wir in heiliger Trauer.
Unsre müden Bewegungen sinken
in bleiernen Rhythmus.
Abendnebel ziehen über den Friedhof,
es ruhen der Dämmerung Vögel.
Wir tragen eine Amphore, schwarz vom trüben Marmor der Nacht:
Es scheint die kostbare Asche und die Lieder des toten Heros,
der uns löschte mit dem Wein seiner Küsse
im lodernden, leidenschaftlichen Feuer des kämpfenden Eros,
der tolltrunken uns küsste,
uns Reihen wunderbarer Farben.
Er trank die langfarbige Milch unserer Brüste duftender Pracht,
jetzt trägt sein sinkendes Haupt, sein hoffnungslos wirres Haar,

gen Westen seiner Geliebten Schaar.
Gen heiligen Westen, wo ewig man träumt und niemals erwacht.

Eine dunkelgrüne Lärche zeichnet sich plastisch vor dem Himmelszelt ab:
Im Dämmerlicht tanzen toll die Farben
wie barfüßige Frauen.
Steigen in Reihen die azurblaue Stiege hinab
und singen – Hosanna!
Im Westen lodern die Fackeln
über des gestorbenen Tages Katafalk.
Und man spürt das Schweigen:
der Kosmos steht jetzt still.
Nur die Farben weinen und steigen hinab
in diesen heiligen Augenblick, wo das Sterben so nah.

Die Farben, toll vor Schmerz, wehklagen und singen. Es ist der tolle Tanz über dem Totenbett des Tages. Die orangenen Farben:
Schlangenartige Schleier
wehen vom Geäst,
es träumt auf deren Fächer
der glutrote Brand,
wie toll klang sein Lachen
im gelben Sonnenring,
in der Farbe goldener Rosen,
auf seidigem Gewand.
Es gehen an die Kirschen des Himmels
über den silbernen Weg,
wo abendliche Feuer
von Kuppeln träumen.

Die violetten Farben:
Es ist der Moment des Wahnsinns und des Weins.
Wie eine lichte Kaskade rinnt der Saft der Ananas
über die weichen, weintragenden Hügel.
Aus rotblauen, opalenen Höhen
Sterne wie bleiche Lilien tropfen.

Die blauen, halbtoten Farben:
Auf schlanker Hagebutte schaukelt ein Kolibri fein

die Ellipse des Fluges des Zauberschmetterlings ein.
O, kupferner Mond,
der laternenhaft leuchtet hinter waldigen Hügeln,
wie Gongschläge läutet mit silbernen Flügen.

Es sind die letzten Akkorde!

Auch wir werden traurig sterben im Tanz,
als Grabeslicht spendet der Mond uns seinen Glanz.

Die Farben tanzen immer heftiger – sterben und singen:
Wehmütiger Rhythmus aus der Höhe sich ergießt
und läutet das Lied der Dämmerung ein.
Mit drei violetten Farben fließt
das blaue Dämmerlicht in den Amethyst hinein.

Die Schatten im großen, menschenleeren Park:
Die Himmel brennen in flamingoflügelfarbenem Kleide,
die Himmel sind feuriger Vorhang,
flammender Mohn und rote Seide.
Im Schatten Steinpilze,
der Kronen guter Bäume,
singen die Zwerge
ihre Dämmerträume.

Das Schilf am See zittert und rauscht:
Die Seerose schaukelt, schwankt und blüht,
singt zum ersten Stern,
der im stillen Spiegel glüht,
dazu auch der Grille perlenfeines Zirpen.
Es duftet das Heu.
Am See, wo alles eisig ist und grün,
spielt der Windhauch mit den Kreisen,
und die Kreise tanzen, immer weiter und weiter.

Die Schatten, das Schilf und die Bäume im Wald:
Traurig ist das Leben.
In blauer Ferne,
am Grund der Perspektive,

hüllt sich die Ebene
in graue Gewänder.

Die Ballade der Spinnwebe:
Das Abendrot breitete seine Flügel aus wie eine rote Taube
und ich flog durch den Wald.
Vom Moos tropfte der Tau,
die Tannen sangen ihr schmerzlich‘ Oratorium.
Die Zapfen schaukelten schwermütig an der Fichte,
Hinter den schwarzen Fächern
verglomm das Rot im Dämmerlichte,
sich sehnend nach dem hellen Kuss
der roten Gazelle,
die wie in Blitz aus dem Himmel brach.
Wie ein geflügelter Hirsch flog ich
dem westlichen Feuer nach.

Eifersüchtige grüne Schlangennymphen
lähmten meine Flügel im Gezweig der Weide,
wie Abschaloms Haar darin ich mich verfing,
vom Grunde des Waldes lacht indes das Rot,
es verstummt der traurigen Waldfabel Melodie.
Wie graue Vögel krähen die Farben der Nacht
und trinken den Phosphor träumerischer Töne,
das Rot aber lacht über Abschaloms Haar.
Im Halbdunkel, als leiser Gesang,
tönen blaue Glocken von der Wiese her.

Eine Weide einsam i Feld:
Dämmerwolken, eitle Pfaue,
kostbare Farben tragend an den Flügeln.
Dämmerchor der Vögel, über Hügeln
glänzen Wolken, silberne und blaue.
Übern Himmel laufen
des Tages bellende Hunde,
dämmernder Wehmut ruhige Stunde.
Ihr blauen Tageshunde, wozu euer Rennen,
seht ihr nicht das rote Nirwana schon brennen?

Noch immer von ferner, roter Sonne beleuchtet, kämpft ein Riese in den Wolken mit dem Abendrot:
Es hatte die Sonne einen Kelch goldener Farben
über der blaue Ebene vergossen.
Viele weiße Blumen hat der rote Tau
auf der Wiese mit klarem Feuer begossen
und graue Streifen verflechten sich im Geäst,
fahl wie der Schimmel der Dämmerung.
O, groß und nackt tanzt das bekränzte Lied
wie eine Göttin, wie ein barfüßiges Mädchen herum.
Zu sterben ist so schwer!
Grau ist das kranke Leiden, traurig der dämmernde Tod.
Wie ein abendlicher Garten färbt der Himmel sich rot.
Ein sterbender Traum,
in dem weiß lachend ich sang und tanzte umher.
Zu sterben so einsam am Himmel, o, wie ist das schwer!
Schon bringt der erste Stern mir wie eine Totenkerze Verderben,
riesig und feurig und hell will ich sterben.

Das Zwitschern der Vögel:
Feuergespenster tanzen am Himmel
ihren roten abendlichen Tanz!
Gewaltig verzehrt sich der feurige Glanz:
neblige Kurven aus Rauch
in flammender Spirale,
der große rote Priester ruft
und zündet das Opfer für die Dämmerung an.
Feuergespenster tanzen am Himmel ihren roten abendlichen Tanz!

Es wogt das Korn auf den Feldern:
Gigantische rote Wolken verbeugen sich heute vor dem Himmel,
Durch brennende Wälder jagen Panter flammende Rehe,
die toten Wolken träumen von Abendrot und Sonne,
grüne Farben im Dämmerlicht sich entfachen,
schweflig gelbe Flammen lachen
und füllen den Äther mit Azur.

Ein kranker Träumer in den Wolken:
Es steigt die Dämmerung vom blauen Berge herab ins Land,

ihr Fächer meine Stirn belebt,
o, der mystische Schleier bebt
weiß
überm schwarzen Totengewand.
O, wäre meine kranke Stirne
doch ein Steinbruch,
der Meereswellen bringt zu Erliegen.
O, wäre ich ein Wunder,
vor dem sich biegen
Feuer,
Wolken,
Götter,
Donner.
O, dass ich wandle auf sonnigem Pfade
und in großem, hellem, fröhlichen Wissen
überm Abendrot balle meine Faust,
o, das ich in Weiß meinen Körper bade,
statt eine Wolke im Totenschleier zu sein,
der weißen Dämmerung gespenstischer Schein.

Eine traurige Nonne in den Wolken weint:
Wie ein traurig totes Kloster lebe ich noch kaum,
wie eine kranker ahnender Blick.
Ich weine, wie ein weißer Mädchentraum.
O, ist einmal das Leben eine Flut,
die durch sonnige, heiter Hirne fließt,
die sich in sonnige, reife Trauben ergießt
und tanzt in Rhythmus und Glück.
Ich sterbe
und sehe meine heiteren Ahnen
neue Wolkenschlösser bauen und höre
den Gesang seraphischer Chöre,
Kometen tönen auf ihren Bahnen,
ich sterbe und kann das Himmelglück nur ahnen.

Ein durchsichtiger Mönch zündet die Wachskerzen der ersten Sterne auf dem wolkigen Altar an. Es klingt wie ein Echo:
Meine Seele ist eine tote Abtei,
ihr grüner Marmor von Wehmut zermürbt.

Verzweifelter Asketen lange Litanei
von den Gespenstern erwürgt.
Träume.
Und sündige Apathie.
Totes, totes Meer. Die Sternenallee
senkte ihre glänzenden Äste herab.
Wie ein Rehkitz gehen wir dämmernd ins Grab,
ohne Weib und Gesang, ohne das Blut der Trophäe.
Und schreitet der triste Vorabend heran,
beweinen wir der Dämmerung feurigen Vulkan.

Eine Wolke, voller Nostalgie:
Im Dämmerlicht, wenn der lila Staub durch die Täler tanzt
und Pappeln sich nach der Umarmung der Himmel sehnen,
o, oft kommt es mir, selbst die Arme auszustrecken,
nach der Erde dürstend die Arme auszustrecken
nach jener Ferne, so die blauen Farben
im Nebel der Dämmerung ihre Häupter neigten.
Ich bin eine traurige Wolke, die sich nach der Erde sehnt
und vergebens ihre Arme streckt.
Ein lila Atom, in ewige Dämmerung ausgedehnt
und eine Rose, welk und fahl.
Und ich weiß, mit dem letzten Sonnenstrahl,
der da leuchtet kränklich rot,
finde ich heut Abend meinen Dämmertod.

Die Flöte des Hirten:
O, gegrüßt seid ihr,
reine, funkelnde Sterne,
o, gegrüßt seist du mir,
Dämmerung im Geäst der Bäume
O, gegrüßt seist ihr,
fröhliche, silberne Gewässer,
ich trinke der Dämmerung Träume.
Von der Pappel fallen rote Blumen
und blaue Farben lachen fröhlich mir zu.
Ich singe dreier Jungfrauen Freude,
wie eine Schwalbe fliegt mein Lied dahin,
im stillen Weidenhain übers Wasser es schwebt.

O, alles ist mit Silber verwebt,
vermählt,
verflochten.
Wie eine feine Zauberspindel
summen die gelben Glühwürmchen,
ein Hirtenlies ahnen die weißen Gänseblümchen.

Eine Klapper:
Es ergießt sich die Sonne über blaue Berge
küsst das Tal mit diamantenem Strahl
und malt Träume auf der Wolkenherde,
warmes Dunkel strömt aus dem Wald.
Es gehen an die Sterne und gelbe Laternen,
in der Seele eine Stimmung still und fein,
unser Lied trinkt vom bläulichen
Reim.
Ahnt den Tod ferndämmernder Fernen.

Schafsherden:
Luna, Gebärerin blauen Lichts,
voll gelben Safts, wie herbstlich‘ Obstgenuss.
Wir sehen der Strahlen reifen Erguss,
wie Farben des Honigs und unsres goldenen Vlies.
O, Licht, voll blauer Magie,
klingend heiliger Sprudel. Im Osten murmeln
Quellen, wo weiße Herden im sich Abendrot tummeln.
Unsre Seele ist weiß wie weiße krause Wolle.

Ein letzter Sonnenstrahl weint irgendwo in einem Wasserglas in sieben Farben:
O, hörtet ihr die brennenden Rasseln?
Wie furchtbare Flammenäxte niederprasseln
auf die Frauen im Gewölk.
Der Himmel ist nun eine Wunde, schmerzhaft brennend und rot,
so schmerzt auch das Begräbnis des Tages, der schon beinahe tot
erstickt im Blut.

Akazien blühen in langer trauriger Reihe:
So traurig ist die Dämmerung!
Auf dem Feldweg gehen die letzten Menschen,

viele Sklaven sind in Gewölk schon still gestorben.
Es zittern die Schatten,
das Bächlein weint,
im Tal eine müde Nebelschwade,
auf dem Rasen zirpt die Zikade,
die Sternenkette sprießt
wie jene östlicher Geschichten
auf den Lippen der Scheherazade.

Die Umrisse einer kleinen Holzhütte am Ende der Allee::
Zimtfarben ist auf der Wiese das Gras.
Es glüht das rote Halstuch der Frau,
schwarze Käfer schwärmen im Azur,
es tanzen die Wälder, ihre Dünste sind blau.
Jemand hackt Holz.
Still tickt die Uhr.
Es schleicht der Rauch, wie zu Aschermittwoch der Sündige.
Es schlagen blaue Stunde, heutige und künftige,
die blaue Dämmertrauer, ewiger Schönheit Kind,
wie tote Flügel weich, wie Betrübnis blind.

Stundengeläut. Die Klänge fließen in einem immer mehr anschwellenden Lied zusammen:
Gegrüßt seist du, Königin der Dämmerung!
Wie Weihrauch dampfen die Wolken
im großen Tempel des Abends.
Kastanienkronen blühen wie Kerzenständer aus Zucker
im großen Tempel der Dämmerung
im blauen Ornat des Himmels.
Ewige Königin der Dämmerung,
in frommem Gebet, singend
fiel vor deinem Throne nieder
der Engel Sternenschaar.
Es erlöschen die letzten Wolken,
ins Blau ihr Duft sich ergießt,
Königin der Dämmerung,
ewige,
o, seist du uns gegrüßt!

Dreiklang ferner Farben auf der Welle des Zephirs.

Erster Klang:
Im Westen, hinter den Trieben, färben die Wolken sich weiß
in feiner Seide teurer Gobelins.
Lärchen schwimmen im Staub orangener Pastelle,
unter bernsteinfarbener, brauner Mistelkappe,
die Erde hüllt sich in einen Mantel blauer Schatten
und die schlanken Zweige biegen sich zum Gebet,
Ave, Maria!

Zweiter Klang:
Die grüne Bronze auf byzantinischem Kreuz
begossen mit Karmin
und Kupfer.
Und alles erlischt.
In lachenden Farben schleicht der Tod still heran.
Auf der bleichen Porzellanvase des Tages
malt der Pinsel der Nacht Sternenplejaden
und trübe, traurige Träume.
Es gibt immer weniger Weiß
und duftend geht die abendliche Brise,
Ave, Maria!

Dritter Klang:
Es stirbt die Fülle des königlichen Tages.
Im Schatten des Altars
der bunte Tanz dämmernder Schlangen,
Ave, Maria!
Der bleiche Kleriker weint vor dem heiligen Sakrament,
vor dem Schatten schlägt er sich auf die kranke Brust,
beichtet wie ein bleicher Asket,
leidet wie ein Verdammter.
Verzehrt sich in Wehmut, dieser verrückte Fanatiker,
der Chor seiner Gedanken rein vor Dir sich verbeugt,
Ave, Maria!

Der Klang der Glocken einer gotischen Kathedrale:
Ich sterbe in der Kathedrale.
Die Plastik der mächtigen Kolonnade geht über in die Dämmerung.

Jene riesigen, furchtbaren titanischen Formen
versinken in braunes Nichts.
Ein verzweifelter Kampf.
Ein verzweifelter Todeskampf sterbender Linien.
Alles verändert sich so seltsam unsichtbar,
alles verbiegt sich so still in der Dämmerung,
alles versinkt,
und all diese Formen
läuten dir zum Gruße,
gewaltiger, seltsamer Gott!
Ernsthaft, still, verzweifelt, in tödlichem Schmerz
zerschmelze ich zur Dämmerung.
Werde zum heiligen, ewigen, frommen Wort
und zittere und sterbe in leerer Kathedrale.
Umfliege die schwarzen Bänke und den grauen gotischen Turm,
den Turm, wie aus Spitzen, wo die Tauben traurig gurren.
Ich zittere und tanze im brennenden, lichten Kreis.
Es ist Dämmerung.
Dämmerung.
Gott!
Ich sterbe in der Kathedrale.
Wie eine Laterne über totem Wasser
leuchtet auf dem Marmor ein roter Streifen.

Die Glocke einer weißen Basilika:
Das Dämmerungslied weißer Basiliken
tanzt im Nest knospender Zweige,
o, alles ist letzter durchsichtiger Traum
des Tages und fröhlichen Zwitscherns der Spatzen.
Ich fliege durch die blaue Ruhe wie ein stiller Dämmerungstraum.
Im grünen See versinkt die Sonne wie ein roter Juwel,
die hellen Wolkentürme läuten den himmlischen Brand.
Ich fliege durch blaue Ruhe. Vor dem Abend verbeugt sich der Tag.

Der Klang der Glocken in einer leeren barocken Kirche:
Goldene Girlanden im späten Barock:
gelbes Licht glänzt wie ein Diadem,
eingefasst in Scharlachrot.
Die schwarzen Kirchenbänke

stöhnten erbärmlich
im Rahmen seltsamer Schnitzereien.
Und alles ist still,
sodass das Lied der Linien
versinkt im Duft verwelkter Lilien
und erstirbt im Schatten der Kalvarienberge.
Und während blaue, samtene Dunkelheit niedersinkt,
mein feiner Schatten durch die leere Kirsche fliegt,
allzu traurig überm Christus der Heiligenschein glüht.

Die Glocken im Chor:
Gegrüßt seist du, Königin der Dämmerung!
Wie Weihrauch dampfen die Wolken
im großen Tempel des Abends.
Kastanienkronen blühen wie zuckerne Kerzenständer
im großen Tempel der Dämmerung,
im blauen Ornat des Himmels.
Ewige Königin der Dämmerung,
in frommem Gebet, fiel singend
vor deinem Throne nieder
der Engel Sternenschaar.
Es erlöschen die letzten Wolken,
ins Blau ihr Duft sich ergießt,
Königin der Dämmerung,
Ewige,
o, seist du uns gegrüßt!

In der Kakophonie der europäischen Straße, in der Hölle des modernen Lebens, treibt eine armselige Figur. Die ersten Straßenlaternen gehen an. Die armselige Figur in Gedanken:
Man läutet in der unglücklichen Stadt.
Es ist das silberne Schwingen der Heiligen Jungfrau,
es klagt die weiße gotische Kathedrale,
es singt der Turm von Sankt Markus.
O, traurige Dämmerungsmusik,
o, Tanz der Lügen, Täuschungen und Phantome!
Ich weine, Herr, ich weine
im Rhythmus der dämmernden Arie.
Es tanzen im hellen Tanz dämmernder Farben die blauen Umrisse der Stadt,

die festliche Musik malt durchsichtige Ringe
in der blauen Seide goldener, roter Dünste,
und fällt als musikalischer Regen, als Balsam auf die Seele.

O, wäre ich doch fern von dieser Stadt!

Irgendwo in Trance!
In der Ewigkeit blauer Äonen,
wo die Linien sich nicht verbiegen
ins seltsame Martyrium des Kreises,
wo in sonniger Höhe
Gott den Tanz der Regenbögen tanzt.
Wo es kein Sumpflicht gibt,
keine grünen Gewässer, keine untergegangenen Opfer,
wo die Toten lachen!
Wo es weder das Abendlied der Kirchenglocken gibt,
noch Blut,
Satane,
Entsetzen,
Madonnen!
Irgendwo in Trance!
In der Ewigkeit blauer Äonen,
Silbern schwingt die Glocke der Heiligen Jungfrau
und es klagt die weiße gotische Kathedrale
und es singt der Turm von Sankt Markus.
O, traurige Dämmerungsmusik,
o, Tanz der Lügen, Täuschungen und Phantome!
Ich weine, Herr, ich weine
im Rhythmus der dämmernden Arie.

Ein steinerner Heiliger auf dem Portikus der Kirche:
Auf dem Portikus der Kirche stehen Blinde,
alle gesenkten Hauptes,
und ahnen Gott.
Höre das Lied der Kinder, das Rascheln alter Seide,
darüber Segenssprüche, flatternd wie Tauben.
Das große Schweigen schluckte dieser Bettler Wort
und alle stehen bleich, wie Märtyrer tot,
die grüne Dämmerung schaut aus ihren toten Augen.

Eine Marmorsäule im Park:
Ich sehe eine weiße Dame,
wenn von der gotischen Kathedrale
die Glocke erschallt
und die erste Fledermaus durchs Dämmerlicht fliegt.
Um die Rosen im Park herum tanzen blaue Ringe,
gelbe Lichter gehen an in den Fenstern,
im Schatten des traurigen, schläfrigen Kolorits
geht die geheimnisvolle Dame,
bleich wie ein Phantom,
wie der blaue Schatten toter Señoritas,
der Rhythmus ihrer Gesten ist ein fantastisches Poem,
beweinend die Wehmut einer toten Zeit,
giftig duftet ihr Parfüm,
Rosenduft, dem einsamen Grabe geweiht,
der Rhythmus ihres Körpers singt ein Requiem.
Stumm geht sie
in den alten Palazzo.
Steht am Portal. Ruft mich, die Kokette.
Hinterm Palazzo rauscht leise die schlammige Lethe.

Ein Bündel von Telefonleitungen:
Das Abendrot küsste mit korallenen Lippen
die Brüste seiner kleinen Sklavin, der Erde.
Wie ein bleicher, jammervoller Asket
fiel der Tag im Westen und zeigte sein Gesicht,
es summen unaufhörlich die unsichtbaren Drähte.
Ein gelb-roter Strahl überm Walde, fern.
Es reitet durch die Dämmerung
im Galopp der Abendstern.
Im Fächer des Lichts weint nach ihm bloß
des toten Tages Schatten – der nackte Silenos.

Ein Dichter im Feld:
Die furchtbar schöne Frau, die Melancholie, geht in der Dämmerung
mit mir durch die Felder.
O, zu furchtbarer Zeit,
wenn in der Seele unsichtbare Dinge gegeneinander kämpfen,
wenn der Himmel wie ein Steinbruch glüht in roten Dämpfen

und die Lügen tanzen im Nebel blauer Wälder,
geht die furchtbar schöne Frau, die Melancholie, in der Dämmerung
mit mir durch die Felder.
Ihre schlangenweiße Hand ruht auf meinem Haar,
sie sieht aus wie eine schöne, traurige Frau.
Wenn die Luft sich ringelt, tanzend und blau,
würgt mit seinen Küssen mich dieser Mahr.
O, furchtbar schöne Frau, Melancholie!

Eine Klaviersaite, irgendwo im Halbdunkel:
Schläfrige Dämmerung, betörend bleiche Aquarelle,
und wasserblaue, abendbluttrunkene Täler.

Der Sphinx der Dämmerung, die uns küsst und malmt,
singt mit uns Präludien ein kranker Chopin.
In der Ecke des Salons flüstern die Palen.
Unter dem Fächer blauer Dämmerschatten
singen stille, wehmütige und fromme Glocken
die Präludien des allzu kranken Chopin.
Todesranken marmorner Arkaden
überwuchern die Stadt aus schäumenden Wolken.
Eine Frau, jung, unglücklich und bleich,
weint mit uns zu Chopins Präludien.

Die Umrisse eines alten Palastes in der Altstadt:
Unterm sonnigen Zug ein Vorhang blauer Schatten,
darin ein heller Turm und die goldene, sonnige Stadt.

Auch der Vorhang hebt sich, die gelben Flecken verbluten,
in diesen warmen, dämmernden Minuten
tropft Kühle vom Himmel, fein, seidig und stad,
o, wie schön ist es doch im duftenden Schatten,
Wenn die Matronen von der Andacht kommen,
gerade noch die stillen die Gesänge vernommen,
ersterbend in der Dämmerung.
Im Schweigen.
In blauer Trauer.

Ein kranker Mann im Lehnstuhl am Fenster:
Ich sitze im Lehnstuhl.
Liebkose mich selbst mit kühlem Kissentuch.
Mein Kopf brennt.
Im warmen Blut tanzt mein nervöser Puls,
sein Rhythmus versinkt in duftenden Daunen.
Irgendwo auf den Dächern gurren so intim die Tauben,
aus den Wänden schäumt das weiße Gewölk.
O, diese reinen, unschuldigen, gesunden fantastischen Formen
tragen Donner.
Sintflut.
Finsternis.
Und Hagel!
Es ist Dämmerung.
Dämmerung.
Ich sehe dem großen Spiel des hellen Dämmerhimmels zu.
Wie ein mystisches Zelt hängt dieser Himmel über uns.
Am Grunde der Felsen greifen nach uns schon diese Schattenarme,
seidige Dunkelheit fällt.
O, wie schön ist doch dieses ewige blaue Himmelspanorama.
Es fliegen dahin die Wolken
in üppigem chaotischem Reigen:
wirrer Riesenpferdchen Mähnen,
eine gewaltige Galeere mit voller Sklavinnen,
man hört das Lachen Gottes.
Küsse trunkener Maskenträger
und eines nackten Riesen.
Und schwarze Punkte,
irgendwo in der Höhe kreisen sie in weißer Farbe,
es sind die kühnen Vögel!

O, wäre ich doch auch ein kühner, fröhlicher Vogel!

Heute Abend bricht ein seltsames, krankes Feuer aus meinem gemarterten Gesicht!
Ich leide.
Träume.
Spüre die Sonne versinken.

Einen weißen Vorhang im Abendwind beben,
heute Abend gibt es Finsternis. Und Regen.

Der traurige steinerne Heilige auf der Brücke weint leise:
Ich mag so sehr die dämmernde Ebene
mit Weiden und Erde voller blauer Dünste,
wenn am Himmel blaue Windhunde jagen.
O, ewig könnte ich so gehen,
im Schatten süßer Maulbeerbäume,
kleiner Dörfer, blühender Gärten,
zum stillen Gesang trauriger Pappeln,
auf dem langem Weg zur schmerzvollen späten Dämmerung!
Es weinte die Musik nebliger Felder,
und meine Seele, Gott, wäre besser,
viel, viel besser!
So aber weine ich ewig auf dem Bogen der grauen Brücke
mit den Blinden und der Trauer des letzten leuchtenden Feuers,
in steinerner weißer Chortracht,
so weine ich ewig dem vorbeifliegenden Leben nach.

Auf dem Friedhof singen die Rosen:
Schwarz und gewaltig zeichnen sich die Arkaden des toten Friedhofs ab,
wolkige Frauen lachen sodomitisch wie Hyänen.
In rotes Blut färbt sich der Himmel und ins Blau von Venen.
Die Nachtigall singt im Halbdunkel, will dämmernden Regen beschwören.
Zodiakallicht.
Stille.
Als würde man die Toten atmen hören.

Ein Toter auf schwarzer Bahre in der Leichenkammer betet stumm unter wächsernen Kerzen:
Gott!
Gewaltiger, fürchterlich seltsamer Gott!
Die Feuer des Tages gehen aus
und ich bete zu dir voller Demut.
Und lichter Trost liegt in meinem toten Gebet,
in jeder frommen Strophe liebe ich dich mehr und mehr.
Wie ein himmlisches Geheimnis durchdringt mich der dämmernde Tod.

Gott!
O, großer, blutiger, furchtbarer Gott!
Ich spüre den Wahnsinn des Schmerzes,
des gewaltigen Todesschmerzes.
Die Feuer des Tages gehen aus,
es sterben meine Triebe
wie eine Herde wilder Tiere.
Es lugen die Augen der Dämmerung,
die Feuer des Tages gehen aus,
meine blutige Seele betet zum Gott der Dämmerung.
Ich spüre deine eisigen Lippen auf meiner wächsernen Haut,
wer bist du, o, Gott!
Gewaltiger! Blutiger! Furchtbarer Gott!

Wolkige Musik des grauen Regens der Dämmerung, der Linien und Farben auslöscht und helle Formen mit Schleiern der Monotonie verhüllt:
Eine Reihe toter Frauen steigt aus der Höhe herab
und singt de Lobesgesang aller ruhigen Seelen
in der Trauer der Dämmerung, der Verse und des Regens.
Es raschelt im Laub eine Dämmerungsarie,
in verregneten Tönen weint ein Schwarm von Käuzen
und wimmert wie ein Chor unglücklicher Parias.
Eine Reihe toter Frauen steigt aus der Höhe herab.

Ein müder Mann, zu Hause, schläfrig vom Regen:
Auf alle ekstatischen Lügen des Tages senkt sich traurige Agonie
wie die blaue Dämmerung auf kranke Formen,
und alle Akkorde des alltäglichen Lärmens
werden nun zur lieben, stillen Harmonie;
auch ich möchte tot und lange träumen,
in warmem Regen zum Tode schwimmen,
auf schwarzen, weichen Engelsschwingen,
ihre feine, teure Seide liebkosen,
im Dufte teurer Gewürze und Rosen,
auf ewig, bis zum Tode,
bis zum Überdruss.

Lange würde ich träumen in dämmerndem Regenguss…

Ein einsamer Mann an einer Straßenecke starrt ins Graue:
Hoffnungslos dämmerndes Warten,
wenn auf nichts gewartet wird,
wenn es regnet und kranke Nebel aufziehen,
wenn bleiche Lichter angehen,
wenn die Frauen intim sind und bleich und warm.
Hoffnungslos dämmerndes Warten,
wenn auf nichts gewartet wird
und es sich gleich einer Mumie lebt
und der Regen unaufhörlich fällt,
man wartet auf nichts
und doch auf Alles,
begräbt die Träume kindlicher Nester.
O, Geheimnis der Dämmerung, warum würgst du uns nicht fester?

Ein Sünder im Halbdunkel des Zimmers gibt sich auf dem Divan Träumereien hin:
Warmer Regen der Dämmerung,
langweilige, finstere Zeit,
Farben aus Trauer und Not,
vom Vorhang hängen Spitzenvögel wie tot.
In dieser fürchterlichen Zeit der Schatten weiß Gott welcher Laune
uns wie die Ursünde erscheint.
Ich starre aufs graue Fenster. Halbtot. Kläglich. Elend.
Visionen tanzen durchs Zimmer
in schwarzem Ornat einer Todesmesse.
Draußen, im zweiten Stock gehen gelbe Lichter an,
eine kranke Dame ihre Rollläden schließt,
o, dieses Licht, wie tödlich es sich fließt.
Und ich allein im Zimmer!
In Angst,
böse,
verlassen von allen,
in welch krankhafte Reue bin ich nur verfallen!

Im gelben Licht des hellen Fensters, drüben, im zweiten Stock,
zeichnet in schwarzer Seide auf reinstem Gold
das Kreuz der Reue sich ab!
Fürchterliche Schädelstätte!
Das eine und das andere Kreuz.

Und noch eins auf dem Balkon darüber,
ein Wald schwarzer Kreuze,
immer mehr, ohne Zahl, ohne Worte.
Lauter schwarze Kreuze, lauter Schädelorte.
Das sind wahnsinnige Späße,
kranke Träume, die aus Fenstern leuchten.
Ich schreie.
Im Zimmer Stille.
Ich träume auf dem Divan, mein Kopf brennt
wie der warme Dämmerregen, langweilige, finstere Zeit,
traurige Farben.
Einsamkeit.

Ein resignierter Mann irrt im Wald herum:
Vor mir, auf dem Wege, schreitet die Dämmerung. Löscht
die Lichter des Tages und hüllt die Dinge in schwarzen Flor.
Und ich möchte reine, ätherische Einsamkeit,
heilige Ruhe, unirdische Sphären,
Gebete,
Beruhigung!
Ich liebe die Dämmerung. Den Regen. Stumme tote Wälder.
Sie achten meinen Schmerz. Schweigen und verstehen.

Ein schwarzer Vogel kreist über der Ruine und blickt auf den Mann:
Im Walde erstickten die letzten Stimmen.
Im Tale stöhnen graue Räder,
die furchtbare Dämmerung löscht die Wachskerzen aus
und Schatten steigen über totes Gestein!
Jetzt flüchtet jedes Tier sich in seinen Bau,
Warum eröffnet der Mensch nicht dem Menschen
sein Herz? Sondern weint im Wald
wie ein graues Gespenst?

In einem trüben, kleinen, dunklen Zimmer führt ein Unglücklicher einen fürchterlichen Kampf mit sich selbst. Verhängnisvolles Zucken; Varianten seines Ichs tanzen visionär vor ihm, er sieht ihnen zu und fürchtet sich vor ihnen. Sein trauriges Ich singt:
In düsterem Ton und fürchterliche traurigem Rhythmus
weint mein Leben.
In der Dämmerung, verregnet von Schmerz und Elend,

o, ich schreie vor furchtbarer Einsamkeit,
und die toten Farben rinnen an grauem Stoff hinab.
In düsterem Ton und fürchterliche traurigem Rhythmus
weint mein Leben.

Sein desperates Ich versinkt im Schmerz:
Ich ertrinke,
Mensch!
Ich ertrinke!
All jene blutarmen Träumereien, alle Askese und diese ärmlichen halbdunklen Zimmer,
in der Dämmerung, ohne Licht,
Kaffeehäuser,
Bücher,
die rußige Stadt,
all jener lange, entsetzliche, tödliche Jammer,
jene jammervollen unsichtbaren Kämpfe,
Elend,
Hoffnungslosigkeit,
Ekel,
jenes lange, lange Ertrinken in hinterster Reihe,
all das verdichtet sich in Dämmerung,
in Dämmerung und eine kranke gelbe Wolke,
aus der blutige Todestropfen tropfen.
O, Mansch, gib mit blaue Seebäder,
Sonne, Aufschwung, Kraft,
den Diskus zu werfen, nackt herumzuspringen,
o, möge dieser kranken Melodie schmerzend Dämmermoll verklingen,
und diese Vorabende, die sich bis in den Mittag ziehen,
und die verzweifelten Gänge durch zerzauste Wälder!
O, tanze, Mensch, tanze im Rhythmus des apollinischen Spiels!
Mittag! Herz! Musik!
Sollen rote Blumen duften,
gib mir rotes Glück!
Ich versinke.
Versinke in der Dämmerung.
Flechte, Mensch, frische feierliche Kränze,
flechte ein sie in die Träume Mediens, des Ganges, Arkadiens, Florenzens
und werfe sie in jenes trübe, schmerzende, kranke Wasser,

wo ich vollkommen ich bin
in bodenloser Dämmerung!

Sein kämpferisches, triumphierendes Ich ruft barbarisch:
Nein!
Ich will nicht, dass die gelbe, kranke, regnerische Dämmerung
meine Erkenntnis trübt.
Kraft will ich,
flammende Dünste,
sprühende Funken in des Drachens Nüstern.
Ich will Wiesen und sonnige Wälder im Mai,
Ochsengebrüll, Hundegebell und Kindergeschrei,
es glänzt mein Gesicht fröhlich und lüstern:
auch ich möchte mein Leben lang umarmen
jene glänzenden blauen Nebelschwaden,
jene goldenen, winzigen Insekten, Zikaden,
und jene bleichen, leidenden Menschen!
O, siebenmal will ich Gloria singen,
eine Kette aus Lorbeerkränzen flechten
dem herrlichen, gesunden, sonnigen Menschengeschlechte!
Alle Formen sollen sich küssen und liebkosen,
als Ideen für sonnige Ekstasen,
wo ich doch das Leben liebe,
wo ich es so gewaltig liebe,
in all seinen herrlichen hellen Formen,
und all seinen furchtbaren, schwarzen Schmerzen,
Ich liebe,
liebe,
liebe,
meines Lebens Schwung,
selbst in trist-grauer Dämmerung!

Der Zyniker in schwarzem Umhang:
Du
stirbst trotz Deines gewaltigen „übermenschlichen“ Lebens
am Ende doch, mein Lieber!
O, wie furchtbar, charakterlos im Herzen einen Stern zu tragen
und in Schande zu ertrinken
und solch ein armseliger Bajazzo zu sein,

der die Magie des weißen Zauberers in der Seele trägt
und seine Knie dennoch krankhaft schlottern,
wenn er im Spiegel sein Märtyrergesicht erblickt.
Sieh dich an und falle nieder angsterdrückt!

Unter seinem Umhang hält er dem Unglücklichen einen Spiegel vor, eine Pistole blitzt auf, Diskkorde des Lachens:
Ich will mit kühner, brutaler Geste zerschlagen meine
Formen
und nichts soll von mir übrig bleiben!
Nur zwei-drei leidende Grimassen
auf wächserner Maske will ich hinterlassen.
Und wenn jener vergoldete Wagen mit seinen Laternen übers Pflaster
donnert,
das sollen die letzten Akkorde sein!
Gerüchte
werden uns
nachflüstern
und mit ihrem schwarzen Schatten den unsrigen beschmutzen.

Und wir werden tot sein.
Still!
Stumm!
Und nichts wird sein!
Nur Dunkelheit.
Wie vorher auch. Nur Dunkelheit!

Der Zyniker kämpft mit dem Triumphator, während der bleiche Katholik vor Angst weint:
O, sind wir doch kleine, ängstliche Sklaven!
Ich betrachte die Serpentine zum Friedhof hinauf
und sehe: in der Dämmerung, verregnet, traurig und grau,
wird jener schwarze Wagen mit seinen Engeln fahren.
Jawohl! Ich sehe jenen Wagen
und schwarze Dämmerangst tropft in meine kranke Seele!
Und sollte Trance bestehen?
Und Gott? Und Cherubim?
Wenn es Gott gibt,
Gott, der allein in verschneitem, weißen Winter

zur heiligen Weihnacht frohe Lieder sang;
o, wenn es Gott gibt, mit roter Fahne
und weißem, frischgebadetem Lamm
und bengalischem Feuer!
Gott der Feiern, Junirosen und fröhlichen Kirchweihen,
Gott der Wunder, der Bibel, des Himmels und blauer Erlösungen!
Ich ersticke an gewaltiger Dämmerungsangst
und graue Wellen tragen mich
zum bußfertigen Fall an den Toren von Canossa,
wo Wachskerzen rauchen und Jesuiten weinen
und wo man Sünden bereut.

Der Triumphator hat den Zyniker überwunden, wirft sich auf den Katholiken und würgt ihn:
Lachen,
Lachen ist Leben,
sonniges, helles Lachen,
und nicht die kranke Dunkelheit!
Das ist die Dämmerung in euch!
Nein,
nein, o, nein,
Im Tod ist nicht das Große All!
Im Leuchten des Blitzes, heiligen, hellen Nu
drücke heroisch Ich der Angst die Kehle zu
und sehe das rote, wilde, göttliche Feuermal,
den letzten Engel das Amen des Todespsalms singen.
Wenn im Dämmerlicht das Leben zieht wie ein müder Trauerchor,
o, bin Ich stets und immer, heute, wie zuvor,
ein flammender, geflügelter Pegasus
und fliege und fliege und stürze um und stampfe
und wiehere dem Leben seine herrlich lichte Hymne,
dem weißen, hellen, großen Leben,
und treibe und treibe aus dämmernder Laune.
Allem zynischen, kranken und erbärmlichen bringe ich
Brand, Beben, Verfall, Versenkung und Zerstörung,
Ich, der Gesunde, Gewaltige, Heilige Triumphator!

Ein ausgemerzter, durchsichtiger Neurastheniker klappert mit dem Glas von Arzneien:

Hier sind, ach, hier sind die dämmernden Ringe gelber Migräne,
dämonisch tanzen sie im furchtbaren Tanz der Leiden.
Ein eherner Titan schlägt ein auf die dünne Membran des Hirns,
in der sich verflechten Wahnsinn, Schmerz und Blut,
am Mobiliar nagt unsichtbar ein unheilvoller Wurm,
der arme Körper zuckt im Krampf,
erliegt im Kampf,
im Hirne läutet man zum Brand.
Im Hirne wohnen sieben Dornenkronen.
Als sei ich ein verwundeter Kreuzritter, verbunden ist mein Haupt,
bleiern meine Lider
und es dürstet mich nach Schlaf,
doch brennend ist das Kissen, sengt mich und sticht,
aber anders kann ich nicht.
Höllische Musik in meinem Hirne kreischt,
ich schlage an gegen die Wut, die im Schwarzen heischt,
auf Lügen und Schönheit, Dämonen und Gott erpicht.

Ein krankes Kind weint:
O Mutter, Mutter,
im Zimmer ist es still,
unsichtbare Dinge tanzen unterm Bett,
flammende Mäuse fiepen im Parkett,
es werden immer mehr
und es riecht so seltsam nach Tod.
Ich schreie.
Stille.
Schläfrig alle Farben.
Mein ganzes Spielzeug ist entzwei.
Im Zimmer, Mutter, herrscht furchtbare Finsternis.
O, wie ich nach deiner warmen Hand mich sehne!
Wie ein Fächer kühlte sie meine heiße Stirne
und sagte leise: Kind, weine nicht,
es sind alles nur Träume im wirren Dämmerlicht!

Ein religiöser Irrer in pathetischer Ekstase:
Blaue Dämmerungsruhe und die schwarzen, sündigen Worte
flechten sich wie Huris mit Kränzen aus Myrte
zur kosmischen Kraft.

O, ich spür das Wort, das helle,
das göttliche, durchsichtige, nackte.
Prophetisch, sinaisch hebe ich die Arme
und mit des Wortes dämmernd-leidender Flamme
meißle ich die Steintafeln ewiger Erlösung,
entfache neue weiße Feuer blauer Auferstehung!
Ein dämonischer Blitz tanzt in meiner Seele.
In goldenem Gewölk strömt himmlischer Balsam,
im grünen Dampf kosmischer Stürme
züngelt die rot rauchende Opferflamme.
Zum Tanz hebe ich mein weißes bekränztes Bein.
Ich tanze den Tanz des Todes
dem Blutigen Gott
und jauchze wild, heilbringend, heilig.
Es durchflutet meine Lungen, sie trinken reinen Äther.
Und so tanze ich,
o, so leicht tanze ich.
Es bricht auf die Erde, die den Körper in die Nacht zieht,
mein nebliger Gedanke vorsintflutlich glüht,
auf glänzendem Teppich zum Dämmerungstakt
tanze ich nackt!
In der Hand eine königliche Harfe,
singe ich zum Gott der Schatten, des Lichts, des Brandes und des Todes,
mit mir dreht sich der tanzende Kosmos
in lachender, wilder, wirbelnder Spirale.
Helle, weiße, prächtige Stunden,
wenn ich den blauen Dämmerungsgruß tanze
und meine Seele die Schatten des Himmels trinkt
und dem gewaltigen Gott Dämmerungsopfer darbringt.

Im Dunkel des Zimmers verflechten sich all diese Formen zu etwas schmerzhaftem und chaotischem, der unglückliche Mensch verharrt in orientalischer Ruhe und toter, lethargischer Pose:
Wir sind flammende Krümel der Lichtbringerin Sonne
und schlagen die Schatten von Dämmerung und Nacht.
Wir sind flammende Krümel der Lichtbringerin Sonne!

Der Regen läutet ein graues, trauriges Lied:
Es starben die Farben im Begräbnis des Tages,

alle Träume erloschen im Gewölk,
in den Wogen des Weizens ruht der Schmerz.
Die Trauer der Wälder - ein Schlafendes, Graues.
Es starben die Farben im Begräbnis des Tages!

Gestorben ist die Sehnsucht nebliger Weiten,
verstummt sind die Flöten, gesenkt
die Häupter der Heiligen, die auf der Brücke beten.
In grauem Gewand fliegt der König Regen
im langen Zuge aller Traurigkeiten.
Die Akkorde der blauen Melodie verstummen
und es weinen die Lieder unsichtbarer Saiten.

Die Königin der Glocken verhüllt mit ihrem Schleier
alle Kirchenschatten und kleinen Hütten.
Rote Fenster leuchten ihr zu Ehren,
vor ihrem Schmerz brennen schmerzende Seelen,
sie aber verhüllt sie mit ihrem Schleier.
Es schlafen die Städte,
darin Menschen,
unglücklich, traurig, müde und still.
In einsamen schmerzenden Seelen erwacht
Trauer. Es steigt auf ihr Chor
zum Throne des Regens, singt den Abgesang,
den heiligen, stillen, dämmernden Abgesang.

Als letzte Akkorde schwingen im Dunkel die Düfte der Rosen, betörend und krank:
Wir durften schlaftrunken.
In der Dämmerung hört man
die Gewässer rauschen.
Irgendwo weinen Vögel
und fliegen gen Süden, traurig und krank.
Uns aber vergiftet der Duft der Dämmerung,
blau ist ihr Kuss und mystisch Lang.
Und mystisch lang.

Alles verflogen. Absolute Stille.

Nachtstück

Nächtliche Stille. Eine stumme Serenade schwarzer Dinge:
Wie traurige, schwarze, kopflose Sänger
stehen wir unterm blauen Balkon der Nacht
und singen ein Lied von Schweigen und Angst,
es fallen die Sterne, schweflig und blau.

Irgendwo in der Ferne spielt jemand Mandoline:
Still reisen die Sterne ihre Himmelsreise
und schwere Düfte werden dichter.
Drunten im Tale beklagen Lichter
ihr Schicksal. Und flackern leise.

Die schwarzen Dinge, traurig:
Wir singen ein Lied von Ruhe und Nacht.
Unterm azurblauen Sternenbalkon
küsst die Brise den wehmütigen Ton
unserer Lieder von schwarzen, allzu traurigen Dingen,
die weinerlich zur schwarzen, mystischen Gitarre erklingen.

Die Klänge der Mandoline:
O, ich sehe die Nachtfalter
fliegen und fallen zum Licht.
Hoffend, im Licht zu finden
das sonnige Glück.

Umrisse im Chor:
Wir können nur die Ahnung besingen,
über den letzten Strich sich zu schwingen
und die Angst ums gesternte Schweigen.

O, wie herrlich doch die Nachtigallen
auf den Pfirsichblüten im Garten singen.

Die Gerüste eines schwarzen Neubaus in schwarzen Ton:
Alle Linien sind ins Unendliche erstreckt,
eine sonderbare Trauer hat alle Formen verdeckt,
fahl sind die Auerlichter wie dahinsiechende Gesichter,

es tanzen im Blut der Laternen ihre Lichter,
auf der mystischen Säule des kahlen Neubaus,
die Winde ihr Gleichgewicht stören.
Die Straßen sind schläfrig und still,
als sei alles tot,
kein Atemzug ist zu hören.
Auf blauem, durchsichtigem Teppich funkeln die Sterne,
Hundegebell ertönt aus der Ferne,
wehmütig, wie das Lied der Galeerensklaven, versinkend in den Fluten.
O, es sind die fürchterlichen, gefährlichen Minuten,
wenn blaue Dämonen über die schlafende Stadt sich schwingen,
wenn dunkle, unsichtbare Kräfte gewaltig miteinander ringen,
wenn Wasser röhrend wie Adern im nächtlichen Kreislauf singen.

Ein schwarzer, schlanker, hoher Turm:
Wie liebe ich doch diese wilden, blauen Nächte,
wenn der Sternenvorhang zerreißt
und schwankt
und höher,
höher,
höher
man sich rankt,
o, wenn ich mich über die städtischen Linien erhebe
und die Stadt unter mir immer tiefer versinkt,
und ich als Turm durch Sternenäonen
und einen Regen aus Glanz und Sonne
immer höher fliege, o, welche Wonne!
Höher als diese schwarze, tote Stadt!

Der Schatten eines blühenden Flieders:
Blau ist die Nacht, wie das Lied eines Sternenflusses.
von den hellen Farben der östlichen Erzählung
wettern Wetterfrösche im saftigen Graß.
Und mein Schatten bewegt sich geisterhaft blass.

Ein krankes Blatt vor dem Tode:
Ich welke, welke dahin.

Es hallt der Todesgesang des nächtlichen Liedes
im Dunkel der Farben heiligen Friedens,
wenn seine Schleier die grünen Wälder verhüllen
und der Vorhang der Nacht sich allzu müde
auf die dunklen Schatten der kranken Stadt senkt.
Die Sonne hat mich versengt
und ich verende,
ein welkes, gelbes, ausgedorrtes Blatt.
Ich warte auf die Hand der Nacht, nach mir zu fassen,
o, aus Sternenhöhe mich fallen zu lassen.

Die gespenstisch Stumme Kurve des kranken, fallenden Blattes.
Diskkorde:
Nein!
Ich will nicht fallen!
Ich will nicht, dass die Menschen mich treten,
über mich gehen!
O, ich will Trotz,
Willen,
Streit
und Kampf,
kein Schatten sein, der still zu fallen hat,
kein Akkord im traurigen Lied der Stadt,
wenn die Nächte zu gespenstischer Gitarre singen
von geheimen, schwarzen, sterblichen, furchtbaren Dingen.

Die Nachtglocke vom Turm in der Stille:
Ich tropfe wie eine Perle voller Schmerzen.
Aus grüner Verzweiflung sind meine Klänge gemacht,
duftend wie Lilien in jungfräulicher Pracht,
wehmütig wie Musik aus des Cherubs Herzen,
der Amphore der Tränen vor dem Thron der Nacht.

Die Klänge der nächtlichen Glocke kreisen über den schlafenden Blumen. Die Kelche roter Blumen im Halbschlaf:
Wie glänzende Ringe in duftender Seele
tropfen Traumgebilde auf unsren goldenen Staub,
auf blauer Sternenleinwand, hoch überm grünen Laub,
tanzen nackte Schatten, trunkenes Göttervolk,

und singen im Lieder im träumenden Gewölk
und Weinlaub blüht in ihrem göttlichen Haar,
um sie herum züngeln Flammen
rosarot und bar,
erlöschen wie Ölkerzen im nächtlichen Tau,
der sich vom Himmel ergießt auf Tal und Au.

Duftschleier gelber Rosen:
Jemand hat gelacht, silbern und fein,
überm Wasser erklang das Lachen so rein
und glänzend wie süßer griechischer Wein.
Und alles erstarrte!
Die Brise treibt die Wasserfeen durchs Geäst,
wie ein alter Satyr
blökt es im Geäst,
auf der Lichtung, wo der Tau
das Mondlicht vom Schnabel der schwarzen Amsel trinkt.
Nachttrunken die schläfrige Taube versinkt
im Grün, der Brise seidenen Gewand,
alles liegt schon im Schlaf,
alles liegt schon im Schlaf,
giftig duftet der Teestrauch im Park.

Die schwarzen Dinge, Zypressen, die Umrisse des Turms, der Leuchter am Neubau, die Blumen, der Flieder und krankes Laub im Chor:
Zu heiliger Stunde, wenn die Gestirne über der Stadt
baden in Farben von Purpur und Mohn,
weint unser Herz in wohlklingendem Ton
und singt in den Farben der Sternenzeit
unterm Schleier der Nacht, dem Stoff der Dunkelheit.
Wir spüren die heilige Wehmut der Nacht,
wie Äols Harfe schluchzt sie göttlich uns sacht,
wie Kastagnetten klappern alle himmlischen Wagen,
in nebligem Tale weinen gelbe Lichter,
durch wollene Wolken sprühen die Funken
der schwefligen Räder der himmlischen Wagen.
Wir spüren die heilige Wehmut der Nacht
und tanzen mit den Farben aller Sternenstreifen,
Juwelen und Sonnen, Purpur und Mohn.

Das Licht der Sterne hat sich entfacht. Mit riesiger Sehnsucht betrachtet es auf stiller Erde ein bleicher Mann und betet:
O, mein ganzes Leben lang warte ich
in Gebet und Schweigen auf meinen Stern!
Und jetzt, wo die Kometen wie stumme Sänger
voller Nostalgie durch die blaue Leere fliegen,
wird es so traurig um mein blutendes Herz.
Ein ganzes Leben lang warte ich
in Gebet und Schweigen auf meinen Stern,
meine Seele ist eine Statue
gegossen aus Eis,
schaut in Hypnose dem roten Stern nach,
der mir überm Haupte sein Feuer ausschüttet,
alles umstürzt und zerstört
im katastrophalen Tanze der Sonnen und Kometen,
o, aufleuchten wird er in meiner schmerzenden Seele,
die himmlischen Lichter reiten wie toll und brennen lichterloh,
mein heller, glücklicher Stern aber leuchtet nirgendwo.

Kristallene Strahlen eines großen, glänzenden Sterns:
Schlankhornige Hirsche und Büffelherden,
alle laufen der weißen, sonnigen Wolke nach,
die in schwarzen Nadelwäldern versinkt.
Ein nackter Kannibale spielt mit Feuersteinen.
Die ersten Flammenzungen fressen sein Fleisch,
die violette Flamme sengt und verbrennt.
O, dieser Kannibale wird selbst Gott gebären,
selbst Gott zerstören,
das heilige Sternenkind
des Feuers und der Flamme!

Das Sternenlied des Menschen auf dem Globus. Es schreit aus seinem Inneren:
Sternenflüsse fließen unter meinem Kopf,
ich werfe mich kopfüber hinein und treibe,
treibe übers grüne, bodenlose Meer,
bestreut mit den hellen Feuerfunken der Sterne.
Ein eisiger Sturm tanzt auf Kupferdrähten,
die Sterne zirpen wie feurige Zikaden.
Ich strecke meine Arme nach Dir aus,

großer roter Stern!
O, ich spüre den feurigen Puls des heiligen Kindes,
das mit dem ersten Sonnenfunken spielt.
Ich spüre die gottgebärenden Schmerzen des Urvaters, des Kannibalen,
ich spüre die Auferstehung aus diesen Schmerzen,
der Wind trifft mich mit seinem gesunden eisigen Strahl,
ich strecke meine Arme aus und rufe haltlos:
Hoe, hoe…

Ein Echo ächzt im Tale,
im Walde, still,
traurig, aus der Ferne,
es scharen sich die Sterne,
es scharen sich die roten Sterne.

Ein schwarzer diamantener Stern schillert krank:
Der stumme Herrscher des Todes hat mit dem Meisel des Sterbens
die Brocken des schwarzen Kristalls gehauen.
Und dunkel sind meine Linien,
ruhig,
tot.
Auf den Terrassen züngeln grüne Feuer.
Der Weihrauch des Schweigens
und des Sternenopfers
qualmt in meinem schwarzen Licht
dem Gott des Todes.
O, meine Strahlen sind das Lied der toten Farben,
ich bin der schwarze Stern,
der Stern der toten Farben.

Ein Mann am Grund der unbekannten Stadt in kranker Hypnose dieser toten Farben, die unsichtbar in seine Seele tropfen:
Wie liebe ich doch diese kranke, traurige Nacht,
wenn am Ende der unglücklichen Stadt das Jaulen der Hunde erklingt,
wenn das Leben träumt
und die Dunkelheit niedersinkt.
O, dann schaukeln die silbernen Fäden,
die die Sterne zu einem glänzenden Gewebe binden,
und es küssen sich saugend die kosmischen Kräfte.

Still ist die Musik der Nacht.
Der schwarze Zephir der Straße schaukelt die gelben Laternen
und spielt mit meinem Schatten,
die Mauern der Häuser sind entsetzlich nackt.
Nachts tanzen Symbole in seinem Takt
und ein trauriger Gott schreibt auf roter Tafel
die Merkmale der Sterne auf,
und die Nacht atmet wie ein verwundetes Tier in ihrem dunklen Lauf.

Der schwarze Stern weint:
Gegen die kristallenen, eisigen Stufen meiner schwarzen Städte
schlägt das trübe Wasser grauer Träume.
Es rauschen die Wälder schwarzer Lorbeerbäume
das tote Lied armer versunkener Seelen.
Grüner Feuer krankhaftes Züngeln,
traurige Träumereien
und strahlen toter Farben.

Ein übermütiger grüner Stern malt feurige Ringe auf den blauen Gewässern des Himmels:
Ich bade in Stille,
in der reinen Stille der Sternennacht,
und trinke die prächtige Melodie der Träume,
meine brennenden Strahlen
küssen andere Sterne,
es rauschen die himmlischen Gewässer,
die Deichsel des Großen Wagens ist gegen den Berg gekracht,
irgendwo knallte eine Peitsche, eine Sternenpeitsche,
ich schwimme in der Sternenflut,
die Sterne klirren wie metallene Schellen
in glänzendem brennendem Zug
spazieren die Zaubersterne durchs Feuer meiner Strahlen
und kichern und tanzen…

Ein Troubadour singt seiner Dame unter dem Balkon ein Schlaflied:
Ich bete ein stilles Gebet.
Wie heilige Vögel aus dem Osten fliegen meine magischen Worte
übers stille Land,
über schlafende Wälder,

tote Dörfer,
mondbeschienene Gewässer.
In deinem Turm herrscht Stille.
Mein Gebet
still im Schatten geht,
wie ein Märtyrer bleich, weint vor Glück,
und die Sterne erlöschen.
Ein silberner Strahl ist auf dein Haupt gefallen
und ich sehe es,
ruhig ist es,
hell,
voller nostalgischer Träume.
O heilig, heilig ist das Wachen in der Nacht,
wenn man bleichen, unsichtbaren Sängern lauscht,
wie sie ihr trauriges Nachtlied singen.
Die Äste der Fichten schwanken feierlich zur nächtlichen Musik,
alles wird stiller in der Schönheit der Nacht,
nur die Sänger im Chor sind zu hören.
Ein wehleidiger Schrei.
Im Tal tut ein Hirsch vor Liebe röhren.

In Zimmern, wie in großen bunten Kästen, singen die begrabenen Dinge ihr nächtliches Lied.
Eine kleine Ballerina aus Porzellan badet im Schein der hellen Politur:
Es herrscht nächtliche Stille.
Bleiche Schatten altertümlicher Gravuren
sterben im hellen vergoldeten Rahmen,
wehmütige Traumlieder die Lampe weint.
Der Harlekin auf der Tapete macht mir den Hof
und seufzt an der Wand,
die Massen der Träume aber gehen,
sterben und vergehen.
Alles ist tödlich still,
und atmet,
und atmet,
ein bleicher Schatten weht vom Vorhang her
und nichts mehr!
Draußen traben Pferde über den schwarzen Granit,
es klappert ihr Geschirr,

Funken sprühen, Hufeisen, Wagen.
Es ist der Rhythmus des Glücks,
des Lebens und des Tanzes!
O, könnte ich doch fliegen in einer Zauberkarosse,
entführte Don Juan mich
in Brand und Blut,
und flöge mit mir durch des Mondscheins Flut.
Von kranken Banden, traurigen Zimmern,
Vasen, Medaillons, ihrem goldenen Schimmern,
möchte ich fliegen zu der Sterne Glut!

Die Faune auf der Vase weinen:
O, wie oft haben wir die Blüte unsrer Träume
nur geworfen ins Chaos der Sternenbahnen,
und sie fiel zurück ins tote Gelb
der Tassen und Sessel und chinesischen Vasen,
in den bunten Tanz toter Filigrane,
in die Tragik zerbrechlichen, stummen Porzellans,
ins Gefängnis der Parkette der verschlossenen Wohnung.

Ein stiller Refrain winziger Wesen:
Es summt der Docht wie eine Fliege,
gelbe Lampen weinen die Melodie der Träume,
es träumen die Gravuren auf grünen Wänden,
die nächtlichen Träume aber gehen,
gehen
und verenden.

Die roten Lichtflecken von Ölkerzen auf einer goldumrahmten Madonna:
Es tanzt das Öllicht seinen roten Liebestanz,
küsst das Gewand der goldhaarigen Madonna.
Wir aber möchten die Körper der Odalisken,
deren nackter Tanz an der anderen Wand
in östlichen Farben schimmert,
mit unseren purpurnen Lippen umrahmen.
Wir trachten nach Träumen in maurischem Rahmen!

Es platzte eine Saite im schwarzen Klavier!

Die Saite des Klaviers:
Warme, tote Mitternachtsstille,
es schlägt die goldene Uhr im barocken Rahmen.
Der rosa Kavalier im blauen Medaillon
huldigt mit vornehmer Geste den Damen.
Auf dem Vorhang ein Paradiesvogel singt,
ein gelber Schatten übern Teppich fliegt,
die stille, tote Zeit schwarzer Clavecine,
im traurigen Lied geplatzter Saiten erklingt.

Ein Mann im Zimmer träumt vom Glück:
In langen Nächten, wenn Sturmböen brausen,
wenn kichernde Hexen im Schornsteine hausen,
zum Ticken der Uhr schwarze Vögel rauschen,
und wir dem Kampf unsichtbarer Kräfte lauschen,
jauchzt, tanzt und heult der Sturmwind draußen.
Aber in meines Zimmers Stille träumen dann Glück und Warme Idylle!

Nacht!
Nur ewige Nacht!
Stille!
Leben!
Nichts!
Ja kann den etwas Neues in dieses Sterben treten?
Eine Frau!
Eine Idee!
Ein seltsames Abenteuer!
Oder ein weißes Schiff?
Indien?
Und die Tropen?
Und wieder zurück.
Ins Zimmer.
Nach Europa,
zu den Möbeln, ins Grab.

O, Nacht, Ewige Nacht!

All diese armen Wesen, begraben on verschlossenen Zimmern:
Es weint mit uns still die Gitarre an der Wand,

die Massen der Träume aber gehen und vergehen,
versinken in krankem Verhängnis für immer,
o, wie erbärmlich es doch ist im komischen Zimmer.

Das Inferno der modernen Nacht im Kaffeehaus. Sterbende Menschen singen im Chor:
Wir haben kein Daheim!
Die Form unserer Zimmer ist ein schwarzer Kasten
und nicht unser Heim!
Alles dort ist grau,
bitter
und schroff,
o, alles ist nur Kulisse aus Stoff.
Im Zimmer, wo es weder Schwung noch Sterne gibt,
noch Fallen, noch Feuer, noch Flamme.
Die Form unserer Zimmer ist ein leerer Kasten
und nicht unser Heim!
O, jene alten Christen, die vor langer Zeit uns gebaren,
erbärmlich, primitiv,
die die Hölle unsres Lebens nicht gewahren,
o, niemals standen diese uns nahe.
Ahnen sie den Schmerz unserer armen Seele,
sehen sie die Leiden unsrer gewaltigen Krise,
der Krise des Lebens,
des verdammten Lebens,
wo Blitze leuchten und Donner grollt,
o, traurige Heime,
tote Heime.
Unsere Eltern, die Christen!
Oder jene Madonnen! Heilande! Und Rahmen,
all das ist aus Holz und buntem Papier.
Oder unsere Frauen? Die Kinder unserer Träume?
Das Geheimnis schmerzender, gekreuzigter Seelen,
geht das ihnen nahe?
Die Lampen brennen nur für verzweifelte Schmerzen,
wenn blutige Strahlen aus kranken Herzen
in unsere Reime rinnen,
wenn erbärmlich wir jammern und klagen
und stumm unsre Herzen zerschlagen.

Und wir flüchten uns hierher!
Wo in der gelben Flut von Licht, Rauch und Menschen
alle nur starren – wie Wachsfiguren.
Wo leer ist jeder Gedanke,
profan jedes Wort,
ins Kaffeehaus.
Und hier, in der Hölle, träumen wir den sonnigen Stil!
O, dieses Kaffeehaus, entsetzlich und gelb,
ist unsrer Gedanken helles Asyl!

Ein einsamer Mann unter den Gästen im Kaffeehaus:
Mein Herz windet sich in Krämpfen
und ich möchte weinen.
Im gelben Rauch,
im kranken Kaffeehaus,
windet mein Herz sich in Krämpfen
und ich möchte weinen.

Ich möchte alle Lampen zerschlagen,
dass die Lichter ausgehen,
das wie verrückt ich brülle,
alles zerschlage und zerstöre,
und wie eine Frau in Todesangst schreie,
ich, elend und getreten, wie ein nacktes Vogeljunges.

Nur, was wollen diese Menschen?

Was kümmert sie das alles?

Und mein Herz windet sich in Krämpfen
und ich weine im Stillen.

Ein Schatten im Kaffeehaus:
In den Gesichtern Trauer von Fluch und Nacht,
und ausgezehrte Lippen kranker Mänaden,
und etwas, was fällt. Fällt. Fällt.
In ewiger Nacht, ohne Sonne – im Kaffeehaus,
leben diese Menschen wie welke Blumen
und versinken in der Nocturne der grauen Tragödie.

Auch ich bin ein Atom dieses nächtlichen Gemischs.
Ein blauer Schatten im Kaffeehaus bei Nacht.
Ich ahne den blauen Morgen kommen.
O, meine traumhaften Ahnungen trinken ihn und sehen.
Den Blauen Heiligen Morgen!

Ein Bohemien, visionär:
O, wie lange schon des Kaffeehauses elendes Lied
schmerzt mich im Herzen und macht es nur enger.
Samtene schwarze mystische Sänger
sehe ich,
wie ein schwarzes Gefolge gehen sie meinem Schatten nach.
In ihren Händen flackern schwere
wächserne Kerzen. Miserere.
Und Schneeflocken fliegen wie Träume umher,
so fein,
stumm,
wie seidene Daunen,
irgendwo ächzen Geigen und raunen
des Kaffeehauses schmerzliches Lied.
O, ich sehe, ich sehe:
im Schatten der Großstadt
sterbe ich in elender Dezembernacht.
Am Quai,
Auerlichter leuchten und es schneit.
Im zynischen, öden Schatten der Großstadt,
unter dem Bogen der marmornen Brücke
sterbe ich vor Hunger.
Ich, elend und gelb, einsam und bleich,
verrecke unter der steinernen Brücke!
Der Schnee stiebt und ein weißer Schleier fällt,
des Bohemiens ewig kümmerliche Welt:
auf fremder Straße ein Harfenspieler spielt
des Kaffeehauses, der Lyrik und des Hungers Lied.

Geigen:
Unsre Saiten weinen tote Akkorde,
o, samtener schwarzer mystischer Sänger!
In deinen Augen flackern Totenkerzen.

Miserere! Miserere!

Ein Neurastheniker starrt in einem großen Lexikon in den Stadtplan von Paris und flüchtet sich in Gedanken aus diesem kranken Kaffeehaus ins Licht der Illusion:
O, Babylon,
o, Träume,
o, Heiliges Paradies!
Kuppeln, Pyramiden,
Mansarden, Barrikaden
und Säulen aus Parfüm,
rauchend wie Opfer,
wo mit nackten Hetären
ein Titan seinen Sonnentanz tanzt,
Göttliches Paris!
O, europäische blaue unverwirklichte Geschichte,
o, du Lied meiner warmen Kaffeehausträume,
o, Lichterstadt Paris!
Glitzernder Glühbirnen langfarbige Reihe,
umrisse von Türmen
und schweflige Quadrate
der Fabriken,
wo Blitze tanzen in ihrer Glut
und alles Dampft und rasselt vor Wut
und Stahl brennt und eiserne Akkorde
um die Viadukte höllisch schlagen,
und rote Augen, die zyklopisch ragen
aus ungeheurer, gespenstiger Ahnung,
o, ein Feuerwerk ist das mystische Leben
und eine Reihe
von Fackeln sein feuersprühendes Gesicht,
es tanzt Paris in rotem Licht!
O, Lied meiner Kaffeehausträume!
Konturen warmer, idyllischer Dächer,
es rinnt das Leben in mystischen Strömen,
ein Gewirr aus Pferden, Kindern und Kokotten,
ewiges Tollen,
und abermals ewig.
Im Chaos,
im Ruß,

in Rauch und Dampf,
Alleen roter Feuer,
reiche Boulevards,
Musik,
Feuerwerke,
duftende Automobile,
die Launen der Frauen in durchwebter Seide,
Laternen am Fluss,
schwarze Kathedralen,
Stimmung im Viertel
und das Feuer im Kamin,
Bastionen,
das Jauchzen roter Straßenknaben,
Türme, Paläste,
Sternenballette
und Zuckerreime auf süßer Pastete,
symbolischer Regen zauberhafter Formen,
die Rufe der Mädchen, eine Flut aus Träumen,
o, heiliger Lichtertanz im heiligen Paradies,
o, Kaffeehaustraum, o nächtliches Paris!

All diese Bilder fließen in einem Klagelied zusammen, das von allen Menschen im Kaffeehaus gesungen wird:
O, welch barbarische Formen!
Wir essen bitteres Sklavenbrot,
sterben in Kästen, in der Not
des kosmischen Irrenhauses,
wie Polypen zehren an uns die Nächte,
wie die Küsse einer kranken, gelben Hure.
O, welch derbe barbarische Formen,
über uns schwebt der Schwarze Henkersgeist!
Wir ringen mit ihm unseren Kampf
in Hunger, Küssen, Blut und Dampf.
Wir träumen die helle Wiedergeburt,
der Sonne, der Schönheit, der Gesundheit frohen Tanz.
O, wie die Rote Wut über uns lacht,
wenn kläglich wir fallen im barbarischen Kampf
und klettern, die festlichen Fackeln zu zünden,
und der Geist lacht uns aus,

immer tiefer und tiefer,
aus tiefsten Abgründen!
O, ihr heiligen Glücklichen,
die ihr einmal auf dem kristallenen Turm,
den wir euch in unserem Blute erbauen,
eure Feier feiern werdet
und leben ein Leben, wie es uns in unsren blutigen Träumen nur träumt,
singt die fromme Hymne über dem fürchterlichen schwarzen Abgrund,
in den wir versunken sind,
wir hellen Märtyrer eurer wohlgegebenen Formen!
Wir hatten Nichts,
nur eine kranke Ahnung,
die uns schmerzlich berührte, wie eine Frau mit duftenden Lippen.
Dennoch haben wir in der Kaffeehausform diese Hölle
Harfe gespielt, Gitarre und Laute.
Wir starben stumm, mit Licht im Auge,
wir sangen für euch in krankhaftem Brande
und nahmen heroisch Himmel herunter in diese Schande.

Ein Mann geht ziellos durch die Straßen. Es jagen ihn Erinnerungen:
Still ist die Straße, still,
wie das Lied einer kranken Seele.
Schlängelig flackern die Lichter
im schwarzen Wasser des Asphalts.
Es murmeln die Frühlingsgewässer,
als murmelte das Meer
in der Rialtobrücke grünem Schatten.
Blau murmelt das Meer,
es klimpert das Silber der Lune,
ich erinnere mich an die Lagune!
O, in der Lagune,
wo Paare sich ewig küssen
und Tauben die Verse des Lebens gurren,
o, in der Lagune weint
der blaue Golgatha im Mai.

Bleich wie Charon war der Gondoliere,
versunken meine Seele, wie eine Alge am Grunde der Lethe,
grün trank sie den Wein toter Träume.

Wir sahen einen Schwarm schwarzer Möwen
über die Lagune fliegen.
Dein Haar war mit Kupfer bestreut,
du spürtest nicht die Panik der Szene,
als naiv wir waren und weiß, wie Kinder!
Auf dem schwarzen Portikus lächelte boshaft
drei marmorne Heiligenbilder.

Still ist die Straße, still,
wie das Lied einer kranken Seele.
Schlängelig flackern die Lichter
im schwarzen Wasser des Asphalts.
Es murmeln die Frühlingsgewässer,
als murmelte das Meer
in der Rialtobrücke grünem Schatten.

Ungarische Akkorde der Rhapsodie der Halbwelt ergießen sich in die Nacht:
„Csak egy kis lény van a vilagon,
Az is az én drága galambom!“[1]

Die Lichter der Halbwelt. Verzweifelte Menschen fallen auf sie nieder. Es fällt der erste:
Ich bin ein Mensch der verfluchten Einsamkeit
und blutiger Tränen
und endloser Nächte.
O, meine Lieder sind des furchtbaren Kreuzweges tote Schatten.
Meine Seele ist ein Stern,
traurig und schwarz,
der herumirrt ohne Sonne.
Ich bin ein Mensch der verfluchten Einsamkeit
und blutiger Tränen und endloser Nächte.

Wie lange noch so, verzweifelt und leer?
Ohne Licht, ohne Lachen, ohne sonnige Farben?
In schwarzer, funkensprühender, trauriger Leere,
voller Äther und Eis,
wo alles totes Auge ist, das schaut und nichts sieht und nichts weiß.

[1] „Es ist nur ein Mädchen auf der Welt / und auch dies ist mein liebes Täubchen!“

Wie lange noch so, verzweifelt und leer?
Ohne Licht, ohne Lachen, ohne sonnige Farben?

Es fällt der Zweite:
Im Paroxysmus des Schmerzes bin in die Halbwelt ich gefallen!
Schmerz!
Der Schmerz verfluchter Seelen, die das Herz zerreißen,
der Schmerz lange vergangener, versunkener Träume.
Der Schmerz vergifteter Verse,
der Schmerz toter Götter,
der Schmerz der Kometen, aus roter Höhe gefallen!
O, gebt mir Krüge vergifteten Weins
und eine Herde weißer Sünderinnen,
um zu wickeln mich wie ein Zyklon
in irrsinnige Spiralen.
O, lasst eine Frau mich küssen,
zerbissen, faul, krank und gefallen!
Dass meinen Schmerz ich ersticke!
Schmerz!
Den Schmerz verfluchter Seelen, die das Herz zerreißen,
den Schmerz lange vergangener, versunkener Träume.
Den Schmerz vergifteter Verse,
den Schmerz toter Götter,
den Schmerz der Kometen, aus roter Höhe gefallen!

Der Dritte wehklagt betrunken:
Satanisch furchtbar ist mein Wahnsinn,
er tötet mich und erstickt,
während er sich abscheulich in meiner traurigen Seele betrinkt.
O, ein Wirtshaus ist meine Seele!
Eine Flut gelben Rauches,
wo krank die Petroleumlampe qualmt
und mein Wahnsinn alles zerbricht und zermalmt.

Ein Klavier durch die hellen Fenster:
Des Abgrunds betrunkene Orgien,
Visionen wahnsinniger Träume.
Es spielen meine traurigen Saiten
in süßem Walzerton.

Wie höllisch furchtbar sind doch
diese grünen Salons!
Im Wein, im Blut, im Walzer trunkener Nacht
wütet wüst der Teufel und lacht:
ist die Frau Alles
oder ist sie es nicht?
Es spielen meine traurigen Saiten
in süßem Walzerton.
Wie höllisch furchtbar sind doch
diese grünen Salons!

Am erhellten Eingang eines Bordells weint ein Mann:
Trunkene Nacht!
Ich habe die seidenen Schleier
einer kranken Frau genossen.
Von blauer Tapete, im Schatten des Kreuzes
hat Blut sich ergossen.

Christus auf dem Schädelberg.

Sternenhaft sein Blick! Stolz und hell!

O, verfluchter, furchtbarer Akkord im Bordell!

Das Lied der Stadt. Es singen die schwarzen Konturen der Straße:
Stimmen, leise und fern,
unter goldener Tafel, tief unten,
und irgendwo rollt eine Droschke über rauen Granit.
Auf dem Vorhang des Kaffeehauses erlöschen gelbe Schatten.
Es sterben die Schatten der Nacht,
wie im Mythos trauernde Frauen.
So stirbt die Nacht. Die Feuer der Sterne erlöschen.
Aus dem Keller kräht ein roter Hahn.
Alle Fenster sind tot,
schwarze Katzen tanzen,
alles ist eine schlammig graue und fürchterlich schwarze Masse,
alles ist eine gelbe Todesgrimasse,
weder Ende noch Rettung will uns die Dunkelheit lassen!

Ein Nachtwandler singt über der Stadt:
Es ist die Schwarze Stadt der Schmerzen.
Über die rote Kaptoler Schule
ergoss sich ein Strahl kranken Lichts.
Und die toten Glockentürme auf dem Berg,
die Paläste, die Gärten, die Stufen, Grič,
o, all das ist ein stummer nächtlicher Schrei
über der Schwarzen Stadt, die da schlummert im Tal.
Und die toten Türme.
Die Basteien.
Der weiße Stadtturm.
Alles ein gewaltiger Katafalk.
Es lacht der kleine orangene Fleck
eines kleinen Fensters.
Und schwarzverhüllt weint die Trauer der Nacht.

Es singt das steinerne Stadttor:
Es tanzt das rote Heiligenlicht,
auf der schwarzen Madonna Gesicht
flackern rote Streifen.
Stille Ruhe.
Traurige barocke Heilige in Gold
flimmern im Halbdunkel.
Vor dem verzweifelten Geheimnis der Nacht
schweige ich
und warte.
O, wird wohl der Lichte Reisende
kommen zur schmerzenden Stadt Steinernem Tor,
dass der Pöbel ihn kreuzigt und bespuckt wie zuvor?

Der Geliebte der Stadt singt traurig:
Die Terrassen der unglücklichen Stadt,
die Basteien und die lieben Glockentürme.
Es schlafen die schwarzen Kuppeln.
Gelbe Lichter gehen an,
ich aber schaue die Stadt Jerusalem,
den Toten Thron des balkanischen Judäa,
und höre die stummen Guslaren,
den Untergang der Epopöe,

still weinen sie das schwarze Grabesfinale.
Es schlafen die schwarzen Kuppeln
und gelbe Lichter gehen an.
Ich schaue, schaue die Stadt Jerusalem
und weine still um die verdammte Stadt,
im toten Rhythmus nächtlicher Jeremiade,
o tote, tote Stadt!

Ein Mann, trunken vor Hass gegen die Stadt, weint an der Wasserleitung:
Die dünnen Saiten der Nacht schnarren ein seraphisches Lied,
im Gebüsch zirpen vor Liebe die Zikaden.
O, verdammte, abscheuliche, sterbende Stadt.

Wie eine tausendfüßige Bestie hat die Stadt meinen Gedanken gelähmt
und zerreißt ihn mit ihren Krallen,
während ihre Lichter so ruhig und friedlich fallen,
als stürben nicht ich und mein lichter Gedanke
unter dem schwarzen Gesicht der verdammten Stadt,
wo jedes Talent zu verrecken hat,
es fällt unter der Last der Stadt
ein Jahrhundert lang schon eine glänzende Pléiade!
An der Wasserleitung stehe ich!

Unter der Erde höre Wasser ich rieseln!

Soll Gift ich ins Becken gießen?

Damit morgen, am duftenden Morgen, die verdammte Stadt verreckt?

Und ihre Arme nicht mehr nach meinem gemarterten Körper streckt!

Damit unter der Pyramide aus gelben Leichen
die Trauer des Grabesgesanges erklinge,
ich aber im Tanze der Totenschleier
meinen neuen Tanz zu tanzen beginne,
meinen heiligen, morgendlichen Auferstehungstanz!

Ein obdachloser Dieb starrt in ein erhelltes Fenster:
Stets verstieß mich das Leben,

wehmütig,
unsichtbar.
Stets fiel ich aus ihm heraus,
es ist schon sonderbar.
Egal, ob ich lachte oder weinte,
ob blühend es war oder furchtbar,
stets trieb mich das Leben auf die Straße.
Stets irrte ich draußen herum.
Auf der Straße.
In Einsamkeit.
Das helle Leben aber fließt immer weiter.
Bin ich den wirklich dem Tode geweiht?
Habe ich denn kein Recht auf ein Krümelchen Glück
in warmer Kontur,
die uns leuchtet so lieb und so pur?

Durch den Vorhang sehe ich Plamen, Porträts,
spüre den Wohlklang aufrichtiger Worte,
alles zerfließt an diesem Orte
in Glück und warmer Kontur,
die durch die Nacht leuchtet, so klar und so pur.

Auf meinem Weg aber sterben kranke Leuchten
und so fürchterlich einsam ist nachts mein Leben!
Kein Hund ist da,
dem ich meine Seele könnte geben!
Dass meine Seele ich ihm gebe!
Und im Auge des schwarzen Hundes eine Träne sehe!
Im Fenster tanzen helle Konturen
und es sterben die Leuchten auf nächtlichen Spuren!

Ein Einbrecher starrt auf eine hell beleuchtet Villa. In gewaltiger destruktiver Begeisterung:
Sterne! Sterne!
Ich stehe hinterm marmornen Zentaur auf einer großen Vase
und schaue ins sprühende Licht der reichen Villa.
Vornehme Villa!
Kerzenleuchter, Purpur,
weiße, duftende Damen.

Es ahnen nicht diese Menschen, dass im finsteren Rahmen
göttliche Kräfte sie dämonisch beschirmen.
Im Astralen badend, in wilden Stürmen
trachtend, der marmornen Villa Licht zu erwecken,
wo sich gottesfürchtige Menschen
und warme Frauen vor dem Geheimnis des Lebens verstecken.

Ich aber blicke neben dem marmornen Zentaur auf steinerner Vase,
sternengebadet unter der Ewigkeit Fluch,
auf die kleinen Menschen in der reichen Villa.
O, was würden sie tun,
wenn in aller Gewalt
wie ein Blitz ich aufblitzte?
Wie Donner mit brennender Faust auf die Villa einschlüge?
In göttlichem hellen, leichten Tanz
über diese Parkette, Säle und Teppiche flöge.
O, wenn sie mich sähen sephardisch flammend.
Wenn vor Kraft
ich strotze
und dem Selbstbewusstsein des blutigen Gottes!
Sterne!
Funkelnde Sterne!

Ein Mann wankt auf der Straße und spürt den Morgen:
Hinter duftenden Wäldern tanzt der rote Tag,
der Tag der Sonne, des Lebens, urtümlicher Leidenschaft und Kraft!
In nächtliche schmerzhafte, bleierne Formen,
in nächtliche Linien, verzweifelt und schwarz,
tanzt mit rotem Lachen der Heilige Tag.
Prometheisch fliegt er
und zündet neue Feuer,
wie ein Vestalin rein
tanzt er mit den Flammen.
O, Heiliger Neuer Tag, unbefleckt und rein!
Lichtbringer, Teufel, Wut, Dämon und Christ!
O, ich trinke dich,
wanke und schreie
und irre durch die Stadt.
Leer sind die Straßen.

Bleich erlöschen die Laternen
und ein weicher, feiner violetter Schleier
fällt wie ein heller Regen
auf die Umrisse der Stadt.
Aus östlichen Höhen jubeln vor Wonne
helle Vögel – sie grüßen die Sonne.

Die Bäume im Park erwachen:
Ein flammender Stern ist in die Ebene gefallen,
zwischen die Lichter, verstreut und stumm.
Und die roten Hymnen er Hähne erschallen,
es naht schon die blaue Morgendämmerung!

Die Rosen im Park:
Es jauchzt die Glocke in der Kathedrale.
Im Park singen Vögel,
wie ein Morgen in Japan.
Über den Balkonen der Villen sind die Linien klar,
das Land singt ein Lied dem Roten Tag.

Die Vögel über dem See:
Hell ist schon der Morgenhimmel,
noch tanzen Schatten über dem See.
In uns kommt Freude auf, juche!
Die Stille Glückseligkeit von innen!

Die sterbenden Schatten:
Es rauscht das Rauschen nächtlicher Furien,
es stirbt das schwarze Sonatengespenst.
Mit drei Flammen, wie ein wilder Hengst,
fliegt der Tag überm Schatten schlafender Kurien.

Ahnungen:
In stiller Trauer der schwarzen Nocturne
weinen die Leuchten nächtlicher Bahnen.
Formen des Lichts erwachen und ahnen,
am Erlöschen ist die Sternenurne.

Die Menschen auf den Straßen, die Bäume, Rosen, Schatten, Vögel und Ahnungen im Chor:
Die letzten Akkorde der Schwarzen Nocturne,
es erlischt die funkelnde Sternenurne.
Der Neue Tag erwacht, unbefleckt und rein,
Lichtbringer, Teufel, Dämon, Wut und Christ!
O, die letzten Akkorde der Schwarzen Nocturne!

Das sodomitische Bacchanal

Fragment der symphonischen Ouvertüre über den Fall Orines', des Herrn Seraphs

Rote Trompetenstöße:
Es duften die gelben, welken Mimosen,
es tönen die Harfen der Winde mit Macht.
Wein rinnt und Weihrauch aus Zimt und Rosen,
Hörner und Trompeten schmettern in die blaue Nacht.
In sternengewebten festlichen Gewändern
singen Myriaden von Seraphim auf himmlischen Wellen
über dem Feuer von Sodom, der unzüchtigen Stadt,
wo in einem Strudel aus Lust, Sünde und Niedertracht
Menschenfleisch verfault und immer tiefer kracht.
Zum roten Klang aller flammenden Trompeten
fließt des erlauchtesten der Seraphim schwefliges Lied,
Oriens, des Herrn Liebling, der den Rand
Seines Gewandes berührt und es bisher vermied,
dass die irdische Bosheit ihn schändlich befleckt.
Rein ist er wie eine Wolke und gänzlich unbefleckt.
Oriens, des Herrn flammender Seraph, singt in trunkener Wut,
weiß wie Schnee ist sein heiliger Leib,
dabei verzehrt ihn unbegreifliche Liebesglut:
Das Alpha und Omega des Lebens sei das Weib!

Derweil unten, auf der Kugel, in nächtlichem Blau,
singen alle das Lob sodomitischer Tage,
und alles ist ein trunkenes Gelage,
wie ein sonniger Tag brennt die Frau,
wie ein Opferaltar raucht die sodomitische Lust.
Rot schmettern die Trompeten.
Und alles dampft schwarz zu ihrem Klang.
Es tropft die Frau wie ein bittrer Gesang
ins Jauchzen und Singen und Fässer voll Wein,
es ächzt dazu der gefallene Seraph
im Stillen, allein.

Komme, o komme, heiliges Größtes Wort,
wie ein königlicher Bote mit gewaltigen Schiffen,
berühre unsre Harfen mit flammenden Schwingen,
lass Bäche von Versen silbern-donnernd uns singen,
die Herzen lass läuten und treibe Kaskaden
von Blut in unsre ermatteten Adern,
komme, o komme, heiliges Größtes Wort,
mag die Flut deiner Orgel tragen uns fort!
Ertönen lass Hörner und Trompeten, Harfen und Leiern,
zu Schalmaien und Zimbeln wollen wir feiern,
lass Könige, Frauen und Engel tanzen in Reihen,
soll dein Lied als sodomitischer Psalm uns befreien!
Zupfe die Saiten der Laute, singe die ewigen Gesänge
des Fluches, der Lust, schlage über die Stränge,
lass die Geilheit trunkener Frauen aus Blut, Fleisch und Küssen
wie Weihrauch und Tanz über Sodom sich ergießen,
übern grünen Marmor aller marmornen Terrassen,
wo Leidenschaft heult wie flammende Hunde
in nackter Frauen sündiger Runde,
lass brodeln und kochen die fleischlichen Massen
und dumpfe Trommeln schlagen in den Gassen.

Alles schäumt und rast in wilden Ergüssen,
nackte Körper umarmen sich und küssen,
Auf erleuchteten Marmorterrassen heult die Leidenschaft.
Die Hähne krähen schon darunter, zu Ende geht die Nacht,
das allerneuernde Lied des heiligen Lebensfeuers erwacht,
am Rande, wo der Wälder Kronen vom Osten träumen.
Und die bronzenen Halbgötter, die die Würde stummer Stufen wahren,
als würden sie Wiehern und Messinghufe an ihrem Mosaik scharren.
Es dröhnt das sodomitische Gelage
und jede Menge Krüge tat man schon leeren.
Es brennt der Vorhänge Purpur,
wie das Feuer flammender Himbeeren.
Und die bronzenen Halbgötter, die die Würde stummer Stufen wahren,
und die Genien, die Flamingos und die edelmetallenen Sphinxen
ließen ihre Häupter sinken
vor der Majestät der Frau,
die wie eine verwundete Gazelle gefallen:

dieser Frau, dieser heiligen Beute,
vor der sogar die Sphinxen aus edlen Metallen
ihre Häupter ließen fallen.
Lavaströme fließen,
es brennt das tolle Sodom im Feuer der Triebe,
lacht und trinkt den Trunk lüsterner Liebe.
Gelbe Feuerströme ins südliche Blau sich ergießen,
überall klirrt Kristall
und vom Ufer Heer tost der Meeresschwall.
In zitronengelbem Feuer schmettern rote Posaunen,
nackte Frauen auf Teppichen frönen lüsternen Launen.
Ganz Sodom feiert Hochzeit, es wird gesungen, getrunken,
o, die ganze trunkene Stadt,
in festlichen Wahn versunken,
brennt lichterloh.
Als habe der Teufel Gift in alle Venen gespritzt,
wie ein lüsterner Wüstling auf Sodom die Sünde sitzt.
Feuriger Atem umweht
der trunkenen Frauen Brüste.
Im Augenblick dieser irren Gelüste,
inmitten dieser flammenden Wüste,
brennen die Frauen vor Wahnsinn und Angst.
Auf den Spitzen schwarzer, wolkenhoher Pyramiden
brennen Flammen,
über den Kuppeln der Stadt, über der stillen, blauen Bucht,
lodern blutige Fackeln, Brandopfer werden dargebracht.
Für alle toten und lebenden Sünder wird in Sodom gelacht.
Sodom zuckt und leidet, liebt und küsst und verbrennt,
auf jeder Pyramide eine Flamme brennt.
Vom himmlischen Amethyst fallen die Sterne auf die Stadt,
in glühendem Eifer reißt man ab jedes Feigenblatt.
Trunken, gewaschen und rein,
sehnt Sodom sich nach Küssen,
während durch seine Adern brennende Gifte fließen.
Über all diesem Toben, Singen und Ringen
breiten sich aus die gewaltigen Schwingen
der heiligen Liebesnacht,
schwefliges Feuer entfacht
sich im Glanze glühender Linien

auf den Schatten der Heliotropen, Palmen und Pinien.

Sodom feiert heute des Fleisches heilige Mode.

Antilochos, der wunderbare, trunkene Rhapsode,
besingt der flammenden Farben Sinn
und beißt in die Brüste der seidenen Eunoë,
der bleichen Phönizierin.

Antilochos spielt auf der Harfe:
Lieb ist mir meine bleiche jüdische Gazelle,
versinkend im Blute der roten Welle.
Im Abglanz aller Liebespallas
ist rein sie, wie die reinste Quelle.
Lieb ist mir meine bleiche jüdische Gazelle.
Und senkt die Farbe der Nacht sich nieder betörend und grün,
schlank wie ein Reh will meine Liebste ich sehn.
O, meine Liebste, wie Marmor so kühl,
wie Edens Gesang, und doch höllisch Schwül,
ihre Bitterkeit birgt doch ein süßes Gefühl.
Frühlingswonne und Wollust sodomitischer Nacht,
dazu ihres Haares gelb-goldene Pracht.
Giftig und ewig und scharf ist ihr Saft,
ihre Stimme ist harfengleich und verlogen,
sie ist der Pfeil, ich der überspannte Bogen.

Im Feuer sündiger, toller sodomitischer Nacht
verzehrt uns ewiger Triebe betörende Macht
und wir sinken vor der Liebsten zu Boden,
denn die Liebste ist uns alles:
Erkenntnis und Wissen und Morgenröte,
blaue Magie unsrer trunkenen Nöte,
Tiger und weißes, blauäugiges Lamm!
Der Schatten von Sodom, flammend und grau,
Hyäne
und junge, wohlhabende Frau.

Eunoë:
Es singen die Dichter von Sodom voller Glut

von Lügen und Wellen der Liebeswut.
Ich ertrinke schon in ihrer Verse kranker Flut,
in Rhythmus und Reim und lyrischem Blut.
O, warum richten nur diese trunkenen Rhapsoden
alle an mich ihre Gesänge und Oden?
Was kümmern mich diese leeren Delirien?
Mich interessiert nur die neueste Mode aus Assyrien!
Grüne Juwelen will ich und Seide,
an meiner Haut goldenes Schlangengeschmeide.
Königin sein, auf dass man mich beneide!
Dichterische Worte, leicht, luftig und schal,
sind seit langem schon nicht mehr mein Ideal!

Antilochos:
In deinen Augen zischen grüne Funken, o, Eunoë!
O, lausche meinen Versen, die wie Leuchtkäfer schwärmen,
sollen sie doch deine Seele erwärmen,
o, einzige, prächtige, junge, göttliche Eunoë!
Für einen Reim meiner Verse
im Sturm leidenschaftlicher Ergüsse
küssten Frauen bereits meine Füße.
Und alles Feuer dieser Küsse,
aller heiligen Schleier süße Geheimnisse,
opfere ich für die heilige Ahnung
unter den Falten deiner Toga.
Für einen Reim meiner Verse
küssten Frauen bereits meine Füße.

Eunoë:
Deine Gedichte, mein Lieber, sind voller Herz
und dein Herz ist trunken und leicht wie der Wind,
doch dichterisch Kosen ist nicht meine Leidenschaft.
Du weißt, Eunoë bin ich, eines andren Frau
und Sklavin der Kraft.
Und Zebulon, mein Herr, der mächtigste der Tetrarchen,
hat Schwärme von Galeeren, Wälder von Masten und unzählige Barken,
und eine Herde junger schwarzer Hengste,
Kammern voller Achat sind mir bei ihm beschieden
und goldgefüllte Pyramiden.

Wenn als Tetrarch auf den Weg er sich macht,
weinen aus sieben Provinzen die Frauen ihm nach,
wenn Zebulon führt sein Heer in die Schlacht,
tut für ihn man helle, scharfe Schwerter schmieden,
vor Angst zittern vor ihm sogar die Pyramiden.
Antilochos!
Deine Seele ist flackernd und flatterhaft,
und ich bin eine schwache Frau
und Sklavin der Kraft!

Antilochos:
O, Eunoë!
So ist es!
Fremde Sklavin bist du, des Tetrarchen Frau!
Doch Zebulons Gestalt ist abscheulich und rau
und sein Körper wie eine zerschlagene Skulptur.
Zebulon ist eine faulige, welke Figur,
o, gib heut Nacht dich mir hin, für ein Weilchen nur!

Eunoë:
Sieh! Es verzehren mich die wässrigen Augen des Tetrarchen
zu dieser flammenden Stunde wie ein grünes Fragezeichen,
das in den Augen fauler, toter Fische laicht.
Und während der Nachtduft mich umweht und das Feuer deiner Küsse peitscht,
zittere ich vor dem Schatten des mächtigen Zebulon,
der über mir stet wie ein Gespenst.
Schon krähen die Hähne, schon bellen die Hunde,
ich komme zur Fontäne zu morgendlicher Stunde
und treibe meinen Nagel ins Fleisch deiner Wunde.

Es erklingt des Antilochos Harfe:
Sonniger Wahnsinn tobt in meiner Seele,
sodomitischer Hochzeit sing er das Lied.
Ich lausche dem Meeres blauer, nächtlicher Weise,
jung bin ich wie ein Tiger,
und die Frau ist warm wie wollene Seide.

Vom Peristyl her dreht sich ein Reigen im Liebessturm. Anführerin ist die Hure Sais, der Reigen singt ihr zu Ehren:

Stimme im Reigen:
O, Frau, Sünderin! O, Engel, o Schatten der Nacht!
Heute haben wir in Tollheit und Blut Sinn und Gott verlacht,
und jetzt tanzen wir, trunken vor Wein, Lachen und Küssen,
über dem Geheimnis der Erde, des Himmels, des Grabes und der Sünde.
O, Frau, Sünderin! O, Engel, o Schatten der Nacht!
Wie sonniger Schaum glänzt du in wahnsinniger Glut,
die irdische Hymne kocht in deinem Blut.
Die Räder deiner Quadriga donnern wie flammende Ringe
und zerschlagen unsere Schädel, unsre Gedanken und Seelen,
deine Macht zermalmt uns in roter triumphaler Flut,
die irdische Hymne kocht in deinem Blut.
O, Frau, Sünderin! O, Engel, o Schatten der Nacht!

Zweite Stimme im Reigen:
Frau, wir tanzen alle vor dir gesenkten Hauptes.
Es betört die Lüge in deinem giftigen Liliengeflecht,
Adams, Kains und des verrückten Ahasvers Geschlecht
tanzen vor dir überwältigt, allesamt gesenkten Hauptes.
Und wenn die Schlüsselblumen und Kirschbäume blühen,
und wenn die welken Blätter fallen
im sodomitischen Schatten dieser Stadt, der tollsten von allen,
träumen wir alle nur von dir, Frau!
Der Chor, der Tanz, das Lied uns verwundeter Sänger
drehen um dich im Kreise sich immer enger,
tanzen und kehren stets zu dir zurück,
du verwundeter Sänger furchtbares Glück!

Dritte Stimme im Reigen:
Winzig sind wir, Frau, entsetzlich winzig!
Wie die Käfer des Abends im Glanz des Himmelsfeuers,
so tanzen wir, Frau, im Lichte deines Feuers.
Und du bist ewig!
Im Gleichgewicht des Äquinoktiums bist du die Sonne,
du bist der Thron und wir nur bleiche Sklaven.
O, wie viel Schmerz liegt in dir begraben?
Ansteckend bist du, Flamme zwischen zwei Schwärzen,
Unglück und Fluch, Scham und Aufruhr im Herzen,
und schwere Last und süßer Muße,

die Peitsche, und über krankem Getier zur Buße,
die feurig leckt die Erde unter deinen Füßen.
Wir tanzen
in Tränen, die aus unsren Herzen fließen,
verzehrt vom Schwarzen und Giftigen Bösen.
O, dieser tolle Reigen soll uns erlösen!

Vierte Stimme im Reigen:
Krankheit bist du, Frau, und vergiftest all unsere Träume,
unser Lachen, unsre Worte, unsrer Lippen rote Rosen,
die Geheimnisse deines Körpers wie Fangarme kreisen
über unsrem Fleisch, das auf der Erde kriecht.
Es brennen die grünen Pagoden deines Blicks,
in denen Flammen wie Brillenschlangen zischen!
Sieh, Seeleute sind wir, die Segel und Masten
unsrer Träume tragen uns über Schmerz und Dunkel,
ins Halbdunkel deines Schoßes, deinen geheimen Tempel,
in dem taubstumm deine Gottheit thront,
ins Heiligste aller Heiligtümer,
wo schmerzend dein Geheimnis wohnt,
O, Frau, das Geheimnis deiner Krankheit.
O, im Tempel deines Fleisches waltet
Fieber und die Menschen trinken, fiebern und tanzen
auf dieser Stadt Atrien und Terrassen.
Und dein Albtraum
würgt uns
im Schlaf und im Wachen,
wie ein riesiger marmorner Berg.
Sieh, auch ich bin ein toller, kranker Zwerg,
der da fiebernd tanze im Schatten deines Piedestals.
O, Frau, o Krankheit ohne Medizin!
Laut lachen die Papageie,
ein Sternenfluss zieht vor dir hin.
Eine Siebenreihe Leuchtkäfer, ins Meer war ihr Fall,
tanzend unter deinem Piedestal.

Fünfte Stimme im Reigen:
Es vergoss sich das Licht in ewigen Metallen,
das Meer weint und brennt wie der Jungfrauen Leid.

Im Funkeln phosphoreszierender Quallen
blitzte auf eines Cherubs flammendes Kleid,
es lodern die Lichter von Sodom
und die Schatten der Stadt jauchzen in Trunkenheit.
O, Frau,
Ganz Sodom ist für die Enthüllung Deines Geheimnisses bereit.

Sechste Stimme im Reigen:
Du lachst, du lachst, o, Frau!
O, wie seidig klingt deiner warmen Stimme Musik,
wie zitterndes Tüll.
Sieh die Flammenzungen, die aus dem Peristyl
saugen die Glut,
und dein Körper ist weiß
wie eine Flocke und wie ein Jaguar schlank,
und kupfervergiftet ist dein Haar.
Deine Finger sind weiß wie Sternenmilch,
o, Frau, ich sehe, du lachst mir zu!
Zwar bin ich eine hässliche Missgestalt
und ein Gespenst, verpestet und kalt,
doch meine Seele, unglücklich und alt,
umfasst die Sterne.
O, derb ist mein Tanz
und bleiern mein Schritt
und bitter mein Leben,
doch meine Seele, unglücklich und kalt,
dieser lächerlichen, hässlichen Missgestalt,
umfasst die Schönheit der Sterne. Schönheit, die es nicht gibt.
O, glaube mir, Frau, über der Schönheit der Sterne
es keine irdische Schönheit gibt!

Siebente Stimme im Reigen:
O, Frau, o furchtbares Idol,
es dürstet nach dir meine Seele wie toll,
und es drückt mich das seidene Tuch,
deines Netzes Verhängnis und Fluch.
Den ganzen langen, flammenden Sommer
sehne ich mich nach deinen duftenden Lippen.
Und meine Seele ist rein,

glänzt wie ein schneeweißer Stern
und friert in Einsamkeit bitterlich,
o, dich will ich. Dich!
O, saugen will ich dein Blut!
In deine Rippen aus Elfenbein
will meine roten Nägel ich stoßen,
wie ein Sturm will vor Lachen ich tosen,
und sollt‘ es mein Fiebertod sein!
Aus schweren silbernen Kelchen
will roten Wein ich trinken,
in blutige Leidenschaft sinken,
in deinem Gifte ertrinken.
O, Frau, o furchtbares Idol,
es dürstet nach dir meine Seele wie toll.

Achte Stimme im Reigen:
Laut lacht diese Nacht uns zu und ruft
aus dem Rausch des Weines und des Brandes Duft.
Um Mitternacht waren die Küsse
wie Trauben so reif und rot,
in Farben, Musik und Körper, und in des Körpers Duft.
Jetzt senkt sich Dunkelheit auf uns herab,
verhüllt Gedanken, Worte, Lieder und Ahnungen,
und Sodom ist ewig, göttlich und lebendig.
Wir tanzen wie Kinder im duftenden Schatten
der Mutter Frau.
Und unsere Sehnsucht treibt wie eine Welle auf dich zu.
Sodom ist ewig, göttlich und lebendig.

Neunte Stimme im Reigen:
O, Frau, weiß bist du und bronzen dein Haar,
zittrig bist du wie Spinnweben
und grazil wie feinstes Gewebe.
Deine Lippen sind wie der Mondschein überm blutigen Nil.
O, Frau, du bist ein Geheimnis,
ein Geheimnis, das im Herzen schlägt, im fiebernden Puls und im Hirn.
Am Grunde unsrer Herzen tanzen helle Ringe,
auf unsren Lippen lachen alle göttlichen Dinge
und unsre Worte fließen wie Frühlingsbäche.

In gelbem, schäumendem Rauch
tanzen wir, schluchzen und beißen,
würgen wir, leiden und trinken,
schlagen uns blutig
und küssen uns heilig,
o, Frau, in uns leuchtet Deines Geheimnisses Geheimnis.

Neunte Stimme in Reigen:
Ich träume von einer bleichen und kranken Frau,
o, die wüsste, dass ich eine Schlange in meiner Seele trage,
gebrandmarkt bin ich vom Anathema eines kranken Hirns,
das durchsichtige Heilige in blauen Nächten erstickt.
Diese Frau wäre vom Profil einer Märtyrerin,
verbrannte ihre Flügel an der Flamme meiner Lügen.
O, diese heilige Frau, krank und bleich,
zerfrisst meine Nerven und meine Seele zugleich.

Elfte Stimme im Reigen:
O, Frau, du würgst und würgst uns wie eine grausame Schlange,
und wie eine stumpfe Feile bohrst du in unsrer wunden Brust.
Verrückt wird unser Hirn vor Schmerz und Lust,
o, Frau, o sodomitische Schlange, Liebe und tödliche,
du würgst und würgst uns mit deinem Schlangenmunde.
Der tanzende Reigen droht und bitter ist sein Fluch,
und leckt mit seiner Zunge deinen marmornen Fuß,
der ihn knechtet und tritt.
Blut rinnt aus unseren Wunden
und unsre Stirnadern sind blau angeschwollen.
O, Frau, du hast uns alle ans Liebeskreuz geschlagen,
erbärmlich und zerschlagen.
Vergebens ballt sich unsre Faust und vergebens braust
der Gekreuzigten Klage,
während Blut aus unsren Wunden rinnt
und dein Fuß uns knechtet und tritt.

Zwölfte Stimme im Reigen:
Ich glaube an das Geheimnis gefallener Sterne und spüre die Ewigkeit
und gewaltig bin ich wie der uranfängliche Gott.
Seit Anbeginn wütet unter mir die blinde Wut,

ich verfluche dich, Frau,
und ich fürchte das Blut.
Ich fürchte das Blut und du, Frau, bist das Blut!
Unter Hunderten von Regenbögen bist du das blutige Mal,
das graue Gewebe des Schmerzes, verpestet und schal.
O, du bist die Lüge der Karawanen,
der Irren, der Heiligen und der Kinder,
du verführst die Lüstlinge,
die Sternendeuter nicht minder.
Wie der trockene Wind der gelben Wüste
sengt uns deines feurigen Wunders Urwesen,
einzig durch Blut kann man genesen
von Unzucht und Sturm,
denn deines irrigen Wunders Vergessen
ist nur ein jenseitiger Wurm.
Bin auch ich gewaltig wie der uranfängliche Gott
und kann alles zermalmen vor Wut,
aber, Frau, ich fürchte dein Blut.

Dreizehnte Stimme im Reigen:
Ich hasse dich, Frau, hasse, hasse, hasse,
in schnellen Kreisen tanzend dich umfasse
um das Geheimnis deines baumwollenen Gelenks zu erfassen.
Wie Hiob die Krankheit saugst du mich aus
von der Wiege bis übers Grab hinaus.
Ich verfluche dich und hasse dich, hasse,
zerbeiße bis zum Schmerz meine wunden Lippen,
ich lache und kämpfe.
Grüne Verachtung löschte das Licht fiebernder Pupillen aus,
und trotzdem brenne ich wie der biblische Busch auf dem Berg,
ich hasse dich und bin dein Diener.
O, hätte ich nur die Kraft,
dass der Sturm mich antreibt mich Leidenschaft
und ich mit Flügeln voller Blut
auf dich zueile
Frau, und dich zermalme!
Die Klarheit der Liebe geht in mir aus,
vergossen wie flammendes Metall.
O, wie erbärmlich sind wir doch nur

vor dir, Frau!
Wie nubische Sklaven unterm Joch der Pharaonen
tanzen wir vor deiner Pyramide,
du seltsame Dimension, du geheimes Urelement,
das meine Gedanken frisst und diese Affenbrut,
o, bleiches Kadaver, diese höllische Frucht!
Sieh in mir die Triebe,
die Klarheiten der Liebe,
mein Körper aber trinkt aus schlammiger Lache
des Hasses, des Unglücks, der Sünde und des Übels.
Und jetzt, im Wissen von Hass, Kraft und Macht,
im wüsten Gelage sodomitischer Nacht,
lobpreise ich dich, Ewige,
mit tränenden Augen.

Vierzehnte Stimme im Reigen:
Wie bleierne Karyatiden fielen wir unter Deinem marmornen Gewicht,
o heilige Frau,
wie eine schwere Last sitzt du auf unseren Wunden.
Und jetzt, in trunkener Nacht,
mit brennenden Lidern und blutigen Augen,
betrinken wir uns mit Wein, Wahnsinn und Musik,
gefallen unter deinem marmornen Gewicht.
Es gibt keine Betäubung, keine silbernen Schmetterlinge,
steinern und bleiern und furchtbar schwer sind alle Dinge.
Alles ist hoffnungsloses Schweigen
und alles ist Sehnsucht
und über dem Abgrund der Ahnungen Ahnung!
Fünfzehnte Stimme im Reigen:
Es kommt der Morgen und tanzt wie eine barfüßige Jungfrau,
und es fällt brillant funkelnder Tau
und es läutet,
als würden gläserne Krallen
auf dem hellen Marmor der Terrasse spielen.
Es scheppern die Krüge,
es fließen rosafarbene Wässer,
es rauschen Flügel
und Ruhe.
Mein Körper, aber, heilig und ermattet,

singt still im blauen Morgengrauen:
das Ziel deines Lebens
ist ein Schwarzes Golgatha.
Die Frau, aber, die sich in Wahnsinn windet,
möchte nicht
im Schatten deines Liebeskreuzes ausbrechen in Tränen.
Und so singt mein Körper, heilig und ermattet:
Komm, o, komm!
Lass dieses verrückte Sodom sein
und diesen hurenangeführten Reigen,
die Flamme, die Ruhe und diese Frau.
O, schau, wie ist das blaue Sternenzelt doch still,
wie hell sich die himmlischen Leuchtkäfer zeigen,
Sodom lass sein und diesen Hurenreigen!

Sechzehnte Stimme im Reigen:
Ohne dich, Frau, die Leere uns verzehrt
und falsch ist das Lachen, das in uns Gärt,
verrückt wind wir vor Wein, unser Tanz ist verkehrt,
wie fleischliche Leere die Frau uns verzehrt.
Auch Sodom ist Lüge! Und die donnernde Feier und die klingende Leier,
und das Feuerwerk und die nackten Formen und die Musik,
o, alles ist leer und voller Schmerzen.
Vergebens rührt das Saitenspiel die Herzen,
ein unsichtbarer Jemand spielt ein schwarzes Stück.

Siebzehnte Stimme im Reigen:
Kampf ist unser Kuss und Sieg und Triumph!
Trunkener Riesen schreiende Gewalt,
struppiger Hufe schlagender Klang,
Aufschwung ist unser Kuss und Untergang,
roter Stern und Flügel und starre Gestalt,
Kampf und Kraft, Sieg und Triumph!
O, Frau, Du bist Ewig und ewig Gesund,
wie die Hüfte des Löwen, wie des Nashorns Schlund,
voller Vipern ist dein göttliches Haupt.
Als die gewaltige Echse in vorsintflutlicher Zeit
in Angst die Flamme des ersten Feuers erblickte,
warst Du Dieselbe, Lachend, Blau,

wie auch heute Nacht, wenn der Sänger von Sodom
träumend dich mit Lied und Tanz beglückte.
Auch damals war unser Kuss Kampf, Sieg und Triumph,
trunkener Riesen schreiende Gewalt,
struppiger Hufe schlagender Klang.
Und Aufschwung
und Untergang
und starre Gestalt,
ein nebliges Fragezeichen, Jahrhunderte alt.

Achtzehnte Stimme im Reigen:
Im Morgengrauen, Frau, will ich verrecken,
in einer roten Lache meines südländischen Blutes.
Der Zyniker der Frühe, der die Lügen der Nacht zunichtemacht,
soll finden dich bleich in endlosem Schrecken.
Zu spät wird es sein. Erinnere dich dann,
dass deine Hand es gewesen,
die mich ins Dunkel des Sarges warf.
Im Morgengrauen, Frau, will trotzig ich sterben
und Lieder sollen erklingen über meinem Sarg.
Jetzt aber brenne ich wütend und arg,
o, höre doch, Frau, meinen Schwanengesang,
wie ein Sturmwind aus Brand, Fleisch und Reben
soll es über meinen Kränzen tosen und beben:
Ja, Frau, Lüge bist du!
Du eroberst wie ein Messias und betrügst wie der Würfel,
und deine Seele ist ein eingepuderter Akrobat,
der für eine Zechine das Heilige verlacht
und es mit törichten Späßen verspottet.
Jawohl, Frau, Lüge bist du
und du betrügst, wie der Würfel.
Wie Obelisken stehen meine toten Gedanken,
mein Körper singt der Erkenntnis stillen Psalm,
ein zerbrochenes Prisma, wo einst waren Farben,
auf der Bahre der Liebe ist der Mensch ganz allein!
Aus deinem Auge, Frau, schießen blutige Flammen,
wenn du mich anschaust, bin ich nicht nur Mensch,
als stünde die Zeit still, als sähe ich mehr,
und Lieder tropfen aus der Höhe

und der Globus schaukelt an deiner Hand hin und her.
Alle Umrisse fließen nun zusammen
und den vergifteten Nerven kommt es vor,
das Du, Frau, mit unsichtbarem Faden,
blickst zu ihnen empor.
O, Du bist jene, die voller Übermut,
mit der Weisheit der Schlange und des Tigers Herzensglut,
mit unsren Körpern spielst, wenn im Morgengrauen sie sterben.

Neunzehnte Stimme im Reigen:
Ich haue Dir, Frau, ein Bild
und jeder Blick ist brennend und wild
wie ein Hieb des Meißels in den Stein.
Heilig ist das Bild und weiß ist sein Schein,
und sein Golgatha ist das Golgatha Gottes,
wie eine sprudelnder Bergquell so rein.
O, höre, wie die sodomitische Nacht,
diese müde, erschlaffte Nacht,
das Lied der Frühe singt.
Und ich hülle deine gigantische Figur,
die da leuchtet so rein und so pur,
in Teppiche aus Träumen:
weiße Pfauen fliegen umher und das blaugrüne Meer
schäumt im Schatten himmelhoher Berge,
und Weihrauch raucht in weiten Ringen.
Es regnet Farben,
so regnet es Leid
in die Seele des Heroen,
schwarze Sklaven kühlen uns mit Fächern,
unsichtbar, leise, unter weißen Dächern
zittert die Zither den rosafarbenen Traum.
O, komm doch, Frau, komm,
noch bevor der aschefahle Tag anbricht
will ich austrinken dich
in diesem verrückten Traumlicht.
Der Körper der kleinen tanzenden Negerin
biegt sich wie Gummi so weich,
und es scheint der heilige Reiz
aus nackten Linien,

o, trinke, Frau, trinke!
Soll feurig die Milch deines Blutes aufbrausen,
o, höre doch des Pulses wildes Sausen…
Sollen die Neger alle Leuchten auslöschen
und der Springbrunnen soll gespenstisch röhren,
ganz Sodom soll sich trunken empören,
während uns die Kaskaden des Rausches betören.

Zwanzigste Stimme im Reigen:
Wir alle, o Frau, sind versengte Pflanzen in der Dürre des August
und verdammte Heilige im Auflodern höllischen Feuers.
Und dennoch träumen unsere Hirne deinen sonnigen Kuss
und den Flammentod.
Aus unsren Gedanken ruft es ins Unendliche hinaus,
wie der Ruf eines gehemmten Riesen.
Und wir alle,
Aussätzige und Schufte und Bojaren in Brokat,
Bettler in Lumpen und Puppen in Gold,
alle träumen wir von Dir,
o, weißer Adler, o, Frau!
Reife Erdbeeren sind wir und verfaulen auf den brennenden Nadeln
deiner Strahlen,
aber dein Schatten, leicht wie ein Schemen,
geht als Rotes Gespenst in der Majestät des Blutes selbstbewusst um,
zertritt Sodom,
stürzt unser Bacchanal und die granitenen Pyramiden,
zerstampft wie Gottes Fuß alles hienieden.
Trunken sind meine Gedanken, Frau, vor Haschisch und Träumen,
o milde Schatzkammer, o uranfängliches Feuer!
Der Chor sodomitischer Götter liegt dir zu Füßen,
über die Stufen des Schlosses ergießen
sich Töne der Frühe und Meeres.
Ich aber feiere die Kraft. Gewaltig, böse, wild,
ich, der ich noch nie vor einer Frau fiel auf die Knie,
Menschen würd ich morden für sie,
trunken sind meine Gedanken, Frau, vor Haschisch und Träumen!
Ich hasse dieses sodomitische Laster,
ich hasse der Magi schläfrige Züge,
ich hasse dieses Spiel, diese göttliche Lüge

vor Deinem Schatten!
Ich zerschlage die Leuchten auf marmorner Terrasse,
ich eile zu Dir,
nahe bin ich Dir schon.
Reiße von deinem Körper dies rote Gewand,
wild dreht sich alles unter meiner Hand,
o, Frau, ich entreiße Dir allen duftenden Lug,
alles Fremde, allen Trug,
immer wütender und verrückter mein Flug!
Es treiben mich Flut, Wahnsinn und Rausch,
und dich, Frau, gibt es nicht,
du bist ein elendes Truggesicht,
nur Schall und blauer salomonischer Rauch!

Einundzwanzigste Stimme im Reigen:
Wie weiße Seerosen baden die Sterne im Meer
und es blühen die Mandelbäume.
O, Frau, in Orgie, Gold und Seide,
wenn das Meer sprüht, schäumt und weint,
sind wir in traurigem Liede vereint,
Frau, du verachtest die sodomitischen Sänger.
Wie ein Panther, Frau, trinkst du unser Blut,
und lachst wie ein Gott über die blutige Flut.
Ein Augenblick lang scheint es, du seist nur Schmerz,
fürchterlich derber, unerbittlicher Schmerz,
scharfkantige Flamme ausgestreckter Pranken.
Dann duftest du aber wie rote Orangen,
wehst wie eine sonnige Fahne,
o, Frau, du bist Krankheit, Fieber, Arznei,
Brand und Schrecken, wildes Hahnengeschrei!
Und wieder Schmerz, Schmerz und ewig nur Schmerz.
Wie weiße Seerosen baden die Sterne im Meer
und es blühen die Mandelbäume,
gegrüßt seist du, Frau, in Orgie, Gold und Seide.
Wir träumen von dir im Bette, auf Reisen, in Kirche und Krieg,
in der Wiege, im Grab, wenn der Tod uns besiegt.

Zweiundzwanzigste Stimme im Reigen:
In Dir, Frau, singt heute Nacht ätherische Ruhe,

ob Unsinn du bist oder Sinn ist egal.
In Nächten wie dieser ist alles so schal,
bist du doch das Licht sodomitischer Tage,
in Dir, Frau, singt heute Nacht ätherische Ruhe,
es streicht der Wind über schwarze Zypressen,
in Wahnsinn und Traum will Sodom sich messen,
mit Frauen wie Katzen, gefügig und fein,
es schäumen die Kelche und Fässer voll Wein,
und Sodom singt im Glanze sündiger Kraft
einen Psalm von weißer Jungfernschaft,
von der Majestät der Unberührten Frau,
vom Schatten dieses lyrischen Schattens tut es kund,
und leckt ihre Füße wie ein junger Hund.

Dreiundzwanzigste Stimme im Reigen:
Es graut der Morgen, es graut der Morgen.
Rote Nebel lieben im Dunkel über den Wäldern
und über der Stadt erlischt der Glanz aller sodomitischen Symbole,
und Sodom, verrückt, trunken und nackt,
singt zu Dir und betet, von Sehnsucht gepackt,
verflucht Dich und fühlt sich bei dir geborgen.
Es graut der Morgen, es graut der Morgen.
Es erlöschen die Feuer des Gelages vor der Flamme des Tages,
die trunkene Nacht der Eulen und Raben,
voller Wein und Fleisch und Wahnsinn und Blut,
Musik und leidenschaftlicher Glut,
bleibt für immer begraben.
Und der heilige Morgen trennt unsere Bande,
Dich, o Frau,
deren Finger warm sind und blutig vom Blute der Genesis,
die in hohem, mutigem Wahnsinn
zur Herrin wurdest über unsren fleischlichen Fluch,
dich, o Frau, tritt des Morgens blauer Bruch.

In der Mitte des trunkenen sodomitischen Reigens singt die rote, legendäre Hure Sais:
Ich bin Chaos und Nebel und Flamme und Sphinx,
und Engel und Teufel und Hure und Schatten.
In rotem Gewande bin ich trunkene Frau,
in der Leiern, Zymbale und Flöten Musik

bin Chaos Ich und Nebel, Flamme Lüge und Sphinx.
Weiß nicht, wer ich bin, auch wo weiß nicht,
Ich bin ewiger Liebe ewiges Licht,
ihr Menschen seid alle meine Arena,
und Ich bin Sais, Hure und Frau,
ein granitener Felsen über eurem faulen Fleisch,
unter dem die Menschheit welkt, einer Pflanze gleich,
und Blut fließt in meine krankhaften Venen,
was kümmern mich der Schmerz und das Leid der Arenen?
Das Klagen der Menge, ihr Leid, ihre Ideale,
und alles, was die trunkene Arena noch kennt,
all das ist mir lächerlich und fremd,
das Leid der Arena reizt mich nicht.
Was bedeuten mir schon eure Schmerzen
und eure Lieder
und eurer Ideale Gewicht?
Ich bin Chaos und Gott und Vision und Lüge.
Weiß nicht, wer ich bin und weiß auch nicht wo,
denn Ich bin ewig und bin wie der Tod!
Ich bin der Flügel, der ins Endlose sinkt
und aus allen himmlischen Kelchen den Liebestrunk trinkt.
Trieb bin Ich und das Lied fröhlicher Dauer,
des menschlichen Schiffsbruchs bin ich die Trauer,
der Schatten des ungreifbaren Schattens Ich bin,
des Unsinns der Arena bin ich der Sinn,
und weißes Licht,
das sich aus siebzig hellen Wolken
ergießt,
wie Traum ins Chaos sodomitischer Nächte fließt,
eine phosphorne Spitze, die aus blinden Auen sprießt.

Musik:
Mit scharlachroter Maske, in einem Mantel aus schwarzen Rosen,
stirbt die sodomitische Nacht,
und Sodom singt traurige Todesgesänge,
Sodom weint,
und alle seine Lichter sind zum gelben Totenlicht vereint!
Das Peristyl, der Hof und die glänzenden Terrassen,
alles ist ein Grab, schwarz, marmorn und grau,

das Lied erstirbt still, verkatert und bitter.
In den Zypressen weint schmerzlich der Wind
und die Menschen sind blass wie Leichen,
gekleidet in Leichenseide.
Mit scharlachroter Maske, in einem Mantel aus schwarzen Rosen,
stirbt die sodomitische Nacht,
und Sodom singt traurige Todesgesänge,
Sodom weint.

Miroslav Krleža (7. Juli 1893 in Zagreb, seinerzeit Österreich-Ungarn - 29. Dezember 1981 ebenda) war einer der bedeutendsten, wenn nicht sogar der bedeutendste kroatische Schriftsteller des 20. Jahrhunderts. Im Laufe von 66 Schaffensjahren verfasste er über 50 Monographien zahlreicher Genres, von Lyrik und Polemik über Erzählungen, Romane und Dramen bis hin zu Reiseberichten und politischer Publizistik. Zu seinen wichtigsten und wohl bekanntesten Werken (von denen eine Reihe bereits ins Deutsche übersetzt wurde) gehören u. a. der Erzählband „Der kroatische Gott Mars" (Hrvatski bog Mars, 1922, 1933.), die Romane „Die Rückkehr des Filip Latinovicz" (Povratak Filipa Latinovicza, 1938), „Ohne mich. Eine einsame Revolution" (Na rubu pameti, 1938), „Bankett in Blitwien" (Banket u Blitvi, 1938, 1939, 1962) und „Die Fahnen" (Zastave, 1967), der Dramenzyklus „Die Herren Glembaj" (Gospoda Glembajevi, 1928, 1932), sowie der im kroatisch-kajkavischen Dialekt verfasste (beim Zagreber Verlag „Most" 2016 als kritische Gesamtausgabe in deutscher Sprache erschiene) Gedichtzyklus „Die Balladen des Petrica Kerempuh" („Balade Petrice Kerempuha", 1936). In dieser Ausgabe bringen wir die übrigen vier „dramatischen" Gedichte aus dem Gedichtzyklus „Symphonien" (Simfonije, 1933). Bei besagtem Zyklus handelt es sich um sechs längere, genre-spezifische poetische Texte („Pan", „Mittagssymphonie", „Abenddämmerung", „Nachtstück", „Sodomitisches Bacchanal" und „Straße an einem Herbstmorgen"), zu deren Hauptmerkmalen der größere Umfang, die Verwendung von Versen und Elemente der dramatischen Struktur (Charaktere, Stimmen, Repliken, Regieanweisungen) zählen. Ursprünglich wurden sie jeweils einzeln veröffentlicht („Mittagssymphonie", 1916; „Pan", 1917; „Sodomitisches Bacchanal", 1918; „Straße an einem Herbstmorgen", 1919), mit Ausnahme von „Abenddämmerung" und „Nachtstück", die zusammen mit „Mittagssymphonie" erstmals in dem Band „Drei Symphonien" (1917) erschienen, wobei „Mittagssymphonie" den Titel „Mittag" und „Nachtstück" „Nacht" trug. Über die Gesamtausgabe der sechs Texte begann Krleža 1923 nachzudenken, als er erstmals versuchte, seine bis dahin geschriebenen Werke zu veröffentlichen. Die Idee verwirklichte er erst 1933 im Rahmen der „Minerva"-Ausgabe seiner Gesammelten Werke, und zwar im Band „Symphonien", der auch für weitere Ausgaben des Zyklus maßgeblich blieb. Wie die meisten anderen Werke Krležas unterlagen auch die Symphonien von Ausgabe zu Ausgabe kleineren oder größeren Überarbeitungen. Obgleich der Begriff „Symphonie" relativ spät für den gesamten Zyklus verwendet wurde, wurde er in der wissenschaftlichen Literatur als Hauptgattungsbezeichnung für alle Texte von „Mittagssymphonie" bis „Straße an einem Herbstmorgen" akzeptiert. Dies ist aus mehreren Gründen verständlich. Erstens sind allen Texten mehrere Merkmale gemeinsam (vom Umfang bis hin zur rhetorischen Struktur). Darüber hinaus ist es trotz ihrer gegenseitigen Verwandtschaft schwierig, die „Symphonien" mit bekannten literarischen Gattungen in Verbindung zu bringen, sodass ihr musikalischer Titel neben dieser Gemeinsamkeit auch ihre Randstellung im Verhältnis zu traditionellen literarischen Formen ausdrückt. Nicht zuletzt weisen Krležas Symphonien auch Analogien zur Symphonie als musikalischer Form oder zumindest zur Musik als solcher auf. Laut allgemeiner Auffassung vermische sich in den „Symphonien" Merkmale des lyrischen Gedichts bzw. des lyrischen Poems mit jenen des Dramas. Der Lyrik stehen sie vor allem auf der Ebene des sprachlichen Ausdrucks nahe,

der eher darauf abzielt, emotionale Zustände und Stimmungen auszudrücken, als Fakten darzustellen oder die Sprecher mimetisch zu charakterisieren. Zu den lyrischen Merkmalen der Symphonien gehört auch ihr freier, aber oft gereimter Vers, der ausgeprägte musikalische Eigenschaften besitzt und im Gegensatz zum epischen oder dramatischen Vers ästhetisch ansprechend ist. Der Gattung des Dramas nähern sie sich durch das Vorhandensein von sprechenden Charakteren, Repliken und Regieanweisungen. Darüber hinaus polarisieren sich in den meisten von ihnen die Stimmen und Repliken nach einer grundlegenden Opposition, z.B. dem Gegensatz zwischen heidnischer und religiöser Wirklichkeitsempfindung, Tag und Nacht, weiblich und männlich, freiem Leben in der Natur und einem freudschen „Unbehagen in der Kultur". Ferner scheint es, die Grundlage der These über den dramatischen Charakter der „Symphonien" sei in Krležas Bemühungen zu suchen, einige von ihnen dem Kroatischen Nationaltheater in Zagreb zur Aufführung anzubieten, was auch aus diversen Tagebuchaufzeichnungen des Autors hervorgeht. Hinsichtlich ihrer literarischen Identität weisen einige der Symphonien Berührungspunkte mit der idyllischen Lyrik auf, insbesondere „Pan", wo neben der Titelfigur und der idyllischen Handlung auch eine ausführliche Szene des „Wetteiferns" zwischen Pan und der Kirchenorgel an die antike Idylle erinnert (etwa bei Theokritos oder Vergil). Darüber hinaus tauchen in den „Symphonien" immer wieder Elemente eines philosophischen Diskurses auf, insbesondere gedankliche Motive der Lebensphilosophie des Jugendstils und deren poetischen Paraphrasen, was an hybride lyrisch-philosophische Ansätze denken lässt, wie sie für die mitteleuropäische Moderne charakteristisch waren. Nicht zuletzt sollte beim Versuch der Gattungsbestimmung der „Symphonien" auch ihr musikalischer Titel nicht vernachlässigt werden. Die „Symphonien" wirken nämlich in vielerlei Hinsicht wie eine Literarisierung musikalischer Formen, insbesondere derjenigen, die auf dem Sonatensatz gründen. Die Antithese ihrer Stimmen ist in gewisser Weise homolog zu den Dur-Moll-Kontrasten sonaten- oder symphonischer Themen, und das häufige Auftreten von Nebenfiguren, die meist nicht anthropomorph sind, kann eher als poetische Verarbeitung musikalischer Eindrücke interpretiert werden, als Versuch, im literarischen Medium adäquate Rand- oder Übergangsmotive entwickelter musikalischer Formen oder koloristische Werte symphonischer Orchestrierung zu schaffen. Stilgeschichtlich weisen die Texte der „Symphonien" überwiegend Merkmale des Impressionismus und des Jugendstils auf. Der impressionistische Einschlag zeigt sich in der Fülle sinnlicher Eindrücke, in der Betonung von Sonne, Licht und Beleuchtung, sowie in häufigen landschaftlichen Motiven. Die Jugendstil-Komponente wäre an der preziösen Metaphorik zu erkennen, am häufigen Motiv des Tanzes als Medium monistischer Ekstase, sowie an ebenso häufig vorkommenden vitalistischen Philosophemen. In „Nachtstück" und „Straße an einem Herbstmorgen" erscheinen jedoch auch Inhalte, die sich als charakteristisch für Krležas expressionistische Lyrik erweisen werden.

FROM CONTEMPORARY CROATIAN POETRY

LANA DERKAČ ■ POESIE

Il buon carnefice
(Dobri dželat)

Sono la domestica della melanconìa.
Mi assicuro che mangi, che abbia le lenzuola stirate, le coperte
lavate.
Arieggio e pulisco l'ambiente in cui vive
canto addirittura per lei.
Tiro un sospiro di sollievo quando posso distrarmi con un film o un prato,
che l'allontanano la melanconìa,
la mia promiscua amante.
O quando mi lascio conquistare dalla sonnolenza, la sua anestesia.
Il mattino assolato che le carovane portano con sé da Oriente.
La luce che invade il cortile come una nuvola di cipria,
e la realtà che appare sfocata.
La mattina è un carnefice buono.
Dilania la melanconìa,
ma questa risorge come se fosse un supereroe.
La melanconìa è un'emulsione che avvolge la giornata.
Una trapunta stesa per mano di demoni allo sbando.

La mattina assolata è la cassetta del pronto soccorso.
Tenta di schiacciare per prima il pulsante dell'ascensore
per far scendere la melanconìa in cantina, sottopelle,
non so però, quale delle due mi abbia lasciato
dei fiori di cotone sul cuscino.
Resto ad osservare per un attimo il mattino assolato.
E quindi torno a guardare la malinconia.
Eccola, che se ne va piedi
Lasciando le lunghe ombre delle sue gambe
Sopra il cielo.

Tribù
(Plemena)

Crikvenica [1] oggi ha assunto tre pose
per farsi fotografare. Ma Davor ed io vogliamo
girare per il continente di Arbe[2]
Se fosse già sera e se ci fossero le luci sul mare,
direi: un minuscolo pianeta nel mezzo di una spumeggiante
e buia galassia.
Ma Arbe a mezzogiorno è un alveare dal quale spuntano
quattro campanili.
Scorgo i solchi celesti, che salvano i contadini
dalla noia quando salgono in cielo.
E trovano un qualche cosa da fare come pensionati del firmamento.
Al pomeriggio il golfo dell'isola diventa il cuscino assolato
del diminutivo di Sahara. Solo più tardi le immagini
sul display della macchina fotografica ripeteranno l'estate
come se volessero ripetere una lezione.
E alcuni mesi più tardi parrà come se la macchina fotografica
potesse essere il ricovero ospedaliero dell'estate. Le prolunga
l'esistenza con punti fissati da piccoli patti.
Come il patto tra la baia, e il telo da mare,
il costume da bagno e i granelli di sabbia.
O il patto tra l'insenatura e la riva, e solo un occhio inesperto
potrebbe concludere che gli alleati stiano cercano di opporre resistenza
a vicenda.
Così come il vero Sahara si pecca di rendere difficile la vita
alle sue tribù, anche il minuscolo Sahara
cosparge le tribù di ricordi.
Al tramonto siamo già sul traghetto.
Davor amerebbe più di ogni cosa poter mandare la grassa Stella Diana
a fare ginnastica.
A Crikvenica mangiamo della confettura di mele
e lavanda.
Neanche oggi le tarme[3] ci potranno mangiare dal di dentro.

[1] Località balneare sulla costa nordoccidentale dell'Adriatico orientale (NdA). In italiano la località si chiama Portorè (N.d.T.).

[2] Isola dell'Adriatico (NdA). L'isola si chiama Rab in croato (N.d.T.).

[3] In Croazia, come negli altri paesi dell'Europa mediorientale, la lavanda seccata viene messa negli armadi per proteggere gli indumenti dalle tarme (NdA).

Sta arrivando la fine del mondo
(Svijet se bliži kraju)

Sta arrivando la fine del mondo, e il bambino
in maniche corte e bermuda tenta
di ammaestrare il grano. Perseguita i suoi riti
legati alle nascite e ai funerali.
L'albero del giardino è un negro. Di origini europee
e dal colore africano della pellescorza.
La vicina si accende una sigaretta e fa ciao con la mano,
taglia il fumo, dice: Ho *educato i miei alberi a rimanere snelli ma questi sono ingrassati*
come casalinghe indifferenti.
Li ho educati ad essere boschivi, ma questi hanno preso molto
del mio carattere.

Il mondo sta per finire.
Ogni volta che rutta una montagna,
da qualche parte si sveglia un vulcano.
La terra addormenta solleva a quel punto una palpebra
e si apre un cratere.
Quante sorprese, quanti agguati
sul sentiero che dall'orto porta alla montagna.
Caverne usate come stalle
i Kmer Rossi e la rivoluzione,
i Marines americani.
Mentre se ne stanno tutti con le armi in mano,
la Terra non cessa di girare.
Questa mattina la rabbia cieca ha sostituito Dio
e lo tiene sul palmo di una mano come una palla di vetro
che Lui ogni tanto scuote
solo per veder cadere neve.

Le ossa del silenzio
(Kosti tišine)

Anche il silenzio è provvisto di ossa

Mi interessa sapere che rumore fanno
e quanti reumatismi riescono ad attirare.

Quando mi capita d'imbattermi in una fossa comune
nei campi,
lodo gli uccelli caritatevoli
perché stendono il loro canto
sopra alle ossa ritrovate
come a volerle ricoprire con una nuova pelle.

Una pace senza passaporto
(Mir bez putovnice)

La pace è una giramondo.
Ma spesso è disorganizzata nel fare i bagagli
e si lascia dietro persone e territori.
A volte dimentica anche la più gande delle valige.
Dice, va beh, tornerà a riprenderla. Ma possono passare anni
prima che lo faccia davvero, come aveva promesso.
Il più delle volte ci lascia senza dire una parola. A volte magari
parla, solo che allora capita che ci si metta a blaterare tutti insieme
usando lingue differenti.
La pace è nomade.
Attraversa distanze inenarrabili.
Ci sono luoghi in cui la esortano costantemente a cambiare
aria, altri posti in cui l'abituano a stare così comoda
da renderle poi faticoso alzarsi dall'armonia della sabbia o delle poltrone.
Guerra e pace girano le viti della nostra
esistenza e quindi la pace è anche un meccanico.
E un poeta.
La sua lingua si muove armoniosa
infondendo il ritmo alle onde.
La pace sistema le pendici dei colli come fossero cuscini per gli animali,

usa il vento per massaggiare la schiena delle piante.
All'arrivo del monsone la pace potrà promulgare dentro di noi
leggi assolate. Approvare regole serene.
La pace attraversa le frontiere senza passaporto,
in barba ai doganieri che non possono fermarla.
Quando se ne va,
è come se si sentisse tuonare nella cava celeste.
In realtà si tratta di qualcuno ha minato la pace.

Celeste macchina fotografica
(Nebeski fotoaparat)

Se non ti piacciono queste nuvole, scioglieremo
un altro cielo come fosse un disegno più allegro, dice Davor,
esperto venditore.
Anche il cielo vende tende per conto proprio, prima di una tempesta fa
uno sconto del 70% su tutti gli articoli della collezione passata.
Il fiume sotto di lui è gonfio e lucente,
anche se sono tre giorni che non se ne cura.
I tubi nell'albergo continuano a fare rumore
a rendere la loro incomprensibile confessione
e chiudo il rubinetto per non rischiare di ritrovarmi in camera il gemello
del bellissimo fiume che sta qui fuori.

La depressione è una piantina scoperta
in qualche storia familiare.
La depressione è una piantina prima della pioggia lasciata in un bicchiere
e consiglio a Davor di non impietosirsi nel vederla sciupata
di non accettare di cambiarle l'acqua.
Gli dico, la tua storia parla in boemo, tedesco,
ungherese e nella lingua dei temporali.
Tutte queste lingue si aspettano di veder scoppiare prima o poi
una rabbia archetipica.

Quanto lampeggiano i fulmini, la stanza d'albergo è illuminata da flash celesti.
Cerco d'indovinare cosa potrebbe mai chiedere il giornalista, posata la macchina fotografica,
alla Terra.

La vita delle lettere
(Život slova)

Il poeta indica le lettere e il loro triplo carattere.
Il carattere di un animale quando le doma allorché sono ancora selvatiche.
Il carattere di una pianta quando le mette a dimora sulla carta
e queste intrudono in lui tenere radici
le stesse con le quali solo ieri, si ancoravano al cielo, alle montagne,
alle erbe, all'odore del curry, al sapore del pepe, all'eco.
Alcune di queste lettere mettono radici nelle mascelle della storia,
come fanno i molari.
Se non fosse che sono già alla resa dei conti, mi metterei a contare
quanti denti ha la storia.
Le lettere infestano la carta,
a volte senza essere aggressive, altre volte come se fossero impazzite,
con le facce paonazze, si attaccano
al globo terrestre.
Se evitano di fare qualche movimento sbagliato
entrano nell'uomo sbavando scivolose ed escono da questo sbavando e scivolando
come un pensiero che questi fa suo.
E loro s'impossessano del suo carattere.
Cominciano a spostare gli oggetti nelle metafore invece che nelle camere,
a parlare delle sommosse allegoriche degli uccelli. Della tenerezza della neve.
Dell'agilità del fiume che piega la schiena e cambia
il suo corso, seguendo fedelmente la personificazione.

Il poeta che ha fatto notare che le lettere assomigliano a degli esseri
non le può più osservare bene perché lo hanno completamente posseduto.
E per tramite suo recitano:
Hanno lasciato le scale che portano al cielo in un giardino la cui erba è rimasta incolta.
Quando mi nascondo dietro alla siepe e resto ad aspettare,
vedo Tutti i Santi scendere per le la scale
in un supermercato che offre frutta, insetti e uccelli.
I rami degli alberi sostituiscono gli scaffali.
Mi arrampico su per le scale e osservo il cielo azzurro.
Vorrei sapere se Dio
vorrà amplificare il suono delle lettere nel rostro degli uccelli.

Copy, Paste

La donna, secondo quanto sostiene Davor, il mio filosofo domestico,
è la rimostranza in persona.
Anche Dio riposa la domenica, e io non dovrei farlo,
dice Davor.
Standosene all'ombra del susino crea il suo sogno
come qualcuno che se ne sta davanti al computer
e ripete i comandi *copy, paste*.
L'ho scoperto a chiedersi mentre se ne sta così al fresco:
L'ombra determina l'assenza o la presenza?
Questo pomeriggio anch'io dormo sotto al susino
perché può crescere nello stesso momento, tramite le radici e i rami,
verso due opposte direzioni,
senza per questo scompigliare la nostra quiete.
E invito Davor a venire in cucina.
Ma lui non mangia gli gnocchi fatti con le susine dell'anno scorso
Se prima non è riuscito a cogliere la loro dolcezza
mescolata alla cannella, sulle mie guance.

Il vento spande gli odori sulla pianura.
Il vento è un mercante di spezie.

Il Sahara a cui non serve la bussola
(Sahara koja ne mari za kompas)

Non riesco a capire in che punto del palmo della mia mano
inizi esattamente il Sahara,
pure si distinguono nettamente
i cumuli di sabbia che formano le dune.
Ma in questo mio Sahara non si sono mai superati
i quarantanove gradi così come è capitato,
ci racconta la guida turistica, l'ultima volta che ha portato
un gruppo a visitare le dune a sud di Safran.
Nel Sahara della mia pelle non c'è
vita, tranne quando
l'attraversano le fate morgane
come fossero cammelli.
La pioggia nel palmo della mia mano cambia spesso opinione
vorrebbe cadere non vorrebbe cadere e non possiede
un carattere forte da eremita come
se si trovasse in un vero deserto.
Perde semplicemente la bussola.
Nel Sahara sul palmo della mia mano è comunque possibile
accamparsi, alzare le tende fatte di sale dell'isola di Pago[4]
e non solo del sale di Chott El Jerid
un sale d'un colore rosato perché per la mia mano
le distanze geografiche non contano.
Lei inghiotte strette di mano e sfioramenti
così come il vero Sahara
ha inghiottito le rose del deserto
quelle che i mercanti cercano da anni di preservare
ed è l'acquisto di una di queste rose che sto appunto contrattando.
Non riesco però a capire
come fa un qualcosa come il Sahara
a trasferirsi così facilmente sulla pelle umana.
Perché poi qualcuno vorrebbe trasferirlo proprio qui.

[4] Isola dell'Adriatico (N.d.A.)

Il filo
(Žica)

Cerco di ricordare a quante cose può servire un filo.
Ad Auschwitz ho visto lunghi demoniaci
recinti di filo spinato.
Un coffee to go, sento chiedere una madre la cui voce è appesa
a un filo insieme alle chiavi di casa.
Lei lo sa che bisogna avere tutto sotto controllo
perché perdere le cose non va bene.
Ho visto un padre falciare l'erba.
Si muoveva lentamente e ogni tanto prendeva un sorso
del caffè che sua moglie gli aveva acquistato al centro commerciale.
Ho provato stupore per l'indipendenza dimostrata dai fili d'erba.
È da sempre che questi rifiutano di collaborare con il filo del tagliaerba.
Ma tutte le famiglie sono differenti.
E tutte si procurano dei fili per recinzioni.
Quando camminano intorno al recinto che chiude i loro cortili,
seguono il filo che li delimita, dimostrandogli fiducia.
Mi capita a volte di pensare che le donne che curano l'orto
in realtà non si accorgono della verdura.
Pare invece che se ne stiano a stendere un filo di speranza
come se fosse un rampicante.
Non piselli.

Il filo s'insinua tra i miei seni, è comunque sottile
d'argento e la gazzella che su di lui è appesa nel sogno,
si moltiplica.
Nella notte, tutta la sua mandria salta la letteratura mondiale
che è sparsa asimmetricamente per la stanza.

Il giorno penso quale possa essere l'atteggiamento di Dio nei confronti del filo.
Lo usa anche Lui
mentre nella sua mano da meccanico
tiene un popolo o un territorio allo sbando.

Quanti scrittori tutti in una volta!
(Koliko pisaca odjednom!)

Tempi lontani! Tra lui e il me stesso di oggi
si sono messi in mezzo quasi cinquant'anni,
così riflette il più celebre personaggio letterario inventato da Desnica[5]
mentre ricorda le sue primavere.
Circa un decennio più tardi
fra la me di un tempo e la me stessa di oggi,
c'è stato il primo uomo che ha messo il piede sulla Luna.
In Europa era già notte
e l'unico rumore che si poteva sentire prima che Neil Amstrong
accendesse la sua telecamera in bianco e nero
e muovesse il primo passo
era lo scoppiettio delle comunicazioni radio.
Il suo piede si posò sulla polvere
e se non fosse stato per il casco che indossava,
il suo viso sarebbe apparso splendere di una luce particolare
che sulla Terra si vedeva come fosse una piccola Luna allungata
ed era l'anno in cui sono nata.
Tra la prima me stessa e la seconda me stessa
ha tramato Banja Luka, e anche altre città.
Tra quella me e questa me
ho aperto finestre, sbattuto porte,
ho visto una serpe in giardino, sono andata in vacanza,
ho corso, ho sbucciato le ginocchia.
Tra quella me e questa me
è stato steso un filo spinato e ho imparato la parola *rifugiato.*
Tra quella me e questa me
si sono moltiplicati senza congiungersi, gli *smart phone*
le pagine Facebook, le amicizie cibernetiche.
Tutte le mie amicizie sono diventate cibernetiche
e non credo che queste riuscirebbero a scogliere quella luce
di cui splendeva il volto di Amstrong che avremmo visto se non avesse indossato

5 Vladan Desnica (Zara, 17 settembre 1905. – Zagabria, 4 marzo 1967) scrittore traduttore e diplomatico serbo e croato.

È fra l'altro autore di due celebri romanzi, *Zimsko ljetovanje* (Vacanze invernali, 1950) e il modernissimo *Proljeća Ivana Galeba* (Le primavere di Ivan Galeb, 1957) con il quale ha inaugurato ilfilone del romanzo metatestuale nell'ambito della letteratura serba e croata. (N.d.T.)

il casco.
È difficile che una macchina riesca a leggere simili luci.
Tra quella me e questa me,
nell'orto, la carcassa di un gatto avvelenato.
Ora avrà cominciato a nutrirsi con la carne delle frequenze siderali
e forse a sorridergli, la notte, sarà il volto della Luna
o quello di Amstrong.
Tra quella me e questa me
mio padre rode gli ossi delle antenne,
ma ha imparato a non mangiare il pane fatto con la polvere di stelle,
la farina dell'Universo.
Vive in modo razionale,
e arriverà il giorno in cui,
per ottenere ciò di cui abbiamo bisogno,
sarà sufficiente passare la mano sotto a uno scanner.
Se accadrà che mio padre perda il senso per natura,
com'è accaduto a Ivan Galeb, personaggio del romanzo di Desnica,
che è convinto che l'uomo stia smarrendo la memoria,
potremo sempre contare sui droni il cui brusio ricorda quello degli insetti.

Lo sviluppo dei fatti non prevede ci sia un indirizzo del mittente.
Anche a trascriverlo, sarebbe quello sbagliato.
Tra quella me e questa me
a ogni secondo che passa lo splendore della fiamma si avvicina alla bellezza e alla morte.
Parte da qui.
Tra quella me e questa me
sono convinta, che la fiamma non bruci solamente nell'aria.
La fiamma vive e crea stampata nella terra
immersa nell'acqua.
Quanti scrittori tutti in una volta!
La fiamma è lo scrittore. Il tempo è lo scrittore. Perfino la malattia.
A far girare le ore sono i cancri, le cisti, la schizofrenia,
e li rigirano umanamente, come fossero delle buste da lettera.
Quando la malattia segna il proprio codice in un corpo,
ha scritto la trama.
Plagia una parte del testo prendendolo dagli esami di laboratorio,
dalla lettura delle lastre, dalle lettere di congedo dell'ospedale.
Tra lui e lui, tra me e me,

noi e noi, loro e loro, noi e loro,
aspettiamo con curiosità lo svolgersi della storia.

La Band
(Band)

La primavera, l'estate, l'autunno e l'invero fanno parte di una jazz band.
Permettono ogni tanto alla montagna o al fiume, di uscire dal coro
per cantare un assolo.
Ma non esigono che l'esecuzione sia perfetta.
Consentono al vento di ritirarsi in fretta.
L'inverno, l'autunno e l'estate lasciano che la primavera
venga avanti e suoni la propria parte restando in cucina,
là dove le albe, le calure e i chiar di Luna
si mischiano sbocciando.
La primavera lascerebbe volentieri all'autunno
il compito di celebrare la Giornata internazionale dei rifugiati
allora quando anche le foglie sono costrette ad andare in esilio
e quindi gli porta via le parole di bocca per cercare
di inserire le foglie nello schedario dei profughi.
L'estate diventa un sassofono quando vuole rivolgersi alla primavera:
Chi ha cacciato l'acqua dalla fonte, l'ha costretta
a fuggire lungo i tornanti?
L'estate è una fisarmonica a bocca quando inizia a fantasticare
per cui capita che camminando verso la cima del monte
io riconosca il fossile del mio amato.
L'autunno sentenzia suonando la batteria: *Conserverai l'anatomia del prato*
solo se ne vorrai ordinare un metro quadro da mettere nel tuo appartamento.
Una confezione di pioggia, preparazione cosmetica per la pulizia del viso
con la quale il cielo conquista la betulla, non rappresenta
che l'introduzione alla nuova stagione.
L'inverno? È la pausa tra le varie voci.
Rimane in silenzio e credo che dal soffitto della mia casa
sia iniziata a fioccare la neve.

L'ape
(Pčela)

L'inverno non cerca nemmeno di negarlo
ogni nevicata rappresenta un bracciante che ha imbrogliato.
Quando la neve si accorge d'essere stata imbrogliata, si stende sopra il prato
come un assegno in bianco, ma è troppo tardi.
L'imprenditore ha già chiuso la sua attività.

Quando il presente ara l'inverno,
gli ultimi fiocchi di neve si trasformano in api.
Sono sicura che nessuno abbia mai visto
delle api albine, come queste.
Un'ape m'insegue mentre andiamo incontro alla primavera
e poi incontro all'estate.
Si è convinta che sia stata io a rubarle il miele
e che l'abbia rinchiuso nell'ambra d'un orecchino.

La chioma di un albero
(Krošnja)

Il cielo è l'enorme chioma di un albero che pende sulle nostre teste.
È come se tutti i fenomeni atmosferici avessero
le stesse radici, girate all'incontrario,
come il blu che qui ha la funzione del verde.
A trattene questa chioma a volte è l'antico dio degli Slavi, Perun,
a momenti è Mitra, il dio del Sole dei Persiani,
insieme alla chioma, messa così sottosopra,
se ne sta la negligente Dione, la piovosa dea dell'antica Grecia.
Se è vero che gli dei sono simili ai giganti,
potranno tenere la chioma del cielo appoggiata
su un fianco.
A differenza di quanto accade con un mazzo di fiori,
fuori dalla composizione che si estende a perdita d'occhio, sfrecciano uccelli.
In volo alcuni assomigliano una spilla
staccatasi da un vestito.

Certe volte il cielo di dicembre
accusa le giovani spose
di rubare il biancore della neve.

Ce n'è una che sta uscendo da casa
per raggiungere l'orizzonte, sparire
contrabbandando la neve sul suo abito nuziale.

Far di conto
(Brojanje)

Prima di andare a dormire
immersa nel buio della cucina, mi ritrovo a tastare le lattine.
Per essere più rapida e più pratica,
frugo per trovare la neve istantanea. La neve in polvere.
Rigirare i suoi fiocchi verso destra e verso sinistra
come fossero le palline di un antico pallottoliere.
Ma non riesco più a ricordare quante palline
ho spostato da una parte o dall'altra
e avverto perciò un istantaneo senso di ansia.
Solo il biancore più salvare i fiocchi dalla vergogna,
mentre torno a contarli,
e questi appaiono già tutti inzuppati.

Il mattino sotto casa drizza il pelo.
La neve che lo ricopre è saltata fuori da una lattina
e il fiato l'ha sciolta.
La neve si disperde a onde e si sparge sulla strada.
Vorrei attraversare le zebre, ma queste nuotano a stile libero.

Traduzione: Laura Marchig

***Breve nota sull'autrice*:**

Lana Derkač (Požega, 1969) scrive poesia, prosa, testi teatrali e saggi. I suoi versi sono stati inseriti in numerose antologie, scelte e selezioni, pubblicate sia in Patria che all'estero. Ha avuto modo di partecipare a numerosi festival di poesia e a vari eventi legati alla letteratura come ad esempio Struga Poetry Evergreens, Kuala Lumpur World Poetry Reading, Festival International et Marche che Poesie Wallonie – Bruxelles, Festival Internacional de Poesia in Nicaragua, Stockholm International Poetry Festival…Le sue opere sono state tradotte in 22 lingue. È vincitrice di numerosi premi letterari fra cui ricordiamo il Premio letterario nazionale croato Zdravko Pucak, il Premio Duhovno hrašće (La quercia spirituale), il Premio Vinum et poeta, il Premio Risto Ratković che le è stato conferito per la miglior raccolta di poesia dell'area che comprende Montenegro, Croazia, Serbia, Bosna ed Erzegovina. È stata la curatrice di ben due antologie poetiche. Fino ad ora ha pubblicato dieci raccolte di poesia, tre libri di racconti, una raccolta delle sue opere teatrali, una raccolta di saggi e un romanzo. Oltre che in Croazia, le sue opere sono state stampate in Messico, Belgio, Tunisi, Montenegro, Kosovo e Macedonia del Nord.

MOST / The Bridge 3-4 / 2024
ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS

ČASOPIS ZA MEĐUNARODNE KNJIŽEVNE VEZE / CROATIAN JOURNAL OF INTERNATIONAL LITERARY RELATIONS

ISSN 0351-0611
9 770351 061005

CIJENA 12 € / SALE PRICE 10 €, 10 $